

A close-up photograph of a man and a woman smiling and looking at a camera together. The man is on the left, wearing a light blue shirt, and the woman is on the right, wearing a grey cap and a denim jacket. They are both looking at a black DSLR camera with a lens attached. The background is blurred, suggesting an outdoor setting.

DÍA Y NOCHE

Linda O. Johnston

e lit

D.J.57

A close-up photograph of a man and a woman smiling and looking at a camera together. The man is on the left, wearing a light blue denim shirt, and the woman is on the right, wearing a grey cap and a denim jacket. They are both holding the camera, which is a black DSLR with a large lens. The background is blurred, suggesting an outdoor setting.

DÍA Y NOCHE

Linda O. Johnston

eLit

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2004 Harlequin Books S.A.

© 2018 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica,
S.A.

Día y noche, n.º 227 - septiembre 2018

Título original: Lawful Engagement

Publicada originalmente por Silhouette® Books.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción,
total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de
Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y
situaciones son producto de la imaginación del autor o son
utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas
o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o
situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin y logotipo Harlequin son marcas registradas por
Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y
sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están
registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros
países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com

I.S.B.N.: 978-84-9188-918-2

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Argumento

Aquel hombre vivía según sus propias reglas

La reportera Cara Hamilton acababa de conseguir la historia de su vida. Pero lo que la ponía más nerviosa era el insoportable... e increíblemente atractivo ayudante del sheriff. Mitch Steele no dejaba de seguirla y de insistir en que debían compartir la información de la que disponían. Decía que lo único que quería era protegerla, pero Cara no estaba tan segura de que fuera sólo eso...

La responsabilidad de Mitch era mantener a salvo a la rebelde periodista, pues un asesino andaba suelto y Cara había encontrado a su última víctima. Mitch no estaba dispuesto a que nada ni nadie hiciera daño a la bella Cara... aunque para ello tuviera que pasar día y noche a su lado...

Acerca de la autora

Abogada en ejercicio, Linda divide su apretada agenda entre mañanas dedicadas a redactar informes, contratos y otros documentos legales, y tardes consagradas a crear memorables historias de misterio y suspense romántico. Pertrechada con una diplomatura en periodismo orientado hacia la publicidad por la Universidad del Estado de Pennsylvania, inició su versátil carrera como escritora dirigiendo un pequeño periódico, trabajó luego en publicidad y relaciones públicas y se licenció posteriormente en Derecho por la Escuela Universitaria de Leyes de Duquesne, Pittsburg. Linda Reside cerca de los estudios Universal, en Hollywood, con su marido, sus dos hijos y dos cockers spaniel.

Personajes

Cara Hamilton: Convencida de que los crímenes que sacuden Mustang Valley están relacionados, la intrépida reportera es la cronista perfecta para sacar a la luz sus conexiones ocultas.

Oficial Mitchell Steele: El ayudante del sheriff está empeñado en resolver el más reciente asesinato de Mustang Valley... y en demostrar que la muerte de su padre, dos años atrás, no fue un suicidio...

Nancy Wilks: La amiga de Cara y jefa de administración de Lambert & Church muere asesinada por culpa de algo que quería enseñarle a la periodista. Pero ¿qué es... y dónde está?

Donald Church: ¿Sabe este abogado algo que no ha revelado aún?

Sheriff Ben Wilson: Wilson se convirtió en sheriff cuando el padre de Mitch cometió presuntamente suicidio. ¿Hay alguna razón para que odie tanto a Mitch?

Oficial Hurley Zeller: Un canalla uniformado que quiere convertirse en sheriff.

Roger Rosales: Como representante local de la Ranger Corporation, ¿puede explicar Rosales por qué el nombre de su compañía sale a relucir cada vez que se comete un asesinato en Mustang Valley?

Beauford Jennings: Jefe de Cara y propietario de *La Gaceta de Mustang*.

Delta Santero: Profesora del colegio universitario de Mustang Valley, amiga de Cara y experta en la leyenda de Escopeta Sally.

Kelly McGovern Lansing: Esta intrépida tejana hará lo que sea necesario para que se haga justicia.

Lindsey Wellington: Promete ayudar a Cara a descubrir la verdad que se oculta tras el asesinato de Nancy.

Escopeta Sally: Esta legendaria mujer de la frontera influye en las vidas de

Kelly, Lindsey y Cara y en su búsqueda de la verdad.

Capítulo 1

El corazón de Cara Hamilton se aceleró con ímpetu, como de costumbre. Aparcó junto a la acera, se colgó del hombro el voluminoso bolso y salió de su pequeño Toyota amarillo.

Era casi la una de la madrugada. A pesar de que la mayor parte de las casas de la calle Caddo estaban a oscuras, las luces del apartamento del primer piso del edificio Victoriano de tres plantas que se alzaba ante ella permanecían encendidas. Nancy Wilks, la amiga de Cara que vivía allí, había llamado hacía media hora. No había dicho gran cosa, sólo que tenía algo importante que enseñarle. Pero Cara presentía que, fuera lo que fuese, podía ser la clave de la mayor historia de su vida.

Por eso sentía aquel arrebató de excitación, tan conocido para ella. Estaba tras la pista de una noticia. Y esta vez era algo gordo. Algo que podía levantar a los apáticos ciudadanos de Mustang Valley de sus asientos frente al televisor. Algo que podía catapultarla a la fama. Sólo que...

Mientras permanecía junto a su coche, observando el vecindario aletargado, sintió de pronto que un extraño frío la envolvía. Era pleno verano, y aquello era el noreste de Texas. Húmedo y cálido, incluso de noche. Hacía demasiado calor para que sintiera frío. Se estremeció, sin embargo, y se le puso la piel de gallina.

—Es el tufillo de la noticia —musitó, intentando sacudirse aquel inexplicable desasosiego—. Me ha entrado el gusanillo. ¿No, Sally?

Como si su ídolo, Escopeta Sally, pudiera responderle. El pequeño truco de hablarle a Sally, usando su legendario lenguaje, animó a Cara. Aunque, de todos modos, no solía hablarle a Sally delante de otros.

Se sobresaltó al oír el golpe de la puerta del coche al cerrarse. La noche discurría en silencio, salvo por el cricrí de los grillos, cuyo canto hizo acallar el portazo. Ni siquiera se oía el tráfico de la autopista, a unos pocos kilómetros de distancia. Ningún ruido llegaba del centro de Mustang Valley.

Sólo la respiración profunda y desigual de Cara rompía el silencio. Eso, y el ligero repiqueteo de los tacones de sus botas sobre el pavimento.

El aire cargado de humedad le calaba los brazos desnudos, pues llevaba una blusa de manga corta, remetida en la larga falda, a juego con el suave

chaleco de ante color marrón. ¿Por qué demonios no rompía el cielo en una tormenta y acababa de una vez?

Cara hizo una mueca de disgusto cuando el ruido de sus pasos aumentó al subir los tres escalones del porche de madera. Pero ¿qué importaba? La estaban esperando. No había razón para ocultar su presencia.

La luz de fuera estaba encendida, pero las sombras se arremolinaban más allá de la barandilla del porche. Cara llamó al timbre del apartamento del primer piso y oyó su sonido sofocado en el interior del edificio. Junto a aquella puerta había otra que conducía a la escalera de los pisos superiores. Aguardó un momento, aguzando el oído. No se oía nada en el interior. No tenía por qué impacientarse..., pero se impacientó. Aquel extraño desasosiego empezaba a hacerle un nudo en el estómago.

Pulsó de nuevo el timbre. Nadie contestó.

Sólo por probar, giró el pomo de la puerta. Este cedió fácilmente bajo su mano. Cara empujó la puerta y la abrió. Tal vez Nancy había supuesto que entraría sin más cuando llegara. Pero ¿por qué no había salido a recibirla?

Tenía los nervios de punta. «Calma», se dijo con firmeza. Entró y cerró la puerta tras ella.

—¿Nancy? —¡maldición! Le temblaba la voz—. Soy Cara —dijo alzando un poco más la voz—. Ya estoy aquí.

Nada.

La entrada era un angosto pasillo pintado de amarillo pálido, bañado por la luz tenue que desprendía una pequeña lámpara de cristal.

Cara había estado otras veces allí. A la izquierda había un arco abierto que daba al cuarto de estar. En línea recta se llegaba a la cocina, al cuarto de baño y al único dormitorio del apartamento.

—¿Nancy? ¿Dónde estás?

Si ya estaba nerviosa antes, ahora temblaba de tensión. ¿Gusanillo? Demonios, tenía la sensación de que un ejército de hormigas marchaba en formación por su espina dorsal.

—¿Nancy? —llamó. Miró en el cuarto de estar. A pesar de que las lámparas que flanqueaban el sofá floreado estaban encendidas, la habitación estaba vacía. Cara siguió por el pasillo.

La puerta del fondo a la derecha, la del dormitorio, estaba entornada.

—¿Nancy? —su voz raspaba, y se aclaró la garganta. No había razón para que se sintiera tan rara. Seguramente Nancy estaba en el cuarto de baño, con el grifo abierto, y no la oía.

Pero Cara no oía correr el agua. Llamó una vez más.

—Nancy —empujó la puerta del dormitorio. Y se quedó boquiabierta.

Nancy estaba allí. Vestida con una camiseta rosa y unos vaqueros azules, tendida sobre la cama, boca abajo, con el pelo moreno revuelto y la cabeza caída hacia un lado.

—¿Qué ocurre? —gritó Cara, precipitándose hacia su amiga, que continuaba inmóvil.

Su pregunta obtuvo respuesta de inmediato, al darle la vuelta a Nancy. Su amiga tenía los ojos cerrados... y un horrible agujero ribeteado de negro en medio de la frente. Había mucha sangre.

Cara utilizó su móvil para llamar al 911. Suponía que mandarían ayuda. Pero ya no podía hacerse nada por Nancy.

Cara giró la cabeza y miró de soslayo el cuerpo inerte que colgaba a medias fuera de la cama, boca abajo, tal y como Cara lo había encontrado. Antes de llamar, había tocado con dos dedos el cuello de Nancy. No había pulso.

Su amiga aún estaba caliente. Aquello acababa de ocurrir. Lo cual no era de extrañar. Nancy la había llamado hacía apenas veinte minutos. Cara había salido de inmediato, porque Nancy parecía muy... ¿nerviosa? ¿Asustada, quizá? Cara ya no estaba segura de ello. ¿Acaso había presentido su amiga lo que iba a ocurrirle?

«No», pensó Cara con los ojos llenos de lágrimas. «No puedo derrumbarme».

A fin de cuentas, ella no estaba realmente allí. Aquello no había ocurrido. Su vivaz y trabajadora amiga Nancy. Nancy, la directora de oficina que con tanta rabia le había contado extraoficialmente los tejemanejes de su jefe después de que estallara el escándalo, no estaba muerta.

«Pon los pies en la tierra», se ordenó Cara. Cara Hamilton no utilizaba mecanismos defensivos. Era una persona realista. Tenías nervios de acero, a

pesar de la insensatez de su juventud. Era una periodista de investigación valerosa y práctica, dispuesta a lo que hiciera falta para conseguir una historia, a ir a cualquier parte siguiendo el rastro de una noticia. Sí, pero ninguna historia la había llevado antes directamente hasta una víctima de asesinato...

«Ponte a trabajar, Hamilton», se ordenó. Podía llegar alguien en cualquier momento.

—¿Qué ha pasado, Nancy? —musitó, obligándose a acercarse de nuevo a la cama—. ¿Qué querías enseñarme?

Tenía que ser algo importante. Cara estaba segura de ello.

Temblaba tanto mientras inspeccionaba la zona alrededor del cuerpo de Nancy que tuvo que apoyarse en el colchón para no caerse. Las sábanas eran blancas, con flores rosas. Nancy tenía un edredón hecho a mano. Todo estaba revuelto a su alrededor. Cara palpó cuidadosamente la ropa de cama, pero no encontró nada que explicara la llamada de Nancy.

Aquello tenía que estar relacionado con el bufete de abogados para el que había trabajado Nancy. Lambert & Church estaba, naturalmente, en proceso de desmantelamiento tras lo ocurrido.

A lo lejos se oyó el gemido de una sirena. Se dirigía hacia allí, Cara estaba segura. No había tiempo que perder.

Inspeccionó rápidamente la habitación de Nancy. Estaba limpia, como siempre. Nada parecía fuera de su sitio, ni uno solo de los libros de las estanterías. Cara cruzó el pasillo a toda prisa y entró en el cuarto de baño. En la cocina. En el cuarto de estar. Miró el correo dejado sobre la mesita, al lado del sofá. Los periódicos que se apilaban sobre otra estantería llena de libros. No había nada extraño. Nada de interés para una reportera. Nada, salvo el cuerpo de Nancy en el dormitorio...

¡Oh, Dios! De pronto, Cara cayó en la cuenta de que el asesino podía haber estado allí aún al llegar ella. Todavía podía estar allí.

No, ella lo habría visto. La habría atacado a ella también...

«Corta el rollo, Hamilton». Se obligó a concentrarse de nuevo en lo importante. ¿Para qué la había llamado Nancy?

De pronto se le ocurrió otra idea inquietante. ¿Y si lo que buscaba no

estaba allí porque quien había matado a Nancy se lo había llevado? ¿Y si ésa era la razón por la que habían asesinado a Nancy? Cara podía ser responsable del asesinato de Nancy.

Un fuerte golpe sonó en la puerta.

—¡Voy! —gritó, corriendo hacia allí.

—Departamento del sheriff —dijo la voz sofocada de un hombre—. Alguien ha llamado pidiendo ayuda.

Con su sombrero Stetson en la mano, el ayudante del sheriff Mitchell Steele siguió a la chica llorosa que le había abierto la puerta. Lo conducía por el pasillo de la vieja casa reformada con paso vivo y seguro, y el balanceo de sus caderas hacía que su larga falda oscilara alrededor de sus piernas. El pelo rizado y rojizo rozaba apenas el cuello de la blusa blanca que sobresalía del chaleco marrón. A pesar del calor, llevaba botas, y un gran bolso colgaba de su hombro izquierdo.

La chica había acudido precipitadamente y había mirado la placa prendida a la camisa del uniforme de Mitch antes de dar media vuelta y decirle que la siguiera. Se llamaba Cara Hamilton.

Él conocía aquel nombre. Había notado un retazo de su perfume, que le recordaba al monte en primavera, al aire fresco...

Ella se detuvo junto a una puerta abierta y lo miró de nuevo. Su labio inferior, grueso y rosado, sin pizca de maquillaje, temblaba, y sus ojos castaños parecían enormes.

—Nancy está ahí —su voz, de leve acento texano, era áspera, pero firme.

Mitch se asomó a la habitación y de inmediato se hizo cargo de la situación. Se acercó a la cama para ver si la víctima tenía indicios de vida. Pero el reconocimiento acabó cuando le dio la vuelta. Le habían pegado un tiro con una pistola de pequeño calibre. No había orificio de salida.

Se sintió aliviado cuando, un instante después, oyó voces y Cara Hamilton hizo entrar a un par de sanitarios del servicio de emergencias en la habitación. Ellos se hicieron cargo de la víctima, y Mitch se apartó para no estorbarles. Podían pasarse toda la noche intentando reanimarla inútilmente.

Una pena, pensó. Era una mujer joven. No merecía morir así.

Sujetando el sombrero bajo el brazo, Mitch se sacó del bolsillo el teléfono móvil y llamó a comisaría. Informó a toda prisa a la telefonista de lo que había encontrado y le indicó que enviara lo antes posible a algunos agentes para acordonar la zona y a un equipo de técnicos forenses. Mientras hablaba, inspeccionó la habitación para intentar descubrir si el arma homicida estaba allí. No vio nada sospechoso.

Entonces bajó la mirada hacia la mujer que permanecía a su lado, junto a la puerta. Ella observaba a los médicos con una expresión tan reconcentrada que parecía querer obligarles a salvar la vida de la víctima.

—Señorita Hamilton, tengo que hacerle unas preguntas.

Ella lo miró con aparente sobresalto, como si hubiera olvidado que estaba allí. ¿Estaba conmocionada? ¿Cómo no iba a estarlo? Pero su expresión cambió de inmediato.

—Va a atrapar al hijo de puta que ha hecho esto, ¿verdad, agente?

—Sí —contestó él con toda sinceridad. La pregunta de la chica daba a entender que ella no lo había hecho. Tal vez fuera así. Pero, hasta que supiera algo más, Mitch no podía borrarla de la lista de sospechosos—. Necesito que haga una declaración, para empezar.

Ella lo condujo de nuevo por el pasillo. Al ver que se dirigía al cuarto de estar, Mitch le indicó la puerta de la calle.

—Hablaremos fuera. Así no contaminaremos la escena del crimen.

—De acuerdo.

Se quedaron en el porche, bajo la luz, apartados de la barandilla que tal vez hubiera tocado el asesino. Mitch había inspeccionado ya el suelo de madera del porche. Pese a la humedad, el día había sido seco, de modo que había escasas posibilidades de encontrar alguna huella de barro. No, era más probable que encontrarán huellas en la tierra, pero sólo si el asesino se había apartado del caminito pavimentado. ¿Había él o ella caminado directamente hasta la puerta de la calle? ¿Le había dejado entrar la víctima? ¿O encontrarían alguna prueba de allanamiento de morada: una ventana rota, una puerta desencajada, una cerradura forzada?

—Bueno, señorita Hamilton, supongo que conocía usted a la víctima — Mitch se sacó una libreta del bolsillo y empezó a tomar notas.

—Sí, la conocía —su voz sonaba triste—. Se llamaba Nancy Wilks. Somos amigas desde hace años.

—¿Buenas amigas?

—No muy íntimas, pero... —su voz se desvaneció—. He venido porque me llamó. Dijo que... que se sentía fatal porque acababa de perder su empleo y que quería que viniera para llorar un rato sobre mi hombro.

Cara Hamilton estaba mintiendo. Mitch no necesitaba echar mano de la intuición heredada de sus antepasados indios para saberlo. Estaba tan seguro de ello como si aquella mujer lo hubiera anunciado con luces de neón. Dejó de escribir y la miró fijamente.

Aunque su boca mintiera con todo descaro, su lenguaje corporal no mentía. Mitch vio su desaliento, la tristeza escrita en sus ojos melancólicos. Ella permanecía con los brazos cruzados, como si se abrazara a sí misma para darse consuelo.

Mitch se preguntó durante un instante cómo sería tomar aquel cuerpo menudo pero voluptuoso entre sus brazos y aliviar su tristeza. Su mirada se endureció, pero la expresión de Cara siguió siendo inocente y triste.

—Está bien —dijo. Su misión no consistía en contradecirla. Ni en compadecerse de ella. Pero si podía pillarla en una mentira...—. Así que llegó a las... —miró su reloj—. ¿A qué hora llegó?

—No lo sé exactamente —contestó ella—. Pero no creo que lleve aquí más de veinte minutos. Yo... la encontré como la ha visto —su voz se quebró.

—Entiendo. ¿Qué hizo entonces?

Ella le contó lo que él ya imaginaba. Cara había comprobado si su amiga estaba viva, luego había llamado al teléfono de emergencias y había esperado.

—¿Y qué ha hecho mientras esperaba?

—¿Que qué he hecho? —aquella pregunta pareció pillarla desprevenida—. No he hecho nada. Sólo... esperar.

—Mmm —dijo Mitch ambiguamente—. ¿Ha tocado algo?

—No —contestó ella con excesiva prontitud.

—Si ha tocado algo, debería decírmelo, por si encontramos sus huellas en algún sitio donde no deberían estar.

—Sé perfectamente que no se debe tocar la escena de un crimen — replicó ella con aspereza. Pero su tono suspicaz convenció a Mitch de que estaba mintiendo.

—No lo dudo —Mitch lamentó de inmediato su tono sarcástico.

Ella frunció el ceño un instante y luego, de forma casi visible, pareció sacudirse la angustia. Alzó la barbilla menuda, lo miró con sus ojos castaños e intensos y preguntó:

—¿Cómo piensa iniciar su investigación, agente Steele?

—Como estoy haciendo en este momento, señorita Hamilton. Acordeando la escena del crimen —señaló con la cabeza el coche del departamento del sheriff que acababa de detenerse junto a la acera. Dos agentes salieron del coche y se dirigieron hacia él—. Haciendo que inspeccionen la escena del crimen en busca de pruebas —continuó—. Y haciendo preguntas.

—Entiendo. ¿Y cómo va a...?

—Como le he dicho, soy yo quien hace las preguntas.

—Desde luego, pero...

Mitch prosiguió como si no la hubiera oído.

—No usted, aunque estoy seguro de que debe de ser difícil para una periodista de su reputación dejar que sean los demás quienes hagan las preguntas.

Ella cerró la boca. Miró a Mitch con expresión especulativa. Él, naturalmente, sabía quién era. Suponía que todo el mundo en Mustang Valley, y quizás en todo el noreste de Texas, conocía a la periodista Cara Hamilton, autora de incisivos artículos para *La Gaceta de Mustang*.

¿Qué hacía ella allí realmente? ¿Había ido a visitar a su amiga, o en busca de una noticia? No estaba seguro, pero en cualquier caso, era muy tarde para ambas cosas. ¿Habría ido a cometer un asesinato? Mitch lo dudaba, pero no podía descartarlo. Haría que los técnicos comprobaran si tenía restos de pólvora, por si acaso.

Los agentes se acercaron hasta ellos. Mitch trabajaba a menudo con

ellos. Por suerte, eran buenos tipos que no ponían en duda su autoridad. El departamento era tan pequeño que todo el mundo se dedicaba a diversas tareas. Tan pequeño, que Mitch sabía qué oficiales le tenían inquina.

Informó rápidamente a los agentes y éstos se fueron a acordonar la escena del crimen con cinta amarilla. No había ni un momento que perder. Los vecinos se habían oído que pasaba algo y empezaban a salir de sus casas. Un par de ellos aparecieron en otro portal del edificio de la víctima. ¿Los inquilinos del piso de arriba? Tal vez fueran valiosos testigos. Un agente se acercó a ellos.

Mitch volvió a centrarse en Cara Hamilton, pero ella había dado media vuelta y se dirigía de nuevo hacia la puerta del apartamento de Nancy. Mitch corrió tras ella y la agarró del brazo.

—Quédese aquí —ordenó.

Ella se sobresaltó. Luego paseó la mirada de los dedos que todavía sujetaban su esbelto y cálido brazo hasta la cara de Mitch.

—Estoy seguro de que no tengo que recordarle otra vez que esto es la escena de un crimen, señorita Hamilton.

—Claro que no, y por eso exactamente tengo que...

—Tiene que quedarse aquí y no estorbar.

Mitch supuso que algunos tipos se habrían derretido bajo la mirada feroz que le lanzó ella. Él se limitó a sostenérsela.

—Llevo conmigo mis credenciales de periodista, agente Steele —señaló el bolso que llevaba al hombro—. No querrá que le acusen de violar la Primera Enmienda de la Constitución de los Estados Unidos, ¿verdad?

—Estoy seguro de que usted no querrá que la arresten por obstrucción a la justicia —replicó él sin inmutarse.

—No tengo intención de obstruir nada —dijo ella suavemente—. Quiero que resuelva usted este caso. Y rápido. Y hasta estoy dispuesta a ayudarlo — el sonido de su voz melodiosa, tan suave como una brisa nocturna, acarició los oídos de Mitch.

De pronto, para romper el hechizo en el que ella parecía querer envolverlo, Mitch dijo:

—Lo mejor que puede hacer para ayudarme es contestar a mis preguntas

y quitarse de en medio. Se la invitará a todas las conferencias de prensa que se den, como al resto de los representantes de los medios de comunicación, y...

—Yo no soy una periodista cualquiera, agente —contestó ella con aspereza.

¿Qué había sido de la joven apenada y digna de lástima de hacía unos minutos? De pronto, parecía fría y profesional. Mitch sabía que estaba en lo cierto. Cara Hamilton no era una periodista cualquiera. Aunque sabía que había un montón de reporteros tan tenaces, agresivos, exasperantes y soberbios como ella, estaba convencido de que muy pocos reunían todas aquellas repulsivas cualidades en un envoltorio tan bello.

Pero ¿qué importaba que Cara Hamilton fuera una mujer atractiva y con agallas? Seguía siendo una testigo presencial. Tal vez incluso una sospechosa.

Lo más probable era, sin embargo, que acabara de encontrar el cuerpo sin vida de una amiga. Sin duda, al llegar Mitch, estaba conmocionada y abatida, pero aun así no se había derrumbado. Ahora pretendía afirmarse cumpliendo con su trabajo. Lo mismo que Mitch cumplía con el suyo. De no haberse puesto en su camino, Mitch incluso la habría admirado por ello.

—Volvamos a lo ocurrido desde el momento en que la señorita Wilks la llamó esta noche, señorita Hamilton. Los técnicos forenses llegarán en cualquier momento, y tendrán que tomarle las huellas para cotejarlas, además de hacerle algunas pruebas para descartarla como sospechosa —tal vez—. Y luego...

—Su padre, Martin Steele, fue el anterior sheriff de Mustang Valley, ¿no es cierto?

Mitch se quedó de una pieza. Comprendió de inmediato lo que sucedería a continuación.

—Sí —contestó con voz cortante—. Ahora, dígame, ¿dónde estaba usted cuando la señorita Wilks...?

—¿Por qué se mató su padre, agente Steele?

Capítulo 2

Mientras observaba cómo cambiaba la expresión de los ojos del agente Mitch Steele, de un tono dorado y leonino bajo las cejas rectas y negras, Cara deseó haberse mordido la lengua.

Había echado a perder cualquier esperanza de que aquel hombre la ayudara a averiguar qué le había pasado a Nancy. Y ella estaba dispuesta a hacer todo lo que fuera necesario para descubrir al asesino de su amiga. No sólo por interés periodístico, sino por ella misma.

Naturalmente, la historia en la que estaba trabajando merecía toda su atención, pues iba mucho más allá del asesinato de Nancy. Tal vez incluso le valiera el premio Pulitzer, pues suponía...

—Disculpe, señorita Hamilton —dijo Mitch, mirando por encima de su hombro. Ella miró en aquella dirección y vio que un furgón con el distintivo del Departamento del sheriff se había detenido en doble fila, junto a una farola, frente a la casa de Nancy. Los técnicos forenses, supuso. Una buena excusa para que Mitch se escabullera y evitara contestar a su pregunta. La pregunta que ella habría retirado, si hubiera podido.

—Cara —se apresuró a decir ella. El la miró de nuevo con expresión inquisitiva—. Me llamo Cara —añadió, invitándolo a tutearla. Tal vez aquella pequeña muestra de confianza le hiciera olvidar lo que le había preguntado, a pesar de que a ella no se le olvidaba. Porque, pese a que lamentaba haber sacado a relucir la cuestión debido a las consecuencias que su precipitación podía provocar, seguía queriendo una respuesta.

—Sí, ya. Cara.

Ella sabía que su nombre de pila era Mitch, no porque lo pusiera en su placa de identificación, sino porque recordaba haberlo leído en las noticias acerca de su padre. Él no la invitó a tutearlo y se alejó hacia la furgoneta, de la que los técnicos estaban sacando su equipo.

Cara observó su paso firme. Muchos hombres le parecían altos porque ella sólo medía un metro sesenta. Pero Mitch Steele era alto. Medía al menos un metro ochenta y dos. Llevaba la cabeza alta y los hombros anchos echados hacia atrás bajo la camisa caqui del uniforme, como si desafiara a todo el mundo.

Cara sabía algo del pasado de Mitch Steele y estaba segura de que el mundo lo había desafiado a él... o, al menos, a su familia. No le cabía duda alguna de que Mitch, que seguía trabajando en el Departamento del sheriff, tenía que soportar a diario el estigma que rodeaba la figura de su difunto padre.

El sheriff Martin Steele se había visto envuelto en un escándalo un par de años atrás. Un escándalo que superaba con creces los rumores de nepotismo que desató la contratación de su hijo. Antes de que pudiera demostrarse su implicación en aquel caso de cohecho, se suicidó. No habría hecho tal cosa de haber sido inocente, ¿no? Y, aun así, sus argumentos, de los que *La Gaceta de Mustang* y otros medios habían informado con todo detalle, parecían lógicos.

Era una lástima que Cara no hubiera trabajado en aquella historia. Por aquel entonces, ella todavía le hacía caso a su jefe, Beauford Jennings, cuando le mandaba algún encargo. Eso había sido antes de que Beau dejara bien claro que también para él el nepotismo carecía de importancia. Y la ética. Su sobrino Jerry, por aquel entonces novio de Cara, le había robado su información, conseguida de primera mano, para escribir un artículo acerca de ciertas licorerías de la ciudad, incluyendo la de un comisionado del condado, que vendían alcohol a menores de edad. Jerry publicó la historia con su firma y aquello acabó con la carrera política del comisionado y catapultó a Jerry fuera de Mustang Valley, hacia el mundo periodístico de las grandes ciudades. Beau sólo lamentó que Jerry se hubiera ido.

Después de aquello, Cara dejó de pedirle su opinión a Beau. Se había disfrazado y había servido durante meses en casas de comidas de la localidad para escribir su historia acerca de las condiciones de higiene de los restaurantes. Recibió numerosos elogios cuando su artículo y las fotos que había tomado subrepticamente llegaron a manos de la concejalía de sanidad. Fotos en las que aparecía el dueño de un restaurante sonriendo mientras uno de sus camareros escupía en la comida de un cliente que había criticado el servicio. Entonces fue cuando Beau la ascendió por fin a reportera y le insinuó que, si seguía así, tal vez llegara más lejos.

«Un punto para mí», había pensado Cara. Se contaba que una vez su ídolo, la legendaria Sally, se había puesto una falda de volantes para hacerse pasar por bailarina en un *music hall* a fin de escribir una historia sobre cómo era la vida de una mujer de la calle. Ella también había vencido a todos los

que se negaban a tomarla en serio. Al menos, para su primera gran historia, Cara sólo había tenido que ponerse un delantal de encaje encima de un vestido corto. Ah, y gafas y una peluca.

Pero, desde su experiencia con Jerry, le crispaba los nervios la idea de compartir información con nadie. Le había dejado claro a Beau que seguiría sus propias pistas y escribiría las historias que le interesaran.

Beau ya no la subestimaba, por lo menos cuando le convenía, pero otros sí. Tal vez fuera porque era una mujer, o tal vez porque parecía muy joven. Aunque procuraba sacarle partido a su aparente juventud, detestaba parecer más joven. Casi tanto como detestaba que se interpusieran en su camino cuando iba detrás de una historia. Lo había permitido una vez, pero aquello no volvería a ocurrir.

Y ahora su ímpetu era aún mayor. Suspiró y miró de nuevo hacia la casa de Nancy. Su amiga había sido asesinada. Tal vez porque ella se había cruzado en su camino...

Tragó saliva con dificultad y miró de nuevo con esfuerzo hacia la calle tenuemente iluminada. Mitch se dio la vuelta y echó a andar delante de los técnicos hacia la casa, hacia donde se hallaba parada Cara. Ella casi esperaba que pasara a su lado sin dirigirle la palabra. Pero él se detuvo. Y también la respiración de Cara, por un instante, mientras intentaba averiguar qué podía decirle para que la perdonara.

—Bueno, agente, ¿quería preguntarme algo más? Le aseguro que estoy dispuesta a cooperar en lo que me sea posible para que pueda resolver este asesinato —suponiendo que el Departamento del sheriff pudiera resolverlo, claro.

¿Eran imaginaciones tuyas, o la mirada del agente Steele se suavizó de pronto?

—Estoy seguro de que así es. Sí, tengo que hacerle más preguntas, pero no ahora.

—Bien. Entonces, creo que voy a seguir a los técnicos forenses y a hacer fotografías mientras trabajan —metió la mano en el bolso y sacó una cámara digital—. Así, cuando atrapen al asesino, podré describir todo el proceso.

Mitch Steele era guapo hasta cuando arrugaba el ceño. Si Cara no recordaba mal la historia de su padre, la madre de Mitch era una india

americana, lo cual explicaba en parte aquel pelo tan negro que era casi azulado, el arco recio de su nariz, sus pómulos afilados y otros rasgos de su cara. Su ceño sólo enfatizaba las líneas afiladas de su rostro.

Pero cuando dejó que la comisura de su boca se alzara en una media sonrisa, Cara se convenció de que podía volver loca a cualquier mujer en su sano juicio. Y ella estaba en su sano juicio.

—No —dijo él, devolviéndola a la realidad.

—¿Perdón?

—Señorita... Cara, te agradezco tu colaboración. Pero no puedes entrar ahí.

—Le aseguro que no estorbaré. Le doy mi palabra.

—Mmm —aunque aquel murmullo parecía de asentimiento, Cara estaba segura de que no le estaba prestando atención, pues él se había vuelto para hablar con uno de los técnicos.

—Si me deja acompañarlos, le diré algo que no creo que sepa sobre Nancy —se apresuró a decir Cara.

¡Maldición! ¿Cuándo iba a aprender a morderse la lengua? Normalmente no metía tanto la pata. Aquel policía tenía algo que la dejaba aturdida.

Pero, a fin de cuentas, aquello logró llamar de nuevo la atención de Mitch, quien de pronto clavó sus ojos dorados en ella.

—Si tienes alguna información sobre la señorita Wilks que sea relevante para el caso, Cara, será mejor que me la cuentes. Ahora mismo.

Mitch observó cómo reulaba la encantadora señorita Hamilton. Le habría hecho gracia, de no saber que, cualquier cosa que estuviera ocultando, podía ser esencial para resolver el asesinato de Nancy Wilks.

—Me ha entendido mal —la expresión inocente de sus luminosos ojos no consiguió engañarlo ni un instante—. Me refería a que no creo que sepa lo mal que se sentía Nancy por haber perdido su empleo tan de repente. A ella le gustaba trabajar en Lambert & Church. Ya sabe, el bufete de abogados del que era socio Paul Lambert, el tipo que se suicidó en la cárcel cuando se descubrió que había matado a un ranchero del pueblo.

—Estoy al corriente.

Pero Mitch no se había encargado personalmente del caso, a pesar de su importancia. Tal vez precisamente debido a su importancia, pues, aunque tenía experiencia y autoridad suficientes como para dirigir los casos más relevantes, el sheriff Ben Wilson se las había ingeniado para mantenerlo ocupado con otros asuntos. Como reorganizar a los patrulleros de modo que los que más duramente trabajaban tuvieran más libertad para elegir su turno.

Del mismo modo que le habían encargado de organizar el nuevo programa de prevención contra la drogadicción en las escuelas mientras se investigaba el asesinato anterior al de Lambert, el primero que conocía la ciudad desde hacía dos años. Algunos decían que incluso más. ¿Casos relevantes? Demonios, aquel era el caso más relevante de todos, dado que el asesino había resultado ser el alcalde en persona, y la víctima era una abogada de la misma firma, Lambert & Church.

El mismo lugar donde trabajaba la última víctima. ¿Había alguna relación entre los tres asesinatos? Demonios, sí. Tenía que haberla. Mustang Valley no era precisamente un vivero del crimen. Allí había un misterio oculto Y si los tres asesinatos conducían a aquel bufete de abogados... Mitch seguiría aquella pista para ver adonde llevaba.

A diferencia de los otros dos asesinatos, aquel caso era suyo. Y, una vez lo resolviera, reclamaría el reconocimiento que merecía. Por más que les molestara a otros.

Sin embargo, mantener la discreción no le vendría mal para conseguir su objetivo. Al igual que seguir las órdenes del sheriff Wilson... más o menos.

Era una suerte que a Ben Wilson no se le hubiera ocurrido que poner a Mitch en el turno de noche una temporada lo llevaría a algo importante. Como ser el primero en llegar a la escena de un crimen, lo cual le daba la ventaja de permanecer al mando de la investigación. Esta vez, su paciencia autoexigida, tan contraria a su naturaleza impetuosa, daría su fruto.

—Ahora, si me disculpa, oficial... —la voz de Cara Hamilton interrumpió sus pensamientos.

Ella parecía observar fijamente su cara a la luz de la farola cercana. Casi como si intentara leerle el pensamiento. Una idea desconcertante.

—Lo siento, Cara. No hemos acabado. Sigo queriendo saber lo que estás ocultado.

La sonrisa inocente de Cara apenas vaciló.

—Absolutamente nada. Pero, si me entero de algo, te lo haré saber, Mitch. ¿De acuerdo?

Él abrió la boca instintivamente para corregirla. Estaba bien que él utilizara su nombre de pila, pero si ella empezaba a tutearlo, Mitch se arriesgaba a perder su apariencia de autoridad. Y de distancia. Y todo cuanto le hacía estar por encima de aquella simple ciudadana.

Daba igual que le hubiera gustado cómo decía ella su nombre.

Pero, antes de que pudiera decir nada, ella dio media vuelta y se dirigió de nuevo hacia la casa.

—¡Eh! —Mitch corrió tras Cara y se colocó frente a ella.

Cara alzó la mirada con la misma expresión inocente que Mitch empezaba a reconocer. Una expresión que mentía con tanta facilidad como su boca. ¿Inocente? Y un cuerno, aquella mujer era una consumada embustera. Y entrometida a más no poder.

—Mire, señorita Hamilton, si no quiere que hablemos aquí, tendrá que ir a comisaría.

El cuerpo de Mitch tapaba la luz que emanaba del porche, a su espalda, de modo que Cara permanecía en sombras. El notó, sin embargo, cómo se arrugaba su frente mientras pensaba. Observó el arco de sus cejas, que, a pesar de la penumbra, parecía de un color castaño rojizo similar al de su pelo. Debía de ser natural, entonces. Qué interesante.

Pero Mitch reparó en ello únicamente porque Cara Hamilton era una testigo presencial y una posible sospechosa. Nada más.

—Está bien —dijo ella.

—¿Qué? —su respuesta lo había pillado desprevenido.

—Está bien, iré a comisaría para que me interroge allí.

Aquella mujer estaba llena de sorpresas.

—Bien. Que sea... —él miró su reloj. Tendría que estar allí un buen rato, hasta que la investigación de la escena del crimen estuviera encarrilada —... a las nueve de la mañana.

—De acuerdo.

—Entre tanto, le diré a un técnico que salga para realizarle algunas pruebas.

—Para tomarme las huellas dactilares y borrarame de la lista de sospechosos —dijo ella en tono un tanto sarcástico, como si no creyera que él estuviera convencido de que el examen forense la libraría de sospechas.

Tal vez fuera así, aunque en ese momento sus razones para sospechar de ella no eran prueba alguna de su culpabilidad.

—Eso es. Y también para asegurarnos de que no tiene restos de pólvora —o restos de sangre, aunque Mitch no veía ni una sola mancha de sangre sobre Cara—. Esas cosas.

Ella lo miró fijamente, pero no dijo nada. Esta vez, Mitch le permitió alejarse. Mientras la observaba, Cara miró hacia la casa una vez más y luego volvió a clavar su mirada en él. Mitch sacudió la cabeza.

Contrariada, Cara se encaminó a la acera con paso decidido, haciendo oscilar su falda. ¿Iba a marcharse antes de que el técnico le tomara las muestras? Mitch contuvo el aliento, listo para salir tras ella, hasta que Cara se giró de nuevo, cruzó los brazos y se quedó allí parada, impaciente.

Mitch comprendió de pronto con irritación que la actitud desafiante de Cara Hamilton había excitado su apetito. Quería más.

En aquel momento, las nueve de la mañana parecían muy lejos.

A diferencia de lo que ocurría en el área metropolitana principal de Dallas, Fort Worth, la población de Mustang Valley no era muy numerosa. Ni tampoco la población de todo el condado de Mustang, razón por la cual el Departamento del sheriff tenía jurisdicción incluso sobre la ciudad misma.

Debido a ello, la comisaría era también compacta. Sólo tenía diez años de antigüedad, y parecía más el capricho de un arquitecto que el centro de mando de un cuerpo de policía, toda de cristal y de acero, y vulnerable, por tanto, si algún terrorista, o incluso un rufián de poca monta, se tomaba la molestia de atacarla.

Pero su pequeño tamaño permitía a Mitch vigilar el trasiego del mostrador principal incluso estando sentado en el cuarto de ordenadores cercano. Había empezado a redactar el informe preliminar sobre la investigación del asesinato de Nancy Wilks en uno de los viejos y desfasados

ordenadores. Eran casi las nueve. ¿Aparecería Cara Hamilton, o tendría que ir a buscarla? Si iba, ¿sería puntual?

Mitch oyó unos pasos pesados sobre el suelo de tarima. No eran los de Cara.

—¿Está Steele? —preguntó la voz de su jefe, el sheriff Ben Wilson.

—Sí —contestó el agente de servicio. Éste debió de señalar la habitación en la que estaba Mitch, pues un momento después Wilson y su subordinado favorito, el ayudante Hurley Zeller, entraron en la habitación.

Wilson, de algo más de cincuenta años, alto y enjuto, vestía uniforme caqui y tenía la piel áspera y curtida de un zorro viejo. Nunca había intentado ocultar el desprecio que sentía por Mitch, ni su rencor por haber heredado al hijo de su denostado predecesor en el cargo y no encontrar razón alguna para despedirlo sin contemplaciones. Seguramente incluso le reprochaba a Mitch que su padre hubiera llegado a sheriff antes que él.

Ben miró a Mitch con los ojos entornados. Zeller y él olían a humo de puros habanos.

—Acabo de llegar de la calle Caddo. El caso Wilks.

Mitch asintió.

—Estoy acabando el informe preliminar.

—¿Aún no lo has resuelto? —bufó Hurley Zeller con desdén.

Zeller, el correveidile de Wilson, casi tan alto como ancho, era un bocazas hijo de perra que sonreía mucho, sobre todo cuando hacía sus comentarios más soeces. Y podía ser muy soez cuando se lo proponía. Tenía unos treinta y cinco años, y era por tanto mayor que Mitch, quien tenía veintinueve, pero se comportaba aún como un adolescente en busca de pelea. Se le daba muy bien, sin embargo, hacerle la pelota al sheriff, el cual se mostraba encantado de ello.

—Estoy trabajando en ello —contestó Mitch suavemente.

—Los agentes que estaban allí dicen que ya tienes una sospechosa —dijo Wilson—. Esa zorra de Cara Hamilton, la reportera. La atrapaste con las manos en la masa.

—Estaba allí, sí —asintió Mitch, ocultando las manos tras la espalda para que su jefe no viera que había cerrado los puños. Wilson se estaba

precipitando. No había motivo para acusar a Cara Hamilton... aún—. Pero no encontramos el arma. Hamilton no tuvo tiempo de deshacerse de la pistola.

—Puede ser —Zeller se acercó a Mitch—. O puede que tú no la hayas encontrado aún —se volvió hacia Wilson—. ¿Y si me pone a mí al frente del caso, jefe? Yo daré con todas las pruebas.

—¿Igual que das en la diana en las prácticas de tiro? —Mitch compuso una expresión tan inocente como la de Cara Hamilton. Desde su ingreso en el Departamento del sheriff del condado de Mustang, había aprendido bien el arte del disimulo. A juzgar por su aparente placidez, nadie allí habría adivinado el rencor que acumulaba dentro, listo para estallar en cuanto se relajara un poco.

Zeller entornó los ojos y puso lo que pretendía ser una mirada amenazadora. Pero parecía un mono parlante.

—Yo siempre apruebo las prácticas. Pero seguro que tú te sentirías más cómodo si te dieran un arco y una flecha.

Mitch cerró de nuevo los puños tras la espalda. Las burlas de sus compañeros acerca de su herencia india solían ser al menos más sutiles. Se obligó a no responder, como siempre, sabiendo que ignorar a Zeller era más insultante que intercambiar pullas con él. Mirando a Ben Wilson con aparente calma, dijo:

—Esto es lo que sabemos sobre el asesinato de Nancy Wilks —les hizo un resumen. Lo que sabían no era gran cosa. El informe del forense no había llegado aún, pero Mitch mencionó la causa aparente de la muerte: una bala en la cabeza—. No había ni rastro del arma en la casa, de modo que no tendremos su descripción hasta que llegue el informe del forense. Parece que no forzaron la entrada. Los vecinos a los que hemos interrogado hasta el momento no vieron nada fuera de lo normal, de modo que el asesino debió de utilizar un silenciador. Esa periodista, Cara Hamilton, dijo que estaba allí porque la víctima la llamó para charlar sobre sus problemas en el trabajo.

—¿Y tú te lo tragaste? —preguntó Wilson con sarcasmo.

—No. De hecho, tiene que venir ahora para continuar con el interrogatorio.

—Bien. Entonces, me quedo contigo.

Mitch abrió la boca para protestar y volvió a cerrarla. Él sabía cómo

interrogar a un testigo. Pero, por otra parte, si Ben estaba presente, no dudaría de él posteriormente.

En ese instante se oyó en la sala contigua la voz suave y decidida que Mitch estaba esperando.

—Me llamo Cara Hamilton. Vengo a ver al oficial Steele.

Cara no había pensado que se pondría tan nerviosa al afrontar un interrogatorio oficial. Era la primera vez. Pero, dada su profesión, difícilmente sería la última.

Sin embargo, le gustaba mucho más ser ella quien hacía las preguntas.

Mitch había salido al vestíbulo nada más llegar ella. La condujo por un corto pasillo a una habitación de tamaño mediano que recordaba a la sala de reuniones de una empresa, con su gran mesa de madera arañada en el centro. ¿Qué esperaba, una celda con una silla de hierro en el centro?

La silla que le indicó Mitch no era, de todos modos, muy cómoda, ni física ni anímicamente. Cara ocupó el sitio de honor en la cabecera de la mesa. Mitch se sentó a su lado. Parecía cansado, la barba había empezado a apuntarle y tenía ojeras bajo los ojos dorados. Ojos seductores. Turbadores, sí, pero sobre todo cansados. Cara dudaba de que hubiera dormido aquella noche.

Pero ella, naturalmente, tampoco había pegado ojo. Se había ido a casa, había escrito en el ordenador un artículo sobre el asesinato de Nancy y lo había enviado por correo electrónico al periódico, pidiendo que enviaran un fotógrafo. Luego se había duchado, se había puesto el pijama y se había tumbado en la cama con los ojos abiertos de par en par.

Nancy la había llamado. Nancy había sido asesinada...

Igual que Andrew McGovern, el ex novio de Cara, hacía sólo unos meses. No habían estado juntos mucho tiempo, pero aun así la muerte de Andrew había sido un golpe terrible para ella.

Había llamado a sus padres a las seis y media de la mañana para que se enteraran de lo ocurrido por ella, no por la radio, ni por la televisión, ni por otra persona. Ellos todavía vivían en la casa de Mustang Valley en la que Cara había crecido. Siempre pendientes de ella, su madre se sintió muy orgullosa cuando Cara había ingresado en la redacción de *La Gaceta de Mustang*, pero cuando insistió en hacerse reportera de investigación...

—Señorita Hamilton, éste es el sheriff Wilson —dijo Mitch—. Nos acompañará esta mañana.

—Ya nos conocemos —evitando arrugar la nariz, pese al olor a tabaco que desprendía el sheriff, Cara le estrechó la mano. Había intentado entrevistar al sheriff más de una vez, pero él siempre se había mostrado condescendiente, autoritario e hipócrita, una combinación que a Cara siempre le hacía rechinar los dientes. Wilson la miró como si fuera su mayor enemigo. La lista de enemigos de Cara, claro está, se hacía cada vez más extensa, gracias a los escándalos que había puesto al descubierto. Ella, no obstante, no estaba segura de cuál era su peor enemigo.

Aceptó una taza de café y luego intercambió comentarios banales con el sheriff acerca del tiempo hasta que Mitch los interrumpió.

—Bueno, señorita Hamilton, empecemos por el principio como deferencia hacia el sheriff Wilson. ¿Era usted amiga de la señorita Wilks?

—Sí, no muy íntima... —no como sus amigas del alma, Kelly McGovern, ahora Kelly Lansing, y Lindsey Wellington—, pero quedábamos a menudo para comer y nos mandábamos tarjetas de felicitación por nuestro cumpleaños, esa clase de cosas. Incluso me mandó una postal desde Orlando cuando estuvo allí de vacaciones, hace un par de meses —Cara se detuvo de pronto, pensando en lo contenta que parecía Nancy en aquel entonces. Ahora ya nunca podría...

—Está bien, pasemos a lo que ocurrió anoche —dijo Mitch—. Recibió usted una llamada de la señorita Wilks. ¿Hacia qué hora?

Dejando a un lado su pena, Cara relató de nuevo la historia sin cambiar nada. En lo que a ellos concernía, Nancy la había llamado porque estaba deprimida por haber perdido su empleo y necesitaba hablar con alguien.

No pensaba mencionar que Nancy quería enseñarle algo importante. No hasta que supiera de qué se trataba.

¿Obstrucción a la justicia? Tal vez, pero ella confiaba en que no fuera así. Ante todo, estaba intentando proteger a su fuente de información. Aunque ahora estuviera muerta.

Continuó describiendo mecánicamente lo que había visto al llegar, pero su mente daba vueltas sin descanso. Tal vez la reputación de su amiga estaba en entredicho y por eso la había llamado a ella. A pesar de su aparente

eficacia y dedicación, ¿habría hecho algo turbio en el bufete y estaba dispuesta a confesar? ¿Disponía de pruebas que quería enseñarle a Cara?

Cara tenía que averiguarlo. Tenía que escribir la verdad acerca del asesinato de Nancy Wilks. Y acerca de las demás muertes.

—¿Señorita Hamilton? —la voz profunda y exasperada de Mitch Steele interrumpió sus cavilaciones.

—¿Sí?

—Cuéntenos otra vez qué hizo desde el momento en que llamó al 911 y el momento en que llegaron las autoridades.

«Llevar a cabo una búsqueda inútil».

—Intenté hacer algo por Nancy, pero sabía que estaba muerta —intentó aparentar indiferencia, pero de pronto sintió un nudo en la garganta. Maldición. Quería mantenerse distante, objetiva, observarlo todo como una buena reportera. Pero de nuevo le daban ganas de llorar al tener que describir cómo había encontrado a Nancy.

—Está bien —dijo Mitch—. ¿Tocó algo?

¿Habían encontrado sus huellas? Eso podía explicarse. Había estado otras veces en el apartamento de Nancy, aunque no últimamente.

—Bueno, toqué a Nancy, y también las sábanas. Y el pomo de la puerta, claro, cuando entré. Y la puerta de su habitación, creo.

—Señorita Hamilton, creo que no está siendo usted del todo sincera —dijo suavemente el sheriff desde detrás de Mitch.

—¿Cómo dice?

—Tenemos motivos para creer que la señorita Wilks la llamó por un motivo distinto. Que fue usted a su casa en estado de pánico y la mató, y que registró la casa y luego pidió ayuda. ¿Qué encontró, y dónde ha puesto la pistola?

Cara sintió que el color abandonaba su cara. Miró a Mitch. ¿Creía él también que había matado a Nancy? Su expresión no traslucía nada, aunque su boca tenía un rictus que le parecía de exasperación. ¿Estaba enfadado con ella?

No. De pronto, Cara se convenció de que Mitch estaba enfadado con el

sheriff por inmiscuirse en su interrogatorio.

Sintió alivio y rabia al mismo tiempo. Mitch Steele, el oficial a cargo de la investigación, no parecía haberla descartado del todo, pero Cara dudaba de que la considerara una sospechosa viable. Sin embargo, no estaba dispuesto a contradecir a su jefe. Ella, en cambio, podía hacerlo.

Miró por encima de la ancha espalda de Mitch al sheriff Wilson. Éste la observaba con lo que parecía una curiosidad impasible.

Ella le sostuvo fríamente la mirada al hombre que acababa de acusarla de asesinato.

—Lo siento, sheriff. Tendrá que probar con otra cosa. Nancy me llamó, yo acudí y encontré su cuerpo. Punto y final. No pueden sospechar de mí y lo saben. ¿Encontraron sus técnicos algún rastro de pólvora en mi cuerpo? ¿Tienen alguna otra razón para sospechar de mí? —no esperó respuesta—. Mire, Nancy estaba deprimida porque había perdido su trabajo en el bufete de abogados. Ya sabe, en Lambert & Church, uno de cuyos abogados, Andrew McGovern... —su novio de hacía unos años. Cara tragó saliva y continuó—. Andrew McGovern fue asesinado por nuestro estimado alcalde, Frank Daniels. Una amiga mía, Kelly, la hermana de Andrew, resolvió el caso.

—No, aguarde un momento —el sheriff se puso en pie—. Está usted muy equivocada.

—Yo no lo creo —Cara miró a Mitch, que había arqueado las cejas. ¿Se estaba riendo de ella o con ella? Continuó—. Luego se produjo el asesinato del ranchero Jeb Rawlins. Fue Paul Lambert quien lo mató, y ese caso lo resolvió una socia nueva de la firma, Lindsey Wellington, que también es amiga mía y que actualmente está prometida con el sobrino del señor Rawlins, a quien acusaron por error de matar a su tío. Parecen equivocarse ustedes con mucha frecuencia, en vez de resolver los crímenes, ¿no le parece?

—Se está pasando de la raya, señorita Hamilton —el sheriff se puso rojo de rabia.

¿Debía asustarse Cara? Tal vez, pero no se asustó. Se limitó a acabar con la pregunta cuya respuesta había ido a buscar allí.

—Supongamos que me dice usted, sheriff Wilson, cuál es la relación entre los tres asesinatos. Tiene que haber una. Todos ellos giran en torno a Lambert & Church. ¿Y cómo es que su departamento no pudo resolver los

dos primeros asesinatos? ¿Podemos estar seguros de que resolverá usted éste, o debe temer por su vida cualquier persona que haya tenido durante algún tiempo relación con Lambert & Church?

Capítulo 3

Desde que Ben Wilson era el sheriff, Mitch había aprendido a embridar su ira. Siempre procuraba refrenar sus impulsos y contenerse, evitando así poner en peligro la investigación que llevaba a cabo bajo cuerda y que tanta frustración le producía. Por ello, nunca había visto la cara curtida de su jefe tan roja como en ese momento.

Pero le gustaba muchísimo.

Ben tenía la boca abierta, como si quisiera expeler el aire bombeado por su trabajosa respiración. Inclinandose hacia Cara por encima de la mesa de reuniones, bramó:

—Señorita Hamilton, si se atreve a insinuar siquiera en su periódico que este Departamento no hace bien su trabajo, yo... —se interrumpió, buscando en vano una grave amenaza.

Ella se levantó y se quedó de pie detrás de su silla, con las manos apoyadas en el respaldo. Mitch observó que llevaba las uñas cortas y sin pintar. Aquéllas eran las manos de una mujer que no se mimaba.

—Yo me limito a informar de los hechos, sheriff Wilson —dijo—. Nada más.

Su sonrisa era tan dulce que parecía estar comiendo cerezas. Pero su mirada poseía una intensidad que evidenciaba que Cara Hamilton no se dejaba intimidar.

Mitch deseó agarrar a la osada reportera y besar sus labios sonrientes. Pero refrenó aquel impulso, como tantos otros. Cara le había plantado cara a Ben Wilson, como habría hecho él, de haber tenido oportunidad. Y Mitch se lo estaba pasando en grande.

—Pues tenga cuidado con sus datos, señorita —siseó Ben—. Será mejor que se asegure de que son ciertos, o los demandaré a usted y a su periódico por difamación. Dígaselo al señor Beauford Jennings, su editor, ¿me oye? O, mejor, llamaré a Beau yo mismo y aclararemos esto.

La sonrisa de Cara se desvaneció.

—Beau no se deja arredrar por las amenazas, sheriff, ni yo tampoco —pero la leve expresión de alarma de su semblante sugería que Ben había dado en el clavo—. Ahora, si me disculpan, caballeros, tengo cosas que hacer.

—No he acabado con usted, señorita Hamilton —Ben rodeó la mesa y se encaró con ella. Mitch estuvo a punto de sonreír al ver que ella no retrocedía.

—Le he dicho todo lo que sé, sheriff. Ahora, haga usted su trabajo y averigüe quién mató a Nancy —su voz vaciló un poco al final—. Era amiga mía —Cara bajó finalmente la mirada, y Mitch supuso que no quería que el sheriff viera en ella signo alguno de debilidad, como sus lágrimas.

Mitch sintió de pronto el deseo de consolar a la periodista. Pero se contuvo.

—Su numerito no me convencerá de que no es usted la asesina —gruñó Ben—. Claro que voy a hacer mi trabajo, como dice usted. Voy a investigarla a usted exhaustivamente, voy a interrogar a todo el mundo que la conoce, voy a asegurarme de que Beau sabe que la estoy vigilando. Estará usted tan ocupada vigilándose las espaldas que no tendrá tiempo de escribir mentiras sobre nadie. Vaya a escribir sobre bodas y funerales como una buena chica.

—Ni lo sueñe —replicó ella, alzando la cabeza una vez más y clavando la mirada en la cara amenazante del sheriff—. Y le he dicho que no me amenace.

Mitch pensó que era el momento de ponerle fin a aquello antes de que ocurriera algo irreparable. Tal vez Cara se mereciera acabar entre rejas, aunque él lo dudaba. Pero, si así era, no debía ser por fastidiar al sheriff.

—Está bien, señorita Hamilton. Nos hacemos una idea, y creo que usted también. Ya puede irse, pero estaremos en contacto. Estoy seguro de que tendremos que hacerle más preguntas.

Cara fijó su mirada en él y abrió la boca como si fuera a lanzarle una réplica mordaz. Pero, antes de que dijera nada, la puerta de la sala de interrogatorios se abrió y apareció Hurley Zeller.

—¿Qué tal? Jefe, tiene una llamada importante —agitó un teléfono portátil—. ¿Quiere que continúe yo el interrogatorio?

—No, ya hemos terminado —dijo Ben.

Mientras el sheriff se apartaba de Cara y agarraba el teléfono, Mitch dijo:

—Permítame enseñarle la salida, señorita Hamilton.

—No es necesario —se apresuró a decir ella, pero Mitch la acompañó

fuera de la habitación, pasando junto a Ben y Hurley, que estaba espiando la conversación de su jefe.

La llamada no debía de ser tan importante, pues sólo ocupó a Ben unos minutos.

—No te vayas muy lejos, Steele —bramó Ben mientras Cara salía delante de Mitch al vestíbulo—. Tenemos que hablar.

—Enseguida, jefe —Mitch dio unos pasos más para que Ben no pudiera verlo y luego, inclinándose ligeramente, aspiró el fresco aroma de Cara una vez más—. Tenga cuidado —le susurró al oído y, dándose la vuelta, regresó a la sala de interrogatorios.

Ben y Hurley estaban enfrascados en una discusión privada, ajenos a su presencia. Mitch se quedó parado en la puerta y aguzó el oído.

—Esa zorra echará a perder las elecciones —gruñó Hurley—. Tenemos que...

—Está bien, Steele —lo interrumpió Ben, alzando la cabeza bruscamente al advertir la presencia de Mitch—. Está claro que te has hecho muy amigo de la señorita Hamilton, así que esto es lo que quiero. Habla con ella, asegúrate de que entiende que aquí trabajamos duro. Nos hemos concentrado en este último asesinato y vamos a llevar al culpable ante la justicia. Tal y como ella creía, no es nuestra principal sospechosa, pero aun así no vamos a permitir que se vaya de rositas. Aún no. Dile que le concederé una entrevista cuando no estemos tan liados, ¿de acuerdo? Mejor aún, dile que hablaré con Beau, su jefe. Dile eso. Y no la pierdas de vista.

Mitch sintió una punzada de rabia y frustración tan intensa que le pareció un rayo ardiente. El sheriff acababa de endosarle una nueva misión para mantenerlo ocupado mientras otro dirigía la investigación.

No es que pasar algún tiempo en compañía de Cara Hamilton fuera un pasatiempo penoso, a pesar de que con ella había que andarse con pies de plomo. Pero no le apetecía hacer de niñera mientras se echaba tierra sobre aquel asunto, como sobre los demás. Porque Cara tenía razón. Habían sido dos desconocidas quienes habían resuelto los recientes asesinatos, no el Departamento del sheriff, como era su deber.

Y eso podía ser de vital importancia para Mitch y sus pesquisas. Al menos una persona del Departamento tenía que estar involucrada en el

asesinato de su padre. Sin embargo, esa persona había sido lo bastante astuta como para impedir que Mitch reuniera otra cosa que pruebas circunstanciales durante dos largos y frustrantes años. Su tapadera era muy buena. Lo cual significaba que tenía que ser un pez gordo.

¿Y las elecciones? ¿De qué elecciones estaban hablando? Mitch se estrujó el cerebro.

—Claro, jefe. Prometerle una entrevista es un buen modo de aplacar a la señorita Hamilton y conseguir que cante lo que sabe. Eso me ayudará a llevar la investigación de la muerte de Nancy Wilks.

—No te preocupes por eso —dijo Ben, alzando una mano como si quisiera atajar sus protestas—. Hurley se encargará de la investigación.

Mitch habría dado cualquier cosa por borrarle aquella sonrisa de la cara al ayudante Zeller, pero no lo hizo. Se quedó callado un momento. Sí, seguía allí porque quería averiguar la verdad sobre la muerte de su padre, pero eso no significaba que tuviera que darle la espalda a su carrera policial.

—No me parece buena idea —dijo con más calma de la que sentía—. Yo llegué primero e inspeccioné la escena del crimen antes de que llegaran los técnicos forenses. Tengo una impresión bastante clara de lo que vi allí, de las reacciones de los vecinos, tengo una corazonada...

—Sí, ya, como si fueras a tener una visión para resolver un asesinato —dijo Hurley con sorna.

—Tal vez algunos de mis ancestros habrían podido hacerlo —replicó Mitch, impostando un tono suave. Se cuidaba de responder a las burlas relacionadas con su herencia india. A pesar de que tenían el deber de velar por el cumplimiento de la ley, al sheriff del condado de Mustang y a los miembros del Departamento les importaba bien poco proteger a los demás de la discriminación por origen social, étnico o de la clase que fuese. Pero Mitch no pensaba decir nada al respecto. Iba detrás de algo mucho más grande.

Sofocando las llamas de su ira, prosiguió:

—Vigilar a la señorita Hamilton es esencial, pero quiero dirigir la investigación. Naturalmente, tendré que resolver el caso rápidamente, si no quiero arriesgarme a que esa mujer escriba un artículo diciendo que no sé qué demonios estoy haciendo.

¿Mordería Ben aquel anzuelo tan poco sutil? Porque lo que Mitch había

insinuado era que él sería el chivo expiatorio si el departamento fracasaba, de nuevo, a la hora de resolver el asesinato.

Por otra parte, él no había tomado parte en las otras investigaciones. No había sido él quien las había echado a perder. Y no pensaba arruinar aquélla, como no pensaba fracasar cuando llegara el momento de demostrar qué le había pasado a su padre.

—Está bien, adelante —dijo Ben finalmente—. Hurley te servirá de apoyo. Si necesitas ayuda, acude a él.

«Sí, ya», pensó Mitch. «Como acudiría a una serpiente de cascabel en busca de primeros auxilios».

—Sí —bufó Hurley—. Yo te ayudaré, Steele.

Mitch hizo un rápido saludo.

—Entonces, será mejor que vuelva al trabajo.

Al salir de la sala, vio que Cara no se había ido aún. Estaba inclinada sobre el mostrador de recepción, sonriendo seductoramente mientras hablaba en voz baja con un joven agente sentado tras el mostrador. Saltaba a la vista que el muchacho estaba loco por ella. Tenía la cara de un rojo brillante y una sonrisa bobalicona. El teléfono estaba sonando, pero él no parecía oírlo.

Estaba claro que Cara quería algo de él. Mitch imaginaba lo que era.

—¿Vas a contestar? —gruñó Mitch. El agente se sobresaltó y agarró el teléfono. La sonrisa de Cara se desvaneció al mirar a Mitch—. Pensaba que te irías como alma que lleva el diablo —dijo él.

—Sí —Cara se dirigió hacia la salida. Mitch echó a andar a su lado—. Entonces, ¿sigues al frente del caso?

—¿Cómo...? —él parpadeó. ¿Había oído ella la conversación mientras estaba fuera, flirteando? ¿O era sólo una maniobra para distraerlo y que no intentara sonsacarle lo que le había contado el agente?

—¿Cómo sé que han estado a punto de quitártela? —ella soltó una seductora risita—. Investigación. Intuición. Una combinación de ambas. Pero tú te hiciste cargo del caso en la escena del crimen y, por lo que he podido averiguar, los casos más importantes que te han dado son robos de medio pelo. Sin embargo, has destacado en casos importantes que dirigían otros. Sospecho que no es falta de capacidad lo que te mantiene alejado del mando.

—Podría ser —a Mitch le asombraba su intuición, aunque sabía que no tenía por qué. Cara era una mujer inteligente. Tal y como se temía, tendría que andarse con pies de plomo con ella.

—Bueno —dijo ella mientras permanecían parados en el descansillo de cemento, más allá de la puerta—. ¿Sigues al frente del caso?

—Sí —dijo él—, así es.

—Bien. Estaré en la cafetería del Lone Star Lodge hoy a mediodía.

El Lone Star Lodge era un sórdido motel de las afueras de la ciudad, provisto de un grasiento restaurante. No era lugar del gusto de gente respetable. Lo cual significaba que era un buen lugar para ir sin que a uno lo vieran.

—Tengo algo que proponerte —continuó ella—. ¿Quieres saber qué es?

Su sonrisa era tan irresistible que Mitch sintió de pronto ganas de hundir los dedos en aquel pelo rizado y rojo que le daba el contradictorio aspecto de un ángel y un demonio a la vez y besar aquellos labios astutos y mentirosos.

Ella le estaba lanzando un desafío. Mitch lo sabía. Pero sabía también que Cara podía tener información interesante. De modo que le seguiría la corriente con tanta astucia que ella pensaría que tenía la sartén por el mango.

—Claro —dijo—. Nos veremos allí.

Antes de irse al Lone Star Lodge, Cara tenía cosas que hacer.

Aunque la idea de ir con un tiarrón tan guapo a un hotel, a un sitio con habitaciones que se alquilaban por noche o por horas, le hacía pensar en algo más que cooperar con él en un reportaje. Su ídolo legendario, Escopeta Sally, la reportera de investigación más famosa de su época, tuvo, según se decía, a un policía por amante...

«Tienes un caso de asesinato del que ocuparte», se recordó bruscamente. «Puede que Nancy muriera por tu culpa». Aquella idea la atormentaba.

Se montó en el coche. Dentro, el calor era sofocante.

Había flirteado con el policía de recepción de la oficina del sheriff, pero no había sacado nada en claro. Tal vez fuera una necia por utilizar todos los recursos a su alcance, incluyendo los ardidés femeninos, para conseguir lo que quería. O tal vez no. A fin de cuentas, Escopeta Sally siempre decía: «Los tíos siempre les hablan más claro a las mujeres que se comportan como

tontas, hablan por los codos y mantienen los oídos bien abiertos que a las que parecen demasiado listas y guardan silencio».

Cara tenía muchas cosas que contarle al ayudante del sheriff Mitchell Steele. Tal vez incluso le contara lo que él quería saber. Pero sólo si él le devolvía el favor.

De momento, Cara se encaminó a las oficinas de *La Gaceta de Mustang*, situadas en un viejo y enorme edificio de la calle Mayor. Lo primero que hizo, pese a sus recelos, fue pasarse por el despacho de su jefe. Desafortunadamente, Beauford Jennings estaba allí. Tenía la nariz pegada a la primera plana de la última edición del periódico. Sobre su mesa había apilados otros diarios de Texas.

—Hola, Beau —Cara colgó su bolso del brazo de una silla y se sentó frente a él—. Tengo que contarte una cosa.

—¿Algo nuevo sobre el caso Wilks? —Beau dejó el periódico y miró a Cara como si fuera una página que intentara leer. Achicó los ojos bajo las gafas que se sostenían en equilibrio sobre la punta de su nariz rosada,

Beauford Jennings tenía sesenta y dos años y había heredado el periódico a los cuarenta. Se preciaba de ser un periodista a la antigua usanza, provisto de camisa blanca arrugada, tirantes y una vieja máquina de escribir enterrada bajo un montón de papeles. Mantenía un estrecho contacto con su sobrino Jerry, cuyo ascenso por la escalera del éxito en el Dallas News seguía muy de cerca. Indudablemente, pese a todo lo que le había prometido a Cara, esperaba que algún día Jerry regresara a *La Gaceta de Mustang*.

—Estoy trabajando en ello —contestó Cara a su pregunta.

—Ándate con mucho ojo. La verdad es que tal vez debería relevarte. Hiciste un buen trabajo informando sobre los otros dos asesinatos, pero entonces no conocías tanto a las víctimas —ella no se molestó en recordarle que en otro tiempo había sido novia de Andrew—. Creo que...

—¿Has tenido noticias de nuestro estimado sheriff? —lo interrumpió Cara. Aquel caso era suyo. No era sólo una historia. Esta vez, Cara estaba metida hasta el cuello, pues había encontrado el cuerpo de Nancy. Podía ocuparse del caso. Y lo haría.

—Claro que he tenido noticias tuyas —Beau se quitó las gafas y se frotó el puente de la nariz—. Está muy suspicaz con este asunto. Me dijo que me

demandaría y me quitaría hasta la camisa si me atrevía a criticar la labor de su Departamento. También me dijo que ya había hablado contigo. Puede que convenga que alguien con más objetividad se ocupe de este caso.

—Yo soy malditamente objetiva, Beau, no me lo niegues —Cara tomó el periódico que él había dejado sobre la mesa y señaló su artículo—. A esto no hay nada que objetar.

El artículo que había enviado por correo electrónico la noche anterior aparecía en primera plana. Un informe claro y preciso sobre el asesinato, entrevistas con los vecinos que había conseguido después de que los técnicos forenses le tomaran muestras, e instrucciones para contactar con el Departamento del sheriff del condado de Mustang si alguien tenía información que pudiera conducir a la identificación del asesino. Nada sujeto a controversia. Un trabajo periodístico excelente.

—No, es una buena historia, Cara, pero...

—Prométeme que vas a dejarme que siga en el caso, Beau.

—Sólo si...

—Y prométeme que éste será el definitivo. Si consigo descubrir quién mató a Nancy y puedo relacionar su muerte con los otros asesinatos...

—¿Qué quieres decir? —Beau se levantó, alarmado.

—Las muertes de Andrew McGovern y de Jebediah Rawlins están relacionadas con el bufete de Lambert & Church.

—Eso es ir demasiado lejos, Cara. Sólo porque la primera víctima trabajara allí y el asesino de la segunda fuera socio de ese bufete...

—La tercera víctima también trabajaba allí. Y no se trata sólo de eso. Los dos primeros asesinatos también tuvieron algo que ver con las tierras que ha estado comprando uno de los principales clientes de la firma, Ranger Corporation. Todavía no sé cómo encaja todo eso con la muerte de Nancy, pero tengo una corazonada. Prométemelo, Beau. Esto podría ser material para el Pulitzer. Si consigo la exclusiva del caso, esta vez me ascenderás a editora jefe.

—Claro, Cara, pero...

—Prométemelo. O esta vez haré lo mismo que Jerry y me marcharé.

—Pero tú familia está aquí, en la ciudad, Cara —dijo Beau—. Tú

creciste aquí. Y...

—Jerry también. Y se fue. Yo estoy aquí... por ahora. Prométemelo.

Beau exhaló un profundo suspiro de resignación.

—Bueno, está bien, pero...

—Gracias, Beau —Cara agarró su bolso y se fue a todo correr.

Cara ya estaba sentada en uno de los anticuados asientos de respaldo alto de la cafetería del Lone Star Lodge cuando llegó Mitch. Aquél era un buen sitio donde ir si uno quería privacidad. Aunque él, en realidad, no pasaba desapercibido. Su uniforme llamó la atención de varios clientes.

Mitch sacudió un poco su Stetson mojado, pues fuera estaba chispeando, cosa rara en aquella época del año. El único empleado del restaurante que estaba a la vista era una camarera gorda y provista de un delantal, que hablaba con un cliente inclinada sobre el mostrador. Mitch se reunió con Cara antes de que la camarera le indicara una mesa.

Cara se había recogido los rizos hacia atrás, tal vez porque llovía. A Mitch le gustaba verla con el pelo suelto, pero aquel peinado también le favorecía. Su llamativo cabello rojo realzaba su rostro ovalado, de rasgos delicados y encantadores. Reparar en aquellos detalles era, claro está, parte del trabajo de Mitch.

Ella miró su reloj mientras él se deslizaba sobre el asiento de hule agrietado, colocando el sombrero a su lado.

—No está mal —dijo—. ¿Siempre eres tan puntual?

—¿Y tú siempre llegas antes de tiempo? —replicó él.

—Depende de con quién haya quedado —la sonrisa traviesa de Cara casi hizo que a Mitch se le bajaran los calcetines.

¡Estaba flirteando con él! No es que Mitch se fiara de ella. Y menos aún cuando Cara se inclinó hacia él lo suficiente como para que su camiseta de punto azul se tensara sobre sus pechos. A muchos hombres, sospechaba Mitch, se les soltaría la lengua ante aquella vista turbadora. Pero no a él. Él estaba acostumbrado a concentrarse en lo importante y a no sucumbir a las distracciones.

—¿Quieres que hablemos de nuestra posible cooperación? —cruzando los brazos, Mitch se echó hacia atrás hasta que sus hombros tocaron el rígido respaldo del asiento y observó con atención los ojos chispeantes de Cara.

—Desde luego que sí —ella se echó hacia atrás y cruzó los brazos.

—Entonces, dejémonos de tonterías —no es que no hubiera pensado seriamente en aceptar sus insinuaciones. ¿Qué pasaría si la besaba allí mismo, delante de la indolente camarera y de los clientes que, hasta ese momento, apenas les habían prestado atención? Tal vez ella bajara la guardia, pensando que había logrado distraerlo.

—Está bien —sonrió ella—. Sólo estaba probando. He probado toda clase de técnicas para sonsacar a la gente. Los hombres parecen preferir ésa.

—No me digas.

La camarera les tomó nota: hamburguesas y patatas fritas para los dos, un refresco de cola para Mitch.

—Café para mí —dijo Cara—. Solo. Ah, y tráigame un pepinillo de más —cuando la camarera se alejó, le dijo a Mitch—. Pensaba pedir una ensalada, pero no creo que en este sitio manipulen los ingredientes como es debido.

—Leí tu reportaje sobre los restaurantes —dijo Mitch.

—¿Ah, sí? —el rostro de Cara se iluminó. Esta vez, parecía sincera.

El asintió con la cabeza.

—Era muy esclarecedor.

—Eso pretendía —ella se inclinó de nuevo hacia delante con expresión seria. La camiseta ya no se le tensaba sobre los pechos, pero Mitch se fijó en ellos de todos modos—. Quiero iluminar a la gente. Necesito contar la verdad, Mitch. Sobre la muerte de Nancy y también de los otros dos, si puedo probar que existe una relación entre los tres casos. ¿Me ayudarás?

—Sólo si tú me ayudas a mí —él apretó los dientes, pero mantuvo la boca cerrada. Aunque se había criado muy lejos de la familia de su madre, ésta le había inculcado la sabiduría de los nativos americanos entre los que ella se había educado. Como resultado de ello, Mitch sospechaba que sus ancestros maternos lo habrían considerado en ese momento tan estúpido como un coyote bobalicón al que le había birlado la comida una astuta zorra.

Pero tenía la impresión de que, pese a sus dudas sobre el procedimiento,

cooperar hasta cierto punto con la persuasiva y osada Cara Hamilton le daría más posibilidades de resolver el caso Wilks que comportarse con ella como un profesional de la ley y el orden. Pero, si las noticias referentes al caso se hacían públicas demasiado pronto, ello podía echar a perder la investigación. Naturalmente, Cara Hamilton no era la única periodista a la que Mitch tendría que enfrentarse. Pero, de momento, era la que seguía el caso más de cerca.

—Claro que te ayudaré —dijo ella tan rápidamente que Mitch no la creyó.

—¿Estás dispuesta a compartir información? —preguntó él.

—Si tú estás dispuesto...

—Yo tengo que mantener la confidencialidad de ciertos datos. No te hablaré de las pruebas. No quiero arriesgarme a que las aires, si preservar esa información puede ayudar a detener al asesino.

A ella no le gustaba la dureza de su expresión. Pero ¿qué esperaba?

—Entendido —dijo finalmente—. Pero, si me entero de algo y te lo cuento, espero que tú hagas lo mismo. Compartirás conmigo todo lo que puedas. Dime que es extraoficial, si tienes que hacerlo, siempre y cuando no te pases. Y avísame cuando pueda utilizar la información oficialmente.

¿Se estaba convirtiendo aquello en un pacto con la astuta zorra que pretendía matar de hambre al coyote rival? Tal vez. Pero trabajar con ella hasta cierto punto sería mucho mejor que trabajar contra ella.

Sin embargo, antes de llegar a un acuerdo, Mitch decidió ponerla a prueba.

—Está bien, de momento. Pero primero quiero saber una cosa. ¿Qué me estabas ocultando antes de que te interrogara? ¿Por qué fuiste realmente a casa de Nancy Wilks esa noche?

Ella vaciló, como si intentara decidir si debía mostrarle sus triunfos antes de que él le enseñara sus cartas. Finalmente asintió.

—Es cierto que Nancy me llamó. Dijo que quería enseñarme algo.

—¿El qué?

Cara sacudió la cabeza, agitando los rizos seductoramente.

—Ojalá lo supiera. Sí, es verdad, te mentí. Registré la casa después de

encontrar... de encontrar su cuerpo, pero no encontré nada.

—Entiendo. ¿Qué crees que podía ser?

Ella se encogió de hombros, contrariada, y su respuesta fue interrumpida por la camarera, que les llevó las bebidas. Cuando la mujer se marchó de nuevo, Cara dijo:

—Algo del bufete, supongo. No sé qué puede ser, pero era lo bastante importante como para que Nancy me llamara a la una de la madrugada. A menos que vosotros hayáis encontrado algo que yo no sepa, sospecho que el asesino se lo llevó —tomó aliento—. También sospecho que la mataron por eso —cerró los ojos y, cuando volvió a abrirlos, estaban llenos de lágrimas—. Si hubiera llegado antes...

—Te habrían matado a ti también —dijo Mitch con brusquedad.

Cara parpadeó. Sus labios suaves se entreabrieron, como si fuera a protestar, pero no lo hizo.

La camarera puso delante de ellos sendos platos con hamburguesas y patatas fritas, y dos pepinillos para Cara, puso la cuenta sobre la mesa, masculló algo acerca de que disfrutaran de la comida y se alejó a toda prisa.

—¿Había algo en la escena del crimen que señale a algún sospechoso? —preguntó Cara mientras levantaba el panecillo de la hamburguesa para inspeccionar su contenido. Por lo visto, no había nada raro, pues volvió a colocar el panecillo en su sitio y le dio un buen mordisco.

Cuando volvió a mirar a Mitch, sus ojos tenían una expresión suspicaz y recelosa, como si temiera que él fuera a mentirle como le había mentido ella.

—Aún no —Mitch empezó a comer.

—¿Me contarás lo que averigües? —insistió Cara.

—Lo que pueda.

—Pero tienes que... —dijo ella algo preocupada, pero al instante corrigió su tono—. Está bien —concluyó con un suspiro—. Por ahora —se quedó callada un momento, mirando el asiento de madera por encima del hombro de Mitch, y éste se preguntó en qué estaba pensando. Luego asintió con la cabeza, como si hubiera contestado a una pregunta formulada en su fuero interno, y dijo—. Yo voy a abordar el caso desde otro ángulo. Este asesinato tiene que estar relacionado con los de Andrew McGovern y

Jebediah Rawlins.

—Esos casos se resolvieron —le recordó Mitch—. Los asesinos eran distintos. Nuestro antiguo alcalde mató a Andrew y Paul Lambert asesinó a Rawlins.

Cara asintió.

—Sí, pero está la relación con el bufete de abogados. Puede que esto tenga algo que ver con la Ranger Corporation. También estoy considerando una conexión política, dado que el alcalde Daniels estuvo involucrado en el primer asesinato.

Una conexión política... Mitch pensó en el fragmento de conversación entre el sheriff Ben Wilson y el ayudante Hurley Zeller: que Cara podía echar a perder las elecciones. Mitch le había dado muchas vueltas. ¿De qué estaban hablando? Lo único que se le ocurría era que Ben estuviera pensando en presentarse a alcalde. El teniente de alcalde había ocupado el puesto temporalmente tras la caída en desgracia y la muerte del anterior alcalde, y había dejado bien claro que no quería presentarse al cargo. Si Ben ganaba las elecciones a la alcaldía, el puesto de sheriff quedaría vacante. Zeller y Mitch eran los candidatos más idóneos, pero Mitch sabía a quién respaldaría Ben Wilson. Y no sería a él.

¿Tenía Ben posibilidades de ganar? ¿Qué clase de alcalde sería? ¡Que Dios se apiadara del condado de Mustang!

—¿Mitch? —Cara lo estaba mirando fijamente—. ¿Se te ha ocurrido algo importante?

—No, qué va.

—Has prometido mantenerme informada, maldita sea —ella se levantó, agarró el bolso y buscó su cartera.

—Siéntate —le rogó Mitch—. Voy a contarte todo lo que pueda. Sólo te he prometido eso, nada más —no le hacía gracia ni siquiera aquella promesa. Para él, la discreción y la confidencialidad eran tan esenciales como respirar.

Cara parecía de pronto muy joven y vulnerable, como cuando la vio por vez primera en la escena del crimen. Algo le había dolido.

—¿Qué ocurre, Cara? Ella lo miró fijamente y volvió a sentarse.

—Nada. Pero, si vamos a trabajar juntos, vamos a trabajar juntos los dos.

¿Entendido?

—Siempre y cuando tú entiendas que no puedo contártelo todo —repitió él.

Ella siguió mirándolo y luego extendió la mano sobre la mesa. Él se la estrechó. La mano de ella era pequeña. Al tocarla, Mitch sintió una oleada de calor. Le soltó la mano y bebió rápidamente un sorbo de refresco. Cuando levantó la vista, ella seguía observándolo como si intentara decidir si podía confiar en él. Estaba claro que su acuerdo era importante para ella.

Para él también lo era. Necesitaba establecer una alianza con ella, controlar hasta cierto punto a la indómita reportera. Se había acostumbrado a regañadientes a trabajar en equipo en el Departamento del sheriff, a pesar de que no se fiaba de nadie. Sobre todo teniendo en cuenta que menudo lo trataban como a un elemento extraño. ¿Se debía ello a que su padre había cometido el error de contratarlo y de aceptar sobornos? ¿O más bien a su ascendencia india? ¿O se debía quizá a que le gustaba hacer las cosas a su manera?

Seguramente era una combinación de las tres cosas, aunque estaba seguro de que nadie en el Departamento sospechaba que seguía investigando la muerte de su padre. Tras dos largos e infructuosos años, había veces en que se preguntaba para qué seguía investigando, pues las pistas eran poco menos que inexistentes. Pero era un hombre paciente. Se obligaba a exudar paciencia, como si fuera un corredor de fondo y la calma fuera su sudor.

Pero le animaba contar con el apoyo de su contacto en la oficina del fiscal general. Ahora tenía que asegurarse de que Cara y él tenían los mismos intereses. De lo contrario, ella podía dar al traste con la investigación, a propósito o por accidente.

—Hablemos de estrategia —dijo finalmente—. ¿Cómo piensas empezar tu investigación?

—Bueno —dijo Cara despacio, como si dudara de si debía hablar. Luego su voz adquirió su determinación habitual—. Voy a llamar a mi amiga Lindsey Wellington. Está en el rancho de Bart Rawlins. Fueron ellos los que descubrieron que Paul Lambert mató a Jeb, el tío de Bart, y luego intentó cargarle el muerto a Bart. Lindsey era socia del bufete, así que ahora está sin empleo. Lo cual le viene muy bien ahora mismo. Bart y ella van a casarse. Tal vez ella tenga alguna idea de qué quería enseñarme Nancy.

—Bien pensado. ¿Me mantendrás al corriente?

Cara asintió con la cabeza.

—También pienso reunirme con el representante de la Ranger Corporation en Mustang Valley para saber qué opina sobre los asesinatos.

—Ten cuidado —le advirtió Mitch—. He oído que Rosales, ese tipo, está muy cabreado por las acusaciones que se han hecho contra la compañía. En el Departamento nos advierten que nos andemos con pies de plomo, que no lancemos sospechas infundadas.

—No voy a acusarles de nada que no pueda demostrar. Voy a informar de los hechos. De todos modos, son de dominio público. Nuestro querido ex alcalde mató a Andrew McGovern para ocultar que tenía intereses en la Ranger Corporation. Por cierto, ya que hablamos de compartir información, yo estuve comprometida con Andrew.

Aquello sorprendió a Mitch.

—Lo lamento —murmuró.

—Fue hace mucho tiempo —sin embargo, aquello todavía ensombrecía el fondo de sus suaves ojos castaños—. Paul Lambert —continuó con más energía— mató a un rancharo para intentar apoderarse de su propiedad con el fin de vendérsela a la Ranger Corporation, que era cliente del bufete.

—Eso parece, sí —reconoció Mitch—, pero no encontramos ninguna prueba que implicara a la Ranger en los asesinatos. Al parecer, sólo vinieron a la ciudad a comprar tierras para desarrollar no sé qué proyecto. No pudimos demostrar que promovieran los tejemanejes del alcalde, ni que incitaran a su abogado a conseguir por medios ilegales las tierras que les interesaban.

—Pero ¿lo investigasteis?

—Sí, lo hicieron los tipos que llevaban el caso —dijo Mitch, y le hizo a Cara un resumen de los informes clasificados que conocía, lo cual provocó en ella una amplia sonrisa.

—Lástima que no podamos interrogar ni al alcalde Daniels ni a Paul Lambert —dijo Cara cuando acabó. El alcalde se había matado en un accidente de tráfico cuando intentaba escapar, tras ser descubierto, y Lambert se había suicidado en su celda—. ¿Crees que Donald Church, el socio de Lambert, sabrá algo?

—Si es así, dudo que te lo cuente. Es abogado. No dirá ni una palabra de la Ranger Corporation, sobre todo si lo que sabe puede relacionarlo de algún modo con lo que ha pasado, o al menos hacerle quedar en ridículo. Que yo sepa, piensa seguir ejerciendo aquí, aunque Lambert & Church se haya ido al traste.

—De todos modos, no puedo demostrar que lo que Nancy quería enseñarme tiene algo que ver con la Ranger —reconoció Cara—. Pero hablaré con Church para ver cuál es su posición. Y para ver de qué más puedo enterarme. Puede que fueran otros asuntos turbios del bufete los que causaron los asesinatos... incluyendo el de Nancy.

—Puede ser —dijo Mitch—. Pero no te precipites.

—Claro que no —ella le sonrió—. Y, ahora que te he contado lo que voy a hacer, ¿por qué no me cuentas lo que vas a hacer tú?

—Voy a ir a ver qué han encontrado los técnicos forenses —dijo Mitch con frialdad.

—¿Me mantendrás informada?

—Te contaré lo que pueda —que no sería mucho. El deber de Mitch era capturar al culpable. El de ella, conseguir una buena historia.

Cara lo observó de nuevo y luego dijo:

—Mitch, ¿tú...? —su voz vaciló—. Está bien, déjame hablarte con franqueza —dijo por fin—. Esta mañana, cuando estuve con el sheriff Wilson, hablaba en serio, Mitch. Me parece muy extraño que el Departamento del sheriff del condado no resolviera los dos primeros asesinatos.

—Yo resolveré el tercero.

—¿No crees que... bueno, que tal vez no se resolvieron a propósito?

—No —dijo él, infundiendo una falsa convicción a su mirada. Había algo que Cara no sabía, pero no estaba dispuesto a decírselo.

Había habido un cuarto asesinato relacionado con Lambert & Church. La conexión que unía aquellos casos era indirecta, pero estaba relacionada con un escándalo. El escándalo que había destruido al padre de Mitch. Y que, aparentemente, lo había impulsado a suicidarse.

Mitch, sin embargo, estaba convencido de que su padre había sido

asesinado. Y ahora estaba al frente de la investigación del asesinato de Nancy Wilks. Podría investigar a Lambert & Church y a sus clientes sin levantar las sospechas de su jefe. Aquella podía ser la oportunidad que estaba esperando.

Y trabajar con Cara Hamilton podía proporcionarle la coartada adicional que le faltaba. La utilizaría, si era necesario. Y, esta vez, nada, ni siquiera Cara, le impediría resolver el asesinato de su padre.

Capítulo 4

Cara se quedó sentada en su Toyota con las ventanillas bajadas, intentando disipar el calor húmedo que hacía dentro del coche. Observó cómo salía Mitch del aparcamiento casi vacío del restaurante en su sedán blanco, marcado con el escudo del Departamento del Sheriff del condado de Mustang.

Un coche oficial. Un coche que demostraba su autoridad. Pero, de no ser tan simbólico, hubiera sido demasiado corriente como para encajar con Mitchell Steele. A pesar de sus suaves maneras, a ella no la engañaba. A Mitch le cuadraba un enorme todoterreno. O quizás una moto potente.

Pese a su aparente frialdad, Cara había visto algo en sus ojos que sugería que Mitch era muy, muy humano. Y muy viril. Ella nunca había conocido a un hombre tan atractivo.

Mientras hablaba con él del caso, no había dejado de pensar en las camas del Lone Star Lodge, preguntándose cómo sería revolcarse con él entre las sábanas. O, mejor, sobre las sábanas. Hacía demasiado calor para taparse.

«Nada puede con la amante de un defensor de la ley...».

«Sal de mi cabeza, Escopeta Sally», pensó Cara, echándose a reír. Pero sólo un instante.

Había hecho un pacto con Mitch Steele. Un pacto con el diablo para compartir información con él.

Mitch también debía mantenerla al corriente de sus pesquisas. Sí, ya. Igual que había hecho Jerry Jennings cuando le había robado el reportaje y se había largado, utilizando su trabajo como trampolín para dar el gran salto. Jerry la había utilizado. Igual que haría Mitch si no se andaba con ojo.

Dio un manotazo sobre el volante. No tenía más remedio que colaborar con Mitch, si quería obtener alguna ayuda del Departamento del sheriff. Pero se aseguraría de que Mitch no se aprovechara de ella.

Cara miró distraídamente a su alrededor. El edificio de una sola planta, carcomido por el sol, necesitaba una buena capa de pintura. Era uno de esos sitios que alquilaban habitaciones por horas. Al parecer, los amantes del condado de Mustang no estaban muy por la labor esa tarde. Sólo había tres vehículos en el aparcamiento, aparte del suyo: dos coches junto al restaurante

y una camioneta junto al cartel que indicaba dónde estaba la recepción del hotel.

Cara rebuscó su teléfono móvil en el bolso. Cuando lo encontró, buscó en la agenda el teléfono del Cuatro Ases, el rancho de Bart Rawlins. Aguardó mientras el teléfono sonaba una, dos, tres veces mientras se limpiaba el sudor de la cara con un pañuelo de papel que sacó del bolso. ¿Estaría interrumpiendo a Bart y Lindsey en alguna actividad recreativa prenupcial?

De nuevo se rió de sí misma. Tenía que olvidarse de esas cosas, aunque acabara de hacer un pacto con el atractivo ayudante del sheriff. Iban a trabajar juntos, no a...

—¿Hola? —era una voz de mujer. Jadeante.

—¿Lindsey? Soy Cara. ¿Interrumpo algo?

Una breve vacilación.

—No, acabábamos de salir. Nos íbamos a los pastos cuando he oído el teléfono. He vuelto corriendo.

—Ya —dijo Cara con sorna.

—No importa —dijo Lindsey con firmeza, y se echó a reír.

Cara se imaginó a su amiga, con su esbelta figura, trabajada a base de ejercicio, su lustroso pelo castaño y sus brillantes ojos verdes. Era abogada y procedía de una familia de abogados del este. Había ido a Mustang Valley a demostrar su valía como letrada y lo había conseguido con creces, pues no sólo había conseguido la absolución de su cliente al descubrir al verdadero asesino, sino que se había enamorado de él. Bart Rawlins y ella estaban a punto de casarse.

—Si es mal momento, te llamo luego —dijo Cara—. Pero necesito hablar contigo sobre Lambert & Church.

—Y sobre Nancy Wilks —la voz de Lindsey sonó crispada—. Me he enterado de la noticia, claro. Iba a llamarte luego para asegurarme de que estabas bien.

Cara se recostó en el asiento del coche y tragó saliva al recordar el cuerpo de Sally.

—Estoy bien.

—Claro que sí —dijo Lindsey—. Lo siento muchísimo, Cara. ¿Quieres que vuelva a la ciudad para hacerte compañía? O si prefieres venir al rancho...

¿Y hacer de carabina?

—Gracias de todos modos, pero prefiero quedarme aquí. Estoy trabajando en la historia. Lindsey, yo estaba allí porque Nancy me llamó. Dijo que tenía que enseñarme algo. ¿Tienes idea de qué podía ser?

Cara confiaba en Lindsey porque, aunque llevaba poco tiempo en la ciudad, se había hecho muy amiga de ella y de su otra amiga del alma, Kelly McGovern. Kelly, que había ayudado a resolver el asesinato de su hermano Andrew, estaba de luna de miel con Wade Lansing, quien, aparte de ser el mejor amigo de Andrew, era también el dueño de la taberna de peor fama de Mustang Valley.

—Ojalá lo supiera —contestó Lindsey—. Escopeta Sally solía decir que las cosas siempre vienen de tres en tres, y ahora lo creo.

Eso era algo que Cara, Lindsey y Kelly tenían en común: a las tres las fascinaban las historias de la célebre Escopeta Sally. Su leyenda estaba llena de aventuras que a veces resultaban contradictorias, pero que eran siempre asombrosas y apasionantes. Cara imaginaba que aquellas inconsistencias no eran en realidad tales. Sally había sido, a fin de cuentas, una periodista de investigación. Solía adoptar diferentes disfraces para conseguir sus historias, como Cara estaba dispuesta a hacer.

—Primero Andrew McGovern, luego Jeb Rawlins y ahora Nancy —continuó Lindsey—. Todos muertos. ¿Se sabe ya quién mató a Nancy?

—No, pero pienso averiguar no sólo quién la mató a ella, sino cuál es la relación entre los tres asesinatos.

—¿Crees que están relacionados? —preguntó Lindsey—. Sé que todos tienen que ver con el bufete, y que la Ranger Corporation salió a relucir en los dos primeros casos, pero los asesinos no pueden ser los mismos. El alcalde y Paul Lambert están muertos, así que no pueden tener nada que ver con la muerte de Nancy. Y no hay duda de que ellos eran los asesinos.

—Yo tampoco sé qué tiene todo esto que ver con el bufete —dijo Cara—. Pero, si hay algo turbio, pienso averiguarlo.

—Ten cuidado —le advirtió Lindsey—. Y avísame si puedo hacer algo.

—Hay una cosa —dijo Cara.

—¿Qué?

—Vuelve con Bart. Dale un besazo y... lo que te apetezca.

Lindsey se echó a reír y colgó.

Al salir del aparcamiento, Cara notó que la camioneta arrancaba tras ella. Qué extraño. No había visto salir a nadie del hotel.

—Me alegra conocerla, señorita Hamilton —dijo Roger Rosales, director de desarrollo regional de la Ranger Corporation.

Cara sonrió mientras se estrechaban las manos. El daba la mano con firmeza y tenía una sonrisa fácil. Aparte de su traje de verano verdoso y de su corbata beige, Roger no era como Cara esperaba. Parecía más joven que ella, que tenía veintisiete años, y tenía los ojos castaños y risueños y el pelo de color café con leche. Parecía el hermano pequeño de alguien, jugando a ser el jefe. Pero Cara sabía que no debía subestimarle.

—Siéntese, por favor —Roger se acercó al sillón de madera tapizado con cuadros de tono suave, a juego con las pesadas cortinas de su lujoso despacho. La sede de la Ranger Corporation en Mustang Valley no era muy grande, pero Mustang Valley tampoco era muy grande. El despacho, compuesto por aquella habitación y una antesala, estaba situado en el edificio más prestigioso del centro de la ciudad: un edificio antiguo y señorial cuya fachada de granito se conservaba impecablemente desde hacía más de un siglo. Era probable que ya estuviera allí en tiempos de Escopeta Sally.

—Gracias por recibirme, Roger —dijo Cara—. Estoy trabajando en un artículo sobre grandes compañías con sede en otros sitios que hacen negocios en Mustang Valley. Hay un número sorprendente de...

—He leído en el periódico que fuiste tú quien encontró a la pobre Nancy Wilks anoche —dijo él, interrumpiéndola, y se inclinó hacia ella sobre la mesa de caoba pulida, con una sonrisa compasiva.

Menos mal que Cara ya había decidido no subestimar a aquel tipo de apariencia amable. Una mofeta que se pintaba la raya blanca de negro, eso le habría llamado Escopeta Sally.

—Sí, es cierto —dijo Cara, estremeciéndose—. Yo la encontré.

—Es terrible —él sacudió la cabeza—. Ha habido muchos asesinatos últimamente. Eso ha hecho que la Ranger Corporation se replantee la conveniencia de llevar a cabo sus proyectos de desarrollo en esta zona.

—¿De veras? ¿Y qué proyectos son éstos, Roger? —Cara estaba resuelta a tomar el mando de la entrevista.

—Oh, eso es confidencial —dijo él—. Sobre todo, teniendo en cuenta lo mal que nos han tratado los medios. Si alguien supiera lo que pensamos hacer aquí, nuestros planes podrían irse al traste antes de que tuviéramos oportunidad de demostrar lo mucho que podemos contribuir al desarrollo económico de esta región.

A Cara empezaba a repugnarle la sonrisa infantil, que escondía la astucia de aquel hombre.

—¿Conocía el alcalde Daniels los planes de la Ranger? —preguntó.

—Si así era, la información no le llegó a través de mí.

—Entonces, ¿no era usted consciente de que las inversiones del alcalde Daniels en su empresa podían suponer un conflicto de intereses?

Roger se encogió de hombros.

—Las acciones de la Ranger Corporation no cotizan en los grandes mercados, pero aun así no ejercemos un control férreo sobre nuestros accionistas. Nosotros no nos dedicamos a enseñar ética a la gente que compra nuestras acciones.

—Y respecto al hecho de que su abogado, Paul Lambert, matara a un ranchero para intentar que sus tierras salieran a la venta... ¿tampoco tenían ustedes nada que decir sobre su ética?

Por primera vez, Roger achicó los ojos. Ya no parecía tan joven e inocente. En realidad, parecía cabreado. «Bien», pensó Cara.

—Mire, Cara, sé que es usted una buena reportera. He leído algunos de sus trabajos. Supongo que podía usted demostrar las acusaciones que lanzaba en ellos. Pero no sueñe siquiera con cargarle algo a la Ranger. Nosotros no tenemos nada que ver con lo que hizo el alcalde Daniels, ni incitamos al asesinato de Jeb Rawlins, aunque lo cometiera Paul Lambert, quien, por cierto, era inocente hasta que se demostrara lo contrario, cosa que nunca sabremos dado que se quitó la vida. Y, si decide usted publicar un artículo

acusando a la Ranger, la compañía dará los pasos necesarios para proteger su reputación, incluyendo, naturalmente, una demanda por difamación.

Cara empezó a enfadarse. Aquel hombre estaba amenazándola... o, al menos, amenazando a su periódico. Y eso significaba que su carrera podía resentirse. Y su carrera lo era todo para ella. Tal vez ella no se dejara arrear por tipos como Roger Rosales, pero su jefe sí.

—¿He dicho yo en algún momento que pensara lanzar falsas acusaciones? —preguntó con aspereza—. Yo creo que, en esa clase de causas, la verdad es siempre la mejor defensa.

Roger compuso una sonrisa desdeñosa.

—Demuestre la implicación de la Ranger Corporation. Apuesto a que ha venido aquí esperando que admitiera alguna relación no sólo con esos horribles crímenes, sino con la muerte de la pobre señorita Wilks.

A Cara se le había pasado por la cabeza.

—¿Hay alguna relación, Roger? —preguntó ella dulcemente.

—La reunión ha acabado —él se levantó—. Gracias por venir.

—De nada —dijo ella con sarcasmo, poniéndose en pie. Dio unos pasos hacia la puerta y luego se dio la vuelta—. Ah, y no se relaje pensando que hemos aclarado las cosas. A mí me interesa todo lo que afecta a Mustang Valley, y mi investigación sobre la Roger Corporation no ha hecho más que empezar. Si encuentro pruebas que demuestren la relación de la Ranger con algún asunto turbio... En fin, siga leyendo los periódicos, Roger. Puede que aprenda algo esclarecedor.

Él la miró amenazante y Cara se estremeció. Aunque había decidido no dejarse intimidar por sus amenazas de demandar al periódico, resolvió de nuevo no tomar a la ligera a aquel hombre. Roger Rosales ocultaba algo. Estaba segura de ello.

Tenía que relatarle a Mitch aquella conversación, incluyendo las amenazas explícitas e implícitas. Seguramente él las encontraría interesantes. Y quizá le dieran mayor ímpetu para buscar un vínculo entre la muerte de Nancy y la Ranger Corporation.

Con la cabeza alta, Cara salió a la antesala.

A última hora de la tarde, Mitch apenas podía mantener los ojos abiertos.

Para mantenerse despierto, se levantó y se desperezó, invadiendo con los brazos el espacio reservado a uno de sus compañeros en la abarrotada sala de administración de la comisaría. Su mesa ocupaba un rincón lleno de cajas de papeles. Mirando su reloj, se dio cuenta de que llevaba dos horas sentado en su incómoda silla, frente a la mesa de madera.

La sala olía a la comida mexicana que solían engullir los agentes que la poblaban. A aquella hora, casi todos habían abandonado sus mesas y estaban en la calle, cumpliendo diversas misiones.

Mitch, no. Tras visitar de nuevo la casa de Nancy Wilks para comprobar su estado, había vuelto a comisaría para revisar los informes y hablar por teléfono con el laboratorio de Dallas donde habían sido mandadas las pruebas para su análisis.

La agente Stephanie Greglets entró seguida por Hurley Zeller. Stephanie era una mujer alta que había entrado en el cuerpo poco después que Mitch. Hurley la perseguía sin descanso, pero a Mitch le alegraba comprobar que la joven lo ponía constantemente en su sitio.

—¿Qué tal la investigación, Mitch?

—No hay nada definitivo aún —dijo él—. Pero... —sonó su teléfono móvil. Mitch metió su mano en el bolsillo, por debajo de su insignia, y lo sacó—. ¿Diga?

—¿Mitch? Soy Cara. ¿Tienes un minuto?

—Sí. No cuelgues —Mitch vio que Hurley estaba observándolo. Fuera lo que fuese lo que quería decirle Cara, Mitch no quería que Zeller lo oyera.

—¿Es tu nueva amiguita, la sospechosa de asesinato? —Hurley siguió con la mirada a Mitch mientras éste se dirigía hacia el vestíbulo estrecho, pero profusamente iluminado.

—¿Sí, Cara? —Mitch se apoyó en la pared gris, junto a la salida trasera del edificio.

—He hablado con Lindsey Wellington, pero no sabe nada. Luego he ido a ver a Roger Rosales. Estoy segura de que sabe algo, Mitch.

—¿Qué, por ejemplo?

—Intentó pasarse de listo conmigo. Pretendía decirme cómo hacer mi

trabajo y...

—¿Qué tal con la pelirroja? —Hurley Zeller apareció frente a Mitch, sonriendo—. ¿Vas a tirártela?

—Luego te llamo —Mitch cerró el teléfono bruscamente. Maldición. No quería ser tan brusco con Cara, sobre todo teniendo en cuenta que lo había llamado para contarle algo—. ¿Querías algo, Zeller?

—A mí no me importaría tirármela —su ancha sonrisa mostraba los dientes amarillentos de un fumador empedernido—. ¿Qué tal es en la cama?

Mitch contuvo las ganas de borrar aquella sonrisa de la cara de Zeller.

—Si te refieres a la señorita Hamilton, ha decidido cooperar con el Departamento del sheriff en la investigación.

—No le queda otra. El informe preliminar del laboratorio dice que las huellas de la señorita Hamilton estaban por todas partes.

Mitch procuró no mostrar sorpresa. Ni por las huellas, ni porque Hurley hubiera visto los resultados de las pruebas.

—Naturalmente. Ella encontró el cuerpo. ¿Y qué hacías tú con el informe del laboratorio? —estaba sobre su mesa. Había estado revisándolo.

—Le pedí al laboratorio copias de todo. De ese modo, estaré al día cuando me pidas ayuda.

Cosa que Mitch haría cuando se helara el infierno.

—Será mejor que le diga a Ben que te dé algo que hacer. Está claro que te sobra tiempo —Mitch miró las manazas que descansaban a ambos lados de la prominente cintura de Hurley—. ¿Sabes?, mi coche necesita un buen lavado. ¿Por qué no te encargas de eso mientras yo trabajo en los asuntos que tengo asignados?

—¿Como tirarte a la señorita Hamilton, por ejemplo?

—Vete a... —empezó a decir Mitch, pero cerró la boca al ver que Stephanie Greglets salía al pasillo.

—Hurley, el jefe te está buscando —dijo ella.

—Hasta luego, Steele —dijo Hurley, sonriendo de nuevo.

Mitch suspiró mientras intentaba refrenar su ira. No tenía sentido enfrentarse a un capullo como Hurley. Pero Hurley personificaba lo que

muchos otros en el Departamento expresaban más por lo que callaban que por lo que decían. Era una suerte que Mitch prefiriera trabajar solo. Despreciaba a quienes lo miraban por encima del hombro. Y las pocas veces que alguien se había ofrecido a trabajar con él, sus razones habían resultado demasiado obvias. Querían llevarse el mérito de su trabajo. O pretendían cargarle a él con el muerto si algo salía mal. A fin de cuentas, era el hijo de su padre.

—No le hagas caso —dijo Stephanie.

Mitch la miró. Tenía el pelo muy corto, casi como un chico, pero sus rasgos faciales y sus largas pestañas eran definitivamente femeninos. Una chica guapa. Pero no era su tipo.

Su tipo... El rostro atractivo y sexy de Cara Hamilton apareció de pronto en su cabeza, y Mitch procuró hacerle salir de allí.

—Sí, ya —le dijo a Stephanie, y se dio la vuelta.

—La verdad es que Ben no le anda buscando —dijo Stephanie—. Quería hablar contigo.

Mitch se giró hacia ella.

—¿Sí?

—He pensado que querrías saber que Ben también ha pedido copias de los informes del laboratorio. Y ha interceptado los registros telefónicos que pediste.

—Maldita sea. Gracias, Stephanie —Mitch se detuvo un momento y la miró. ¿Por qué le decía todo aquello?

Como si respondiera a su pregunta, ella dijo:

—Como ya te he dicho, quiero ayudarte en este caso. Es un asesinato. Un caso muy importante. A mí me excluyeron de las otras dos investigaciones porque soy una mujer, aunque nadie lo admita. He notado que contra ti también hay prejuicios... por tu origen, y por lo de tu padre. Tal vez podamos ayudarnos mutuamente. Y supongo que formar parte del equipo que resuelva este asesinato no le vendrá mal a mi carrera, ¿no?

Stephanie tenía razón. Pero, aun así, Mitch tenía sus recelos.

—Sí —contestó de todos modos—. Hablaremos luego —en ese momento, lo que quería era hablar con el sheriff sobre ciertos registros de

llamadas.

El sheriff también quería verlo a él. Ben Wilson estaba sentado tras su larga mesa. Tras él colgaba una fotografía firmada del gobernador de Texas, flanqueada por las banderas de Texas y de los Estados Unidos. El despacho era casi tan grande como la sala de administración.

Por suerte, Hurley no estaba allí.

—Siéntate, Mitch —dijo Ben. Mitch se sentó en una de las sillas bajas colocadas frente a la mesa. El respaldo curvo le llegaba a los riñones—. Acabo de recibir una llamada muy desagradable de Roger Rosales, el representante de la Ranger Corporation. Parece que la señorita Hamilton ha estado molestándolo. Le ha amenazado.

Maldición. Mitch lamentó no haber escuchado la versión de Cara sobre aquella conversación antes de hablar con el sheriff.

—Tengo que hablar con ella de todos modos, para puntualizar parte de su declaración. Averiguaré qué ha pasado.

—Sí, hazlo —dijo Ben.

—Por cierto, tengo entendido que has recibido los registros de llamadas que pedí. Del teléfono de Nancy Wilks.

—Pues te han informado mal. Los registros que tengo son los del bufete Lambert. Ya habían sido solicitados para el sumario del caso Rawlins.

—Necesito verlos. Tal vez alguna llamada sea de la señorita Wilks.

—Ya hablaremos de eso más adelante. Mientras tanto, cuento contigo para que mantengas alejada a la señorita Hamilton de la Roger Corporation. Amenázala, llama a Beau Jennings, haz lo que sea necesario. Ya tenemos suficientes problemas aquí como para tener que meter entre rejas a esa periodista por acoso, ¿no crees?

—Sí, claro —dijo Mitch con acritud. Era hora de hablar con Cara sobre su conversación con Roger Rosales.

Se marchó de la oficina. Quería hablar con Cara. Sin interrupciones. Al llegar a su coche, la llamó desde el teléfono móvil.

—Cara, quiero retomar la conversación que empezamos antes —dijo cuando la localizó—. ¿Dónde estás?

—Saliendo del coche, enfrente de la casa de Nancy. Voy a... —Cara acabó la frase con una rápida inspiración—. ¡No! —gritó.

Mitch oyó el chirrido de unos frenos seguido de un estruendo metálico. Y luego nada.

Capítulo 5

Atónita, Cara se quedó tendida sobre el capó de su coche, con las piernas colgando y la falda vaquera subida.

Por suerte, había tenido presencia de ánimo suficiente como para saltar al capó cuando la camioneta enfiló a toda velocidad la calle Caddo en dirección a ella. Por lo menos el cretino que la conducía no había chocado contra su coche, sólo le había rozado el lateral. Claro, que de haber chocado no habría podido continuar. Y aquella embestida parecía intencionada.

—¿Está bien?

Cara reconoció la voz de Bea Carrow, que la miraba desde la acera con preocupación. Aquella señora de mediana edad era una de las vecinas del piso de arriba de Nancy, y Cara la había entrevistado la mañana anterior.

—Sí —dijo Cara. O intentó decir. La adrenalina seguía fluyendo por su cuerpo con tanto ímpetu que apenas podía respirar. Se bajó del capó, pero siguió apoyada contra el coche. Le temblaban las piernas como si fueran de goma. Se bajó la falda—. ¿Ha visto lo que ha pasado?

Bea sacudió la cabeza. En su peinado compacto y azulado no se movió ni un solo pelo.

—No, pero he visto la camioneta corriendo calle abajo.

—Yo lo he visto —dijo un adolescente montado en una bicicleta. Bajo el casco azul y rojo, el chico tenía los ojos muy abiertos y parecía tan impresionado como Cara—. Parecía que iba a por ti.

—Sí —Cara sintió de pronto un dolor en ambos brazos y a lo largo del cuello—. ¿Has visto al conductor? —cuando el chico sacudió la cabeza negativamente, preguntó—. ¿Y el número de matrícula? ¿Lo has visto?

—No —contestó el chico.

Como parecía a punto de echarse a llorar, Cara le dijo:

—No importa. No ha pasado nada —salvo que aquel tipo se había escapado. De momento.

—¿Quiere que la lleve al hospital? —preguntó Bea.

—No, gracias. En cuanto recupere al aliento, estaré bien.

—Si estás segura...

Cara asintió con la cabeza, aunque no estaba segura en absoluto. Sacó fuerzas para recordarle a Bea quién era y para presentarse al chico, Tommy Dalford, a quien le dio su tarjeta.

—Estoy trabajando en un reportaje sobre la muerte de la pobre Nancy para La Gacela. Estoy segura de que esto ha sido sólo un accidente, pero...

Los dos le prometieron avisarla si recordaban algo importante sobre la camioneta. Cuando Bea y Tommy se marcharon, Cara revisó con fastidio el largo raspón de su Toyota amarillo. Por lo menos estaba viva...

El ruido de un motor la sobresaltó. Corrió a la acera y vio que un vehículo se paraba dando un frenazo junto a su coche. Era un coche blanco del Departamento del Sheriff. Mitch Steele saltó de él sin su sombrero y cerró la puerta de golpe.

—¡Cara! ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

Sólo entonces recordó ella que estaba hablando con él cuando apareció la camioneta.

—Estoy bien —dijo, ignorando el temblor de su propia voz. Miró al suelo buscando su móvil y lo encontró tirado junto al bordillo de la acera, hecho añicos.

—No tienes buen aspecto —Mitch la agarró de los brazos y la sostuvo con firmeza.

Ella se dio cuenta, contrariada, de que aún estaba temblando. Alzó la mirada hacia él con expresión desafiante. Los ojos dorados de Mitch la observaron como si fuera un jarrón delicado que alguien acababa de arrojar contra la pared. ¿Delicada? ¿Ella? Aun así, la idea de que Mitch se preocupara por ella la hacía sentirse extrañamente bien.

—Agradezco tu preocupación, pero...

—Ahora, cuéntame qué demonios ha pasado.

—Ha sido una camioneta. La vi hace unas horas, cuando nos fuimos del Lone Star Lodge, y...

—¿La viste allí?

—Creo que sí. Salió del aparcamiento detrás de mí, aunque no vi a nadie

subirse en ella.

—¿Puedes describirla? ¿Te fijaste en el número de la matrícula?

—Sí y no —ella parpadeó, pues veía borroso a Mitch—. Mitch, lo siento, pero ¿podrías llevarme a casa? Hablaremos allí. Es que necesito sentarme un rato.

Mitch sabía dónde vivía Cara. La dirección figuraba en su declaración sobre el caso Wilks. Conocía aquel complejo de apartamentos de la parte nueva de Mustang Valley, que atraía a solteros y parejas jóvenes y tenía bonitos jardines, piscina, sauna y apartamentos pequeños pero bien equipados. La clase de sitio idóneo para alguien que no tenía tiempo para ocuparse de reparaciones y arreglos domésticos.

A Mitch no le gustaban aquellos sitios, pero se alegraba de que Cara viviera allí porque el edificio tenía sistema de seguridad.

La acompañó a su apartamento y pronto encontró razones para que el sitio le gustara aún más. Cara había decorado el piso con un estilo tan atractivo como ella misma. Bajo los techos abuhardillados, las cortinas de colores vivos, las alfombras trenzadas y las tumbonas contrastaban con las blanquísimas paredes y los muebles de líneas sobrias.

Cara se dejó caer en el sofá y se quitó las botas camperas de caña alta. Subió los pies y los escondió bajo su larga falda azul.

—¿Sabes? —dijo—, no suelo decir esto, pero, si estuviera a punto de morir y tuviera que decidir qué hacer, creo que haría un viaje.

—¿Adonde? —Mitch imaginó que elegiría una gran ciudad rebotante de noticias.

Pero ella dijo:

—Haría un descenso en piragua por el Gran Cañón, o saldría a acampar en las montañas, en cualquier parte.

Ambos planes atraían a Mitch. Pero no estaba allí para soñar despierto con aquella atractiva mujer que no dejaba de sorprenderlo. Sin embargo, cuando Cara estiró las piernas y se inclinó hacia un lado, se imaginó sentado a su lado, tomándola en sus brazos. Abrazándola. Acariciándola...

«Déjalo ya, maldita sea». Si empezaba a obsesionarse con ella, sólo conseguiría distraerse.

—Supongo que querrás saber si tengo alguna idea sobre quién ha intentando atropellarme —dijo ella soñolienta.

—¿La tienes?

—No. Pero dudo que fuera Roger Rosales, porque vi la camioneta antes de entrevistarme con él.

—Ya he avisado a las patrullas para que busquen una camioneta azul con un lado abollado. Ahora, cuéntame tu conversación con Rosales —Mitch se sacó la libreta del bolsillo y tomó notas, aunque nada de lo que le contó Cara arrojaba luz sobre el caso Wilks.

Cuando ella acabó, Mitch le contó lo que le había dicho Ben Wilson.

—Me ha ordenado que te advierta que no molestes a Rosales.

Mitch casi se echó a reír al ver la expresión feroz que ensombrecía el semblante de Cara.

—Él es quien hace amenazas —estalló ella—. Contra la libertad de expresión, contra el derecho del público a saber lo que pasa... Igual que el sheriff Wayne en tiempos de Escopeta Sally.

—¿Escopeta Sally? ¿Qué tiene que ver un personaje de ficción con...?

—¡Escopeta Sally existió! ¿No conoces la historia de su pelea con el sheriff Wayne?

—No exactamente —admitió Mitch. Nunca había prestado mucha atención a las leyendas, salvo a las relacionadas con el pueblo de su madre, que ésta le contaba cuando era niño.

El sopor de Cara parecía haberse disipado. Y su ira también, pues mientras hablaba cedió paso al entusiasmo.

—Sally existió de verdad, Mitch. Y todas las historias que se cuentan sobre ella... bueno, la mayoría son probablemente ciertas, aunque parezcan contradecirse las unas a las otras. Sally era una reportera de investigación de *La Gaceta de Mustang* que solía trabajar encubierta. En aquel entonces *La Gaceta* era un periódico pequeño, pero tenía una tirada considerable, teniendo en cuenta la gente que vivía por estos contornos. La mejor historia de Sally es la de su pelea con el sheriff Wayne. Wayne era el jefe de la policía local, y por lo tanto el jefe del ayudante Zachary Gale, el amante de Sally...

Aquellas palabras avivaron las fantasías de Mitch, que miraba fijamente a Cara. La última vez que se había relacionado con una mujer para algo más serio que un revolcón, había descubierto amargamente que lo único que interesaba a Ellen era saber si los indios americanos se comportaban en la cama de forma distinta que los hombres normales y corrientes. Eso fue justo antes de que estallara el escándalo de su padre. Ellen lo dejó de inmediato, pero no sin antes aclararle que no era tan excitante, a fin de cuentas.

Mitch estaba seguro de que Cara no se conformaría con algo pasajero. Se lanzaría a una relación a tumba abierta, con el mismo celo con que hacía todo lo demás. Lo cual resultaba atrayente... pero no era para Mitch.

Intentó concentrarse de nuevo en la historia que estaba contando Cara. Era larga y complicada, e incluía la legendaria búsqueda de Sally para encontrar al asesino de su hermana Sarah.

—El sheriff Wayne decía tener el corazón roto porque había cortejado a Sarah. Intentó cargarle el asesinato a Sally y lo aireó a los cuatro vientos. Eso obligó a Zachary a fingir que iba tras ella y a acusarla, aunque no lo creía ni por un momento. Era sólo una estratagema para conservar su trabajo y ayudar a Sally. Sally no soportaba cómo se aprovechaba el sheriff de su autoridad para impedir que *La Gaceta* publicara críticas contra él. Su editor la apoyaba, pero le advertía continuamente que tuviera cuidado. Sally se fue a pasar una temporada a casa de su familia, pero desde allí no podía continuar con la investigación. Así que, al final, se hizo pasar por jornalera y se fue a trabajar a una finca vecina, propiedad de un rico terrateniente del este, Clarence McJanuary. Sally seguía enviando sus artículos a *La Gaceta*, haciendo insinuaciones sobre el sheriff e incluso sobre Zachary, para que nadie sospechara que estaban compinchados. Y su editor, por fortuna, seguía publicándolos, a pesar de las presiones que recibía. Sally sospechaba que el sheriff Wayne era el asesino... hasta que encontró pruebas que demostraban que era a ella a quien pretendían matar. Siguió indagando y peleándose aparentemente con Zachary hasta que el viejo Clarence McJanuary le pegó un tiro. Ese tipo iba detrás de las tierras de la familia de Sally y creía que nunca las conseguiría mientras Sally siguiera con vida. Había intentado matarla a ella, no a su hermana. Sally fue tras él y, cuando lo atrapó, le aplicó la ley del Geste según sus propios términos.

—Una historia interesante —dijo Mitch sinceramente—. Ya la había oído antes.

—¿Cuándo?

—Fui al instituto de Glenside.

Glenside era un pueblo a unos pocos kilómetros de Mustang Valley. Pero a Mitch no le gustaba hablar de aquella época. Sus padres y él se habían mudado a Glenside en su primer año de instituto, y aquélla había sido una mala época para un chico callado que trataba de adaptarse. Había aprendido bien la lección, defendiéndose de todos aquellos que le insultaban a él o a su madre.

Cara adoptó una expresión contemplativa mientras lo miraba, pero decidió no preguntarle en qué estaba pensando y concluyó su historia.

—Como otras historias sobre Sally, ésta tiene distintos finales. Algunos dicen que murió por las heridas, aunque yo prefiero pensar que no fue así. El final que me gusta más cuenta que dejó el periodismo y que se casó con Zachary y vivieron felices en las tierras de su familia, después de que McJanuary fuera condenado por el asesinato de su hermana.

—¿Y crees que esa historia es cierta?

—Claro que sí —Cara bostezó, tapándose la boca con la mano.

—¿No puedes decirme nada más de la camioneta, ni de tu entrevista con Rosales?

—No —dijo ella. Y eso significaba que era hora de que él se marchara, a pesar de que tenía ganas de quedarse.

A pesar de que no era un gesto muy profesional, Mitch se inclinó y besó la cálida y suave mejilla de Cara. Aquel beso lo sorprendió tanto como a ella.

—Cierra la puerta cuando me vaya —dijo de mala gana—. Y duerme bien.

Salió del apartamento, cerrando la puerta con firmeza tras él.

¡Caray!, pensó Cara. Si hubiera estado más despierta, le habría dado al ayudante del sheriff Mitch Steele un beso de verdad.

Sí, ya, y habría perdido cualquier posibilidad de cooperar con el Departamento del Sheriff. Mitch habría salido huyendo tan rápido como si le hubiera propuesto matrimonio.

Demonios, ¿de dónde había salido esa idea?

Enojada consigo misma, Cara se levantó y cerró la puerta con llave. Todavía tenía sueño, pero al mismo tiempo tenía los nervios de punta por lo ocurrido. A pesar de que le dolía todo el cuerpo, se acercó a la mesita que había en un rincón de la cocina y encendió el ordenador con intención de tomar algunas notas.

La luz del contestador automático parpadeaba. Cara escuchó los mensajes. A todos podía contestar más adelante, salvo al de sus padres, que la habían llamado para ver qué tal estaba. Cara no les contó lo que le había pasado esa tarde. Tras asegurarles qué estaba bien, decidió devolver otra llamada.

—Hola, ¿Della? Soy Cara Hamilton.

—¡Cara! ¿Qué tal estás? Cuánto me alegro de que hayas llamado. Leí tu artículo en el periódico esta mañana. Encontraste el cuerpo de Nancy... ¡qué cosa más horrible!

Della Santoro y Cara se habían hecho amigas hacía varios años, cuando Cara investigaba la historia de Escopeta Sally por simple diversión. En aquella época, Della acababa de ingresar en el claustro del Colegio Universitario de Mustang Valley como profesora de literatura. Estaba especializada en la génesis de las leyendas locales y en cómo cambiaban con el tiempo. Sabía ya mucho sobre Escopeta Sally y siempre estaba dispuesta a intercambiar información con Cara y sus amigas.

—Sí, no es agradable encontrar a una amiga en ese estado —dijo Cara.

—¿Se sabe ya qué pasó? ¿Quién lo hizo?

—No, pero estoy en ello. Descubrir al asesino será un bombazo.

—Como cuando Escopeta Sally encontró el cuerpo de su hermana Sarah y plasmó aquella experiencia en una serie de artículos para su periódico —dijo Della en tono profesoral.

Al imaginársela, Cara pensó que Della tenía realmente pinta de profesora, con el pelo negro siempre recogido hacia atrás y las gafas de montura plateada. Della vivía junto al campus de la universidad.

—Aquél fue un asunto muy turbio —continuó Della—. Al principio, acusaron a Sally de matar a su hermana.

—Hasta que demostró que era a ella a quien querían matar y la

atacaron... —la voz de Cara se interrumpió un instante—. Como a mí...

—Sí —dijo Della—. Es una historia fantástica. Pero, naturalmente, no tiene nada que ver con lo que le pasó a Nancy —vaciló—. ¿O sí? Quiero decir que ¿por qué fuiste a su casa a esas horas de la noche?

—Eso llevo preguntándome todo el día —dijo Cara—. En cualquier caso, a ver si nos vemos pronto. Me apetece charlar un rato contigo sobre Sally.

—Cuando quieras —dijo Della.

En cuanto colgó, Cara se dio una larga ducha, se puso antiséptico en los arañazos y se metió en la cama. Se quedó dormida enseguida, a pesar de que no dejaba de darle vueltas al asesinato de Nancy Wilks, a la camioneta azul... y al leve roce de los labios de Mitch Steele.

A la mañana siguiente, antes de salir de la casa que tenía alquilada cerca de la comisaría, Mitch llamó, como cada semana, a Tim Bender, el ayudante del fiscal general del Estado de Texas. Durante su época de novato en el Departamento de Policía de Dallas, Tim había llamado a Mitch para que testificara en un juicio, y se habían hecho amigos. Tim era la única persona con la que Mitch hablaba de sus pesquisas para averiguar la verdad acerca de la muerte de su padre. Tim le había prometido el apoyo del fiscal general si Mitch encontraba pruebas de asesinato.

—¿Qué hay de ese nuevo asesinato? —preguntó Tim. Mitch le resumió la situación—. ¿Crees que está relacionado con la muerte de tu padre?

—El vínculo con el bufete de abogados parece cada vez más complejo —dijo Mitch—. Voy a revisar los archivos del Departamento desde un año antes de la muerte de mi padre, para ver si encuentro alguna pista.

Sería su último intento. Cuando la muerte de su padre se consideró un suicidio, Mitch emprendió la tarea, obsesiva y clandestina, de demostrar lo contrario, reuniendo las escasas pruebas del caso y mandándoselas a Tim para su análisis. Apenas había evidencias físicas, de modo que Mitch, con la ayuda de Tim, había hecho averiguaciones sobre Juniper Holdings, la empresa de la que, supuestamente, su padre había recibido sobornos. Sus directores eran ciertos abogados del este de intachable reputación. La compañía había quebrado poco después del escándalo.

Mitch había examinado asimismo los historiales de casi todos los

miembros del Departamento del Sheriff. Había encontrado algunas cosas interesantes, pero nada que señalara a un posible sospechoso. Mitch recelaba de Ben Wilson, que, siendo aún ayudante, había competido con Martin Steele por el puesto de sheriff y había perdido. Tras la muerte de Martin había conseguido por fin lo que quería. Sin embargo, Mitch seguía buscando pruebas que lo involucraran.

—Creo que voy a concentrarme en Lambert & Church.

—Pues buena suerte —dijo Tim— y mantenme informado.

Aquél era el modo en que solían despedirse. Tras casi dos años, era probable que Tim hubiera dejado de creer que la muerte de Martin Steele hubiera sido un asesinato, pero Mitch le agradecía que nunca se lo dijera.

Un rato después, en la sede del Departamento, Mitch se acercó a hablar con el agente de servicio en el mostrador de recepción y le repitió la orden que había dado la noche anterior: todas las unidades debían mantenerse alerta por si veían una camioneta azul con el lateral derecho abollado. Más tarde llamaría a los talleres de chapa del condado, aunque no había muchos y era probable que el conductor hubiera llevado la camioneta a Dallas o a Fort Worth para repararla. O, si era robada, que la hubiera abandonado.

La sala de administración de la comisaría estaba abarrotada esa mañana. Mitch intercambió los saludos de costumbre con sus compañeros. Por suerte, Hurley Zeller no estaba allí. Cuando Mitch llegó a su mesa, levantó el teléfono con intención de dejarle un mensaje a Cara en la redacción de *La Gaceta* para que lo llamara en cuanto llegara. No quería despertarla, si se había quedado en casa.

—Cara Hamilton —dijo la voz impaciente de ella, y Mitch sonrió.

—Cara, soy Mitch —dijo él en voz baja para que nadie le oyera—. ¿Qué haces ahí tan temprano?

—¿Y por qué llamas si no esperabas encontrarme? —él sonrió para sí mismo mientras le explicaba la razón—. Gracias por no querer despertarme —dijo ella—. Siempre me levanto temprano, incluso cuando me acuesto agotada. No me gusta que el día empiece sin mí. Bueno, entonces...

Él sacudió la cabeza un poco, notando la habitual impaciencia de Cara.

—Cara, anoche estuve pensando en lo que te pasó ayer. Necesito una lista de todas las personas sobre las que hayas escrito últimamente que

podieran estar... digamos molestas por lo que hayas dicho.

Ella dejó escapar una risa musical.

—Eso significa hacer una lista de todas las personas sobre las que he escrito.

A Mitch no le costaba creerlo.

—Entonces, hazme una lista completa —apretó los dientes pensando en la tarea que le esperaba. Tendría que entrevistarse con todos los enemigos potenciales de Cara.

Tal vez pudiera pedirle ayudar a un agente de rango inferior. ¿A Stephanie Greglets? Pero no se fiaba de nadie, ni siquiera de Stephanie.

—Está bien —dijo Cara—. Te haré esa lista. ¿Quieres que te la mande por correo electrónico?

—No, iré a recogerla luego —dijo—. Si quieres podemos comer juntos y hablar de cómo va la investigación.

—Claro. Entonces, nos vemos luego, Mitch —Cara colgó.

Mitch intentó obviar apresuradamente la sensación de placer que le producía el saber que iba a verla más tarde.

Cara canturreaba mientras recorría el sótano de *La Gaceta*.

Por lo menos, Beau había conseguido que se microfilmara los ejemplares antiguos del periódico. Pero los de los meses anteriores tendría que revisarlos a mano.

Se sentó en un cuartito sucio, anejo al archivo, con las manos ennegrecidas por la tinta, y comenzó a hojear los periódicos. Todavía estaba dolorida por el incidente de la camioneta, y el arañazo que tenía en el brazo todavía le escocía. Así pues, ¿por qué canturreaba? Tenía muchas cosas que hacer. Y, gracias a Mitch, ahora tenía una más. «Gracias, Mitch», pensó.

De pronto dejó de canturrear. Mitch. Iba a encontrarse con el atractivo ayudante del sheriff más tarde. Le pondría al corriente de sus pesquisas. Pero ¿le diría algo él? No de buen grado, estaba segura.

—Si quiere algo de mí, ayudante Steele —masculló en voz alta—, tendrá que darme algo a cambio.

Sonriendo con acritud mientras miraba la página que acababa de volver, se detuvo de pronto. Allí estaba parte de lo que andaba buscando.

Aquel artículo, firmado por el propio Beauford Jennings, informaba de la muerte del alcalde Frank Daniels en un accidente de coche cuando intentaba huir. Cara se llevó el periódico a la fotocopidora que había en un rincón del cuarto. Tras guardar la copia en una carpeta, leyó el artículo. Este relataba los antecedentes de la repentina muerte del alcalde, quien poco menos que había admitido ser el asesino de Andrew McGovern, un abogado del bufete de Lambert & Church.

Cara dejó escapar un largo y profundo suspiro.

—Oh, Andrew —murmuró, apenada.

Sabía que habían hecho bien al romper su relación. Habían salido durante el instituto y luego se habían prometido cuando él regresó de la universidad. Andrew era muy amable, pero demasiado convencional. Casarse con él habría sido un incordio. Sin embargo, Cara lo había querido. Y todavía lloraba su muerte, aunque no fuera el hombre adecuado para ella.

Quizá no hubiera ningún hombre adecuado para ella. Su media naranja tenía que apoyar su carrera profesional. Tenía que ser alguien con quien pudiera compartir cosas. Alguien en quien pudiera confiar. No como Andrew. Ni como el ladrón de Jerry Jennings. Ni como Mitch Steele.

Cara dejó escapar un bufido. ¿A santo de qué se acordaba ahora de Mitch?

—Vuelve al trabajo, Cara.

No pudo resistir la tentación de buscar información sobre otro asunto: la muerte del padre de Mitch. Martin Steele había sido acusado de aceptar sobornos de una empresa llamada Juniper Holdings, que se fue al traste en cuanto estalló el escándalo. La Juniper pretendía hacer negocios sin contar con los permisos necesarios del condado de Mustang y, por lo visto, pagó al padre de Mitch para que le allanara el camino. Tras ser descubierto, el sheriff Martin Steele se pegó un tiro. Pobre Mitch...

Cara suspiró y concentró de nuevo su atención en el material que necesitaba para levantar su historia. Cuando regresó a su pequeño despacho una hora después, había encontrado casi todo lo que buscaba: numerosas referencias a la Ranger Corporation en artículos sobre los asesinatos de

Andrew y del rancho Jeb Rawlins.

La Ranger Corporation había tratado de comprar las tierras de la familia de la novia de Andrew, el rancho West. Los ranchos de Jeb Rawlins, el Barra JR, y de su sobrino Bart, el Cuatro Ases, lindaban con aquella propiedad. Los esfuerzos de la Ranger por hacerse con las tierras de los Rawlins habían fracasado gracias a los esfuerzos de Lindsey Wellington, la amiga de Cara, y de su prometido, Bart Rawlins. Pero, ¿habría conseguido la Ranger comprar el rancho West? Si así era, la noticia sería de dominio público. Cara pensó en visitar las oficinas del Registro de la Propiedad del condado.

Ignoraba si el interés de la Ranger Corporation por las tierras de la zona tenía algo que ver con el asesinato de Nancy. Pero, hasta que descubriera qué había querido enseñarle Nancy, cualquier vínculo entre los otros dos asesinatos y podía ser una pista.

El vínculo más obvio era el bufete de abogados de Lambert & Church, que, bajo la sombra de los asesinatos, estaba en proceso de desmantelamiento. Por eso había perdido Nancy, la jefa de administración, su trabajo. Cara no podía hablar con Paul Lambert, el socio fallecido del bufete. Pero podía entrevistarse con antiguo socio, Donald Church.

De momento, no podía relacionar la muerte de Nancy con la Ranger Corporation, pero seguiría investigando.

¿Y si el individuo que había intentado atropellarla estuviera intentando persuadirla para que dejara el caso? A Escopeta Sally, no habían podido pararla ni pegándole un tiro.

—Y a mí tampoco me pararéis —dijo Cara con firmeza, y se giró hacia su ordenador para empezar a redactar la lista que le había pedido Mitch.

Capítulo 6

—Gracias, señora Carrow —Mitch se despidió de la vecina de Nancy Wilks, bajó las escaleras y recorrió el caminito pavimentado que daba a la calle.

Maldición.

La señora Carrow había sido muy amable. Le había ofrecido una taza de té y unas pastas de vainilla, y le había contado con todo detalle cómo una camioneta que nadie había encontrado aún había intentado hacer papilla a Cara. Mitch rechinó los dientes. Tenía que encontrar al desgraciado que había intentado matarla.

La señora Carrow le había dado también un soplo que podía permitirle quitarse de encima a su peor detractor dentro del Departamento y seguir trabajando en aquel caso sin quebraderos de cabeza.

Al montarse en el coche, miró su reloj. ¡Maldición! Iba a llegar tarde a su cita con Cara.

Recorrió las escasas manzanas que lo separaban del centro de Mustang Valley saltándose los límites de velocidad. Vio el Toyota abollado de Cara en la calle, frente al Mustang Grill. Ella no se había ido aún.

Aquél debía de ser su día de suerte. El único problema era que el centro estaba lleno de gente a la hora de comer. Ni siquiera pudo encontrar un vado donde aparcar.

Rodeó la manzana. Si creía en los saberes de su ascendencia india, tal vez la Madre Tierra estuviera dándole una lección.

Mitch nunca había resuelto sus contradictorios sentimientos acerca del pueblo de su madre, pero ésta tampoco. Fruto de una heterogénea mezcla étnica, aunque cien por cien india, su madre descendía principalmente de indios chocktaws y chickasaws. No viendo futuro alguno entre su pueblo, había renunciado a su origen para trabajar como librera y casarse con un blanco. Sin embargo, siempre le contaba leyendas indias a Mitch.

A menudo le decía lo afortunado que era por ser medio blanco. Pero, cuando su marido se suicidó, ella se apresuró a regresar a Oklahoma, donde vivía en una comunidad india, cerca de donde había crecido. Al parecer, el dolor le había hecho replantearse las cosas, y había llegado a la conclusión de

que la cultura blanca no le gustaba tanto como había imaginado.

Mitch no era huérfano, pero casi. La muerte de su padre, el alejamiento de su madre, la ducha de agua fría que había supuesto el abandono de su antigua novia... Hacía largo tiempo que se había acostumbrado a no formar parte de nada ni de nadie. Llevarse bien con la gente era necesario para su trabajo y para permitirle continuar con sus pesquisas, pero se sentía mejor estando solo.

Finalmente encontró un sitio libre y aparcó.

—Gracias, Madre Tierra —masculló con sorna.

Mientras rodeaba la manzana del restaurante, se preguntó cómo podía utilizar la información que le había proporcionado la señora Carrow. Y se juró a sí mismo no compartirla con Cara.

Ésta estaba sentada junto a la pared, en una mesa cubierta con un mantel de cuadros rojos. Todas las mesas estaban llenas, y el ruido de las conversaciones reverberaba en el local. El olor a carne a la parrilla estimuló el apetito de Mitch. No se había dado cuenta de que tenía hambre. Se sentó frente a Cara.

—Me has decepcionado, Steele. Llegas tarde.

—Sí, lo siento.

—Bueno, ¿qué has estado haciendo esta mañana? ¿Hay alguna pista sobre el asesino de Nancy? —los ojos castaños de Cara centellearon, llenos de expectación.

Llevaba de nuevo un chaleco sobre una suave camiseta verde claro que realizaba el llamativo color rojo de sus rizos. Su pelo suelto formaba una cascada sobre la tersa frente y las mejillas.

—No —dijo él con decisión, pero ella entrecerró los ojos como si no lo creyera.

—Cuéntamelo —insistió ella.

Una alegre camarera se acercó con las copas de agua y la carta del día. Cara eligió una ensalada y Mitch pidió un sandwich de ternera asada. La camarera se marchó, dejándolos solos de nuevo.

—Mira, Mitch —Cara se inclinó hacia él, con las manos cruzadas sobre la mesa—. He estado haciendo algunas averiguaciones. Todavía no sé gran

cosa, pero ni siquiera te diré por dónde van los tiros si no me das algo a cambio.

—¿Qué te hace pensar que tengo algo que contarte?

Ella lo miró de soslayo.

—¿Lo tienes?

—Lo que he averiguado seguramente no tiene nada que ver con el asesinato de Nancy.

—¿Seguramente? —ella se recostó en el asiento, cruzando los brazos.

A Mitch no le gustó su repentina frialdad. Pero no pensaba darse por vencido.

—¿Qué tal te sientes hoy? —preguntó—. ¿Estás dolorida? —ella no contestó—. Aún no hemos encontrado esa camioneta, pero...

—Corta el rollo, Steele. Puede que esto no sea buena idea, a fin de cuentas —Cara levantó el asa del bolso que había colgado del respaldo de la silla—. Le diré a la camarera que me ponga para llevar lo que he pedido —sacó su cartera.

Maldición. Si se enfadaba, Cara continuaría husmeando en aquel caso y tal vez le complicara las cosas. E incluso era posible que la mataran de paso.

—Dime qué has estado haciendo esta mañana, Cara, y yo te diré lo que pueda.

Ella lo miró con recelo, pero al fin pareció apaciguarse.

—Tú primero.

Mitch sintió al mismo tiempo el impulso de mandarla a paseo y el de besarla. Se decidió por una tercera posibilidad.

—Está bien. Siéntate.

La camarera llegó con la comida. Cuando se fue, Mitch le dio un mordisco a su sandwich. Estaba bueno..., pero se le quitó el apetito en cuanto se cruzó con la mirada inquisitiva de Cara.

—¿Y bien? —insistió ella.

—Esto es extraoficial, Cara. Y seguramente no tiene nada que ver con el caso. Si me equivoco y al final hay un arresto, podrás usarlo para tu historia.

¿De acuerdo?

Ella ladeó la cabeza y se humedeció los labios.

—Está bien. Cuéntamelo.

—La vecina de arriba de Nancy me ha descrito al hombre con el que salía Nancy. Me recuerda mucho a uno que conozco —pero no le dijo a quién.

Cara sacudió la cabeza, contrariada.

—Eso podría habértelo dicho yo. La señora Carrow estaba allí cuando casi me atropellan, y le dije que me llamara si se acordaba de algo relacionado con Nancy. Me llamó antes de que viniera para acá y me habló de un tipo que salía con Nancy. Un ayudante del sheriff. Es Hurley Zeller, ¿no, Mitch?

Claro que era Hurley Zeller. Cara lo sabía pese a la repentina expresión de perplejidad de Mitch. A Mitch se le daba bien ocultar sus pensamientos. Pero ella veía cómo palpitaba una vena en su sien.

Estaba mosqueado. Lástima. Si le hubiera hablado con franqueza desde el principio, ella no habría tenido que comportarse así.

—Hagamos las paces —dijo Cara. Volvió a colgar el bolso del respaldo de la silla y sacó la lista que había hecho—. Aquí están todas las personas que pueden odiarme por las cosas que he escrito sobre ellas.

Se contaba que Escopeta Sally también había hecho aquello una vez, después de descubrir que era a ella a quien querían matar, y no a su hermana. Había jurado venganza, no detenerse ante nada hasta desenmascarar a sus enemigos. Y hasta había estado a punto de perder a su amante, Zachary, el policía.

—¿Me la vas a enseñar o qué? —preguntó Mitch.

Cara se dio cuenta entonces de que todavía tenía la lista en la mano y estaba mirando fijamente a Mitch Steele. «Un amante policía... ¡Ya quisieras tú, Hamilton!»

Mitch dejó escapar un silbido.

—Vaya, has estado muy ocupada.

—Puede que haya más —dijo ella con suspicacia—, pero sólo he tenido

una hora para redactarla.

—Me refería a que has estado muy ocupada fastidiando a la gente.

—Olfateando sus pecados como un viejo sabueso y haciendo que se lamenten más que una codorniz con el ala rota.

Mitch frunció las cejas e hizo una mueca.

—Qué analogía tan rara.

Cara sintió que se sonrojaba.

—Escopeta Sally solía usarla —masculló.

—No estarás intentando imitarla, ¿verdad? Quiero decir que la historia que me contaste era sólo un ejemplo, ¿no? La mayor parte de lo que se dice de ella son sólo cuentos.

Cara no tenía ganas de discutir con Mitch acerca de su ídolo.

—¿Quieres que hablemos de la lista o qué?

—Claro.

Cara lo miró fijamente y le arrancó de las manos la hoja de papel.

—En mi opinión, sólo hay cuatro o cinco personas lo bastante enfadadas como para intentar vengarse.

—¿Y son...?

Cara enumeró unos cuantos nombres.

—El peor es Jackson Felmington, un auténtico puerco, aunque yo intenté escribir sobre él con objetividad. Es vendedor de coches, uno de éstos que dan mala fama a todo el gremio. Vende coches de exposición como nuevos, y ésa es seguramente la más inofensiva de sus prácticas. Escribí sobre él hace un par de meses. Se puso como loco, amenazó con demandarnos a *La Gaceta* y a mí, y a todo el que se le pusiera por delante. Y, además, dejó caer que tenía contactos en el hampa.

—Recuerdo esa historia y la investigación que abrió después la Oficina de Defensa del Consumidor del Departamento Estatal de Transportes. Tengo entendido que Felmington pidió perdón, pagó una buena multa y prometió ser un buen chico. ¿Has sabido algo de él desde entonces?

Cara sacudió la cabeza.

—Imaginaba que intentaría pasar desapercibido un tiempo, hasta que las aguas se calmaran y pudiera volver a sus sucios negocios.

—Podría ser. ¿Alguien más?

—Bueno..., luego está Shem O'Hallihan.

—Ah, ya. El constructor. Precios de primera por materiales de segunda, ¿no es eso?

—Sí, pero, como no infringió ninguna ley, no fue arrestado, aunque tiene pendientes algunas causas civiles.

—¿Te amenazó?

—Abiertamente, no, aunque es una suerte que no tenga casa propia. Si no, tal vez se derrumbaría cualquier día, gracias a algún pequeño sabotaje.

—¿Y todo eso no te molesta?

—Bueno, yo tenía que hacer mi trabajo, y lo hacía. Igual que tú.

El sonrió.

—Eres de lo que no hay, Cara Hamilton.

Ella se sonrojó a su pesar. Le crispaba los nervios sentirse azorada.

—Sí, ya. Bueno... gracias. Supongo.

La risa espontánea de Mitch resonó a su alrededor. Aquello era nuevo... y agradable. La gente de las mesas vecinas los miró y sonrió, como si la risa de Mitch fuera contagiosa. Cara también se descubrió sonriendo. Pero un instante después él recuperó su habitual seriedad y agitó la hoja de papel.

—¿No has tenido noticias de ninguna de estas personas últimamente? ¿No tienes motivos para sospechar que alguna de ellas condujera la camioneta de ayer?

—No —dijo ella.

—Está bien.

Y eso fue todo. Durante el resto de la comida, no volvieron a hablar de la gente que tenía razones para hacerle daño a Cara, ni sobre Nancy, ni siquiera sobre Sally. Charlaron sobre el condado de Mustang, sobre diversos sitios donde habían estado y sobre otros asuntos superficiales y poco controvertidos.

La mayor parte del tiempo habló Cara. Mitch contestaba sucintamente a sus preguntas y le hacía muchas otras. Cara tenía la impresión de que prefería escuchar. Y de que procuraba cambiar de tema inmediatamente cuando salía a relucir el asunto de su padre.

Cuando acabaron de comer y Cara se empeñó en pagar la cuenta, descubrió que tenía la sensación de haber tenido una cita con el ayudante del sheriff Mitch Steele. Al salir, se detuvo junto a la puerta del restaurante, en la transitada acera de la calle Mayor.

—¿No tienes ninguna pista más sobre el caso, Mitch? ¿Nada que pueda publicar?

—Aún no. Y lo que te he dicho antes es extraoficial.

—¿Lo de Zeller? Claro —gruñó ella.

Su promesa no impidió a Cara, sin embargo, contárselo a su jefe.

—Todavía no podemos publicarlo —dijo, sentada en el despacho de Beau—. Pero pienso seguir esa pista. ¿Crees que el hecho de que Hurley Zeller saliera con Nancy Wilks puede explicar por qué el Departamento del Sheriff no resolvió los dos primeros asesinatos?

Beau frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Bueno, Nancy trabajaba para Lambert & Church. Y el bufete de abogados está relacionado con los dos asesinatos.

—¿Y? Se necesita algo más concreto para lanzar acusaciones, o incluso para insinuar que pueda haber algo turbio.

Cara suspiró.

—Lo sé, pero creo que merece la pena seguir esa pista.

—Sí, ¿por qué no? —dijo Beau—. Pero, después de lo que te pasó con esa camioneta, ten mucho cuidado, Cara. No te busques más enemigos.

Aquellas palabras parecían más bien propias de Mitch. Y a Cara no le gustaban, vinieran de Beau o de Mitch.

Aunque ambos tuvieran razón.

Por lo general, Mitch evitaba a Hurley Zeller como si éste oliera mal. Lo cual era cierto a veces.

Ese día, sin embargo, necesitaba hablar con él... enseguida. Si la señora Carrow les había contado a Cara y a él que salía con Nancy, era poco probable que fueran los únicos que lo sabían, a pesar de que Mitch le había pedido que no se lo dijera a nadie más hasta que él pudiera comprobarlo. Cara, por su parte, iba a indagar hasta qué punto era seria aquella relación.

A Mitch le importaba un bledo que se hablara mal de Zeller. Pero al Departamento no le convenía ocultar o enmascarar aquella relación.

Mitch cruzó la sala de administración desde su rincón, situado en el extremo opuesto al que ocupaba Zeller. Éste, que estaba sentado tras una mesa cubierta de papeles y vasos de café vacíos, lo miró con extrañeza al verlo acercarse, hasta que logró componer una de sus simiescas sonrisas.

—¿Necesitas ayuda, Steele? ¿Ya vienes a llorarme como una nena por el caso Wilks?

—No, pero, dadas las circunstancias, lo lógico es que tú hubieras derramado unas cuantas lágrimas, aunque fueran de cocodrilo, por la última víctima.

La sonrisa de Hurley se evaporó.

—¿Qué insinúas?

—¿Cuánto tiempo llevabas saliendo con Nancy Wilks?

El color desapareció de la cara de Hurley, que un instante después se cubrió de un rojo intenso.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Uno de los vecinos de Nancy. Lo he puesto en mi informe.

Hurley bajó la mirada.

—Sólo salí con ella un par de veces —masculló—. La conocí en el bufete de abogados cuando estábamos investigando a Paul Lambert, y nos entendimos bien. Pero, cuando detuvimos a Lambert, y sobre todo después de que se colgara, pensé que no me convenía seguir viéndola. Podía estar mal visto.

—Y supongo que ella no montó ninguna escena porque la dejaras tirada, así que no tuviste que cerrarle la boca para que no hiciera público tu pequeño conflicto de intereses —Mitch se estaba pasando de la raya, pero quería ver

cómo reaccionaba Zeller.

Su reacción fue la que esperaba. Zeller se levantó a medias, con los puños cerrados.

—De eso nada, Steele. A mi no vas a cargarme ningún muerto.

Mitch se puso tenso, casi esperando que Hurley se abalanzara sobre él. Pero, antes de que pudiera contestar, el sheriff Wilson apareció en la puerta de la sala.

—Steele, Zeller, a mi despacho. Inmediatamente.

Ben no perdió ni un minuto cuando Mitch y Hurley se hallaron sentados frente a su mesa.

—Acabo de recibir un soplo sobre un artículo que aparecerá mañana en *La Gaceta* y que te concierne, Hurley.

¿Un artículo en *La Gaceta*? A Mitch empezó a arderle la sangre. Zeller, en cambio, recuperó su desparpajo habitual delante de su jefe.

—¿Ah, sí? ¿Y de qué va?

—¿Estabas saliendo con Nancy Wilks?

Mitch miró a Hurley y vio un destello de ira en sus pequeños ojos. Hurley se encogió de hombros. Estaba claro que aún no se lo había dicho a Ben. Aunque Hurley ni negó ni confirmó la acusación, Ben prosiguió:

—He recibido una llamada de Beau Jennings, el director de *La Gaceta*. Me ha dicho que acababa de recibir esa información, confirmada por testigos presenciales y que se publicará mañana, pero que quería saber si yo estaba al corriente de que uno de mis ayudantes tenía una relación con la víctima — miró con fijeza a Hurley, pero cuando posó la mirada en Mitch sus ojos adquirieron una expresión hostil—. Supongo que no sabrás cómo se ha enterado Beau de ese sucio rumor, ¿verdad, Steele?

Mitch se lo imaginaba. Por fortuna, Cara Hamilton no estaba allí. Si no, no sabía qué le habría hecho. Sabía, en cambio, qué no volvería a hacer nunca más. No volvería a pasarle información sobre el caso. Naturalmente, Cara se había enterado de aquello por su cuenta. Pero le había prometido no hacerlo público, al menos de momento. ¿Y qué había hecho? Se lo había contado de inmediato a su jefe, que para más inri era el propietario y editor del periódico. Como si pudiera salvaguardar su promesa mediante aquella simple argucia.

Pero lo que había hecho era matar a la gallina de los huevos de oro. De allí en adelante, Mitch insistiría en que le contara todo lo que averiguara. De lo contrario, la encerraría por obstrucción a la justicia.

Jamás volvería a confiar en ella.

Capítulo 7

A la mañana siguiente, Cara estuvo a punto de atragantarse con la tostada del desayuno mientras leía la primera edición de *La Gaceta*.

—Maldita sea, Beau —gritó en la cocina vacía de su apartamento, y dio un puñetazo en la mesa.

Su jefe sabía lo mal que le sentaba que le robaran una noticia. Ella lo había dejado bien claro cuando Jerry le birló su reportaje, aunque en aquel momento había tenido que tragarse en parte su rabia porque Jerry era el sobrino de su jefe. Y, esta vez, era Beau mismo quien lo había hecho.

El cretino de su jefe iba a echar a perder todo lo que había intentando conseguir con su extraña alianza con Mitch Steele.

Los artículos sobre el asesinato de Nancy dominaban las primeras páginas del periódico y llenaban la primera plana casi por entero. Uno de ellos era de Cara. Lo había escrito el día anterior, a última hora, tras hacer unas cuantas entrevistas: un par de columnas de interés humano sobre la infancia de Nancy en Mustang Valley, su familia destrozada, sus amigos airados y los preparativos del funeral.

Otro de los artículos estaba basado en uno que ella había escrito y en el que repasaba la información oficial que se tenía hasta el momento sobre la investigación. Pero la versión de Cara no había llegado a publicarse. Su nombre no aparecía en el encabezamiento, pero Beau había firmado con su nombre y el de Cara al final del artículo. Y había añadido el dato que ella le había suministrado extraoficialmente: que parte de la investigación se centraba alrededor de cierto ayudante del sheriff que salía con la víctima. No se mencionaba ningún nombre, pero se insinuaba la posibilidad de un gran escándalo.

Mitch estaría furioso.

Cara ya se había duchado y se había puesto uno de sus conjuntos preferidos: una falda larga, de color azul, con una blusa amarillo suave, un chaleco beige con muchos bolsillos y sus botas de caña alta. Se aseguró de que llevaba todo lo que necesitaba en el bolso y anotó mentalmente que debía comprarse un móvil nuevo.

Se montó en el coche y se dirigió primero a la sede del periódico,

ensayando de cabeza lo que pensaba decirle a Beau. Le molestó que él no hubiera llegado aún, pero no le causó sorpresa alguna. Ni siquiera había llamado por teléfono, le dijo un becario. «¡Gallina!», pensó Cara.

La luz del teléfono de su despacho parpadeaba, lo cual significaba que tenía un mensaje. ¿Sería de Mitch, la última persona con quien quería hablar en ese momento? Naturalmente.

—Llámame, Cara.

El tono cortante confirmaba su enfado. Cara decidió esperar para que se calmara un poco antes de llamarlo. Además, le convenía tener algo que ofrecerle antes de intentar convencerlo de que no diera por terminado su pacto. Decirle que ella no había hecho nada malo, que era Beau quien se había ido de la lengua, no serviría de nada. Pero si tenía algún dato jugoso que agitar ante sus hermosos ojos dorados...

Se sentó ante su mesa, masticó una de las bolas de chocolate blanco que siempre tenía en un tarro de cristal y empezó a tomar notas acerca de su plan para investigar la muerte de Nancy Wilks y los otros dos asesinatos: a quién entrevistar, en qué orden, qué otras pesquisas eran necesarias... Cuando se disponía a hacer la primera llamada para fijar una entrevista concerniente al asesinato de Nancy, sonó el teléfono. No reconoció el número en el identificador de llamadas. ¿Sería Mitch? Haciendo una mueca de antemano, levantó el teléfono.

—Aquí Cara Hamilton —dijo, procurando infundirle firmeza a su voz.

—Hola, Cara. Soy Della. ¿Quieres que comamos juntas hoy?

Cara tenía cosas que hacer, pero le apetecía muchísimo comer tranquilamente con alguien que no le hiciera pasar un mal rato.

—Claro. ¿Dónde quedamos?

Hicieron planes y luego Cara llamó para fijar su primera entrevista del día.

—Lambert & Church —contestó una voz de mujer.

—Hola, soy Cara Hamilton, de *La Gaceta de Mustang*. ¿Con quién hablo?

Una larga pausa.

—Lo siento, pero no vamos a hacer ninguna declaración —la mujer

parecía estar leyendo.

—Entiendo. Estoy segura de que esto debe de resultarles difícil. Para mí también lo ha sido. No sé si lo sabe, pero fui yo quien... quien encontró a la pobre Nancy —Cara tragó saliva—. Fue espantoso. Me preguntaba si... —dejó que su voz se apagara.

—¿Sí? —la mujer parecía de pronto compasiva.

—Estoy trabajando en los aspectos de interés humano de la historia—. Me gustaría hablar con el señor Church sobre Nancy, cómo la contrataron, si la echarán de menos, esas cosas.

—Ah. Bueno... lo siento, señorita Hamilton, pero el señor Church no ha venido esta mañana. Sé que no ha querido hablar con los demás periodistas que han llamado, pero puede que, tratándose de usted...

—¿Puedo llamarle esta tarde, sobre las dos y media?

—Creo que sí.

—Entonces lo intentaré de nuevo luego. Muchísimas gracias... Lo siento, ¿cómo ha dicho que se llamaba?

—Wanda.

—Gracias, Wanda —Cara colgó suavemente. No conocía a Wanda, pero procuraría informarse sobre ella antes de presentarse en el bufete esa tarde. No esperaba a que le dieran una cita. Estaba decidida a entrevistar a Donald Church. Y todo lo que averiguara podía servirle para atraer el interés de Mitch.

El teléfono sonó de nuevo. Cara lo descolgó sin pensar.

—Aquí Cara Hamilton —dijo.

—Soy Steele, el ayudante del sheriff.

Maldición... Y Cara no se había preparado. A pesar de la frialdad de su tono, el mero sonido de su voz le produjo una oleada de calor que le recorrió todo el cuerpo.

—Hola —dijo alegremente.

—Tenemos que hablar, Cara —dijo él.

—Sí, desde luego, pero ahora no puede ser. Tengo que irme corriendo a una entrevista —sólo era una mentira a medias: tenía que irse corriendo para

evitar aquella conversación, y esperaba hacer varias entrevistas ese día—. Pero tengo cosas interesantes que contarte, Mitch. Así que, mientras tanto, vete pensando qué vas a contarme tú.

—Por eso precisamente te... —Cara notó el tono crispado de su voz.

—Luego hablamos —ella hizo una mueca y colgó. Y, mientras rellenaba el tarro casi vacío de bolas de chocolate blanco, rezó por tener algo interesante que contarle.

Cara se sentó a una mesa del Mustang Grill por segunda vez en dos días. Inhaló de nuevo el delicioso aroma de la carne a la parrilla y paseó la mirada por las mesas atestadas de gente. Le gustaba aquel sitio, aunque normalmente no comía allí tan a menudo. Pero era el restaurante en el que solía quedar con Della Santoro para hablar sobre Escopeta Sally.

Así que allí estaba otra vez, en la misma mesa en la que había comido con Mitch Steele el día anterior, cuando les unía una alianza. Alianza que seguramente se había autodestruido gracias a Beau Jennings.

—¿Estás bien, Cara? —la voz de Della se proyectó como la de una profesora en el ruidoso comedor. Della llevaba, como siempre, el pelo recogido en un prieto moño que enfatizaba su rostro casi rectangular y su barbilla pequeña y prominente. Al inclinarse sobre la mesa, su ceño fruncido exageró el contraste entre sus finas cejas negras y su tez clara. La preocupación ensombrecía sus ojos grises.

—Claro —dijo Cara—. Estoy bien.

—Pero encontrar a la pobre Nancy de ese modo... Sé que fue hace un par de días, pero imagino que todavía estarás impresionada.

Cara cerró los ojos un momento.

—Sí. Fue espantoso. Y no puedo olvidarme de ello porque estoy trabajando en la historia.

Sus pesquisas estaban resultando frustrantes. Sus esfuerzos por fijar alguna entrevista esa mañana habían sido en vano. La llamada más fructífera que había hecho había sido a Lindsey Wellington. Por ella había sabido Cara que Wanda, la recepcionista que contestaba al teléfono en el bufete Lambert, llevaba relativamente poco tiempo en la empresa y era una de las pocas personas que se quedaban hasta que se cerraban las puertas.

Para asegurarse de que la mañana no resultaba del todo infructuosa, Cara había ido al Registro de la Propiedad a fin de revisar las propiedades de la Ranger Corporation. Había averiguado algunas cosas interesantes, pero no tanto como esperaba. No lo suficiente como para impresionar a Mitch Steele y mantener su precaria colaboración.

—¿No pueden poner a otro en tu lugar? —Della tomó la copa de vino rosado que había pedido. Tenía las manos perfectamente cuidadas y el tono rosa de su laca de uñas iba a juego con su carmín.

—Estoy segura de que cualquier reportero estaría encantado de echarme una mano en esta historia —dijo Cara—. Hasta Beau ha puesto su granito de arena —maldito fuera Beau. Y encima llevaba todo el día evitándola, de modo que Cara no había podido encararse con él todavía—. Pero esta historia es mía.

—¿Estás segura de que puedes ser objetiva? —Della se echó hacia atrás mientras ponían un sandwich de ternera ante ella. Cara había pedido lo mismo.

—Tan objetiva como Escopeta Sally —respondió Cara en cuanto la camarera se alejó.

—Bueno, ella no era muy objetiva —dijo Della—. Sobre todo después de encontrar a su hermana asesinada. Pero también cuando se disfrazaba para hacer sus reportajes sobre los *music halls* y...

Aquello era lo que quería Cara. Pasaron a hablar del tema que más le gustaba, sobre todo tratándose de Della: Escopeta Sally y sus maravillosas aventuras. A Cara le encantaban todas y cada una de ellas. Sobre todo, las que contaban que Sally había tenido por amante a un policía...

Sobresaltada, Cara cayó de pronto en la cuenta de que, mientras escuchaba casi hipnotizada la disertación de Della sobre una de sus aventuras favoritas, había estado mirando la puerta del restaurante... en la que acababa de aparecer el sheriff Wilson. Sus miradas se cruzaron y Cara vio con fastidio que el sheriff se dirigía hacia ella sorteando las mesas atestadas de gente. Llevaba el uniforme arrugado. Y parecía furioso.

—Señorita Hamilton —ni siquiera saludó a Della—. La grúa va a llevarse su coche dentro de... —miró el enorme reloj que llevaba en la muñeca—... dos minutos.

Ella también miró su reloj.

—Gracias por la advertencia, sheriff, pero he sacado un ticket de aparcamiento para media hora más.

—Me temo que se equivoca. En esa parte de la calle está prohibido aparcar temporalmente.

—¿En esa parte de la calle, o en el sitio donde he aparcado yo?

Él esbozó una sonrisa taimada.

—Lo mismo da.

—¿Tiene esto algo que ver con el artículo que apareció en *La Gaceta* esta mañana? —preguntó ella—. Si es así, hable con Beau Jennings. El es...

—Estoy hablando con usted. Igual que hablé con su novio, el ayudante Steele, para que no se fuera de la lengua con periodistas entrometidas.

Oh oh. La idea de que Mitch estuviera tan enfadado con ella como para no volver a hablarle le produjo un estremecimiento de aprensión. Pero no podía permitir que aquello ocurriera por culpa de otros.

Apartó la mirada del sheriff y bebió un sorbo de agua. Mientras bebía, se fijó en la expresión alarmada de Della y le lanzó una breve sonrisa para tranquilizarla. Luego volvió a alzar la mirada hacia el sheriff, pero antes reparó en las miradas curiosas que les lanzaban los clientes del restaurante.

—Si está enfadado porque hayamos hecho referencia a la posibilidad de que uno de sus ayudantes estuviera saliendo con Nancy Wilks, sheriff, le diré que obtuve esa información de una fuente que no le revelaría ni a usted ni a ningún miembro de su Departamento. Pero ¿no tendrá algo que ver la relación de ese ayudante con la señorita Wilks con el asunto que le mencioné cuando estuve en la comisaría antesdeayer?

Le convenía ser discreta. No era buena idea lanzar acusaciones infundadas contra el sheriff. Pensaba, sin embargo, escribir un reportaje exclusivo sobre las razones por las que el Departamento del Sheriff había fracasado estrepitosamente en la resolución de los dos asesinatos anteriores en cuanto tuviera pruebas concluyentes. No tenía sentido poner sobre aviso a Ben Wilson antes de tiempo.

El sheriff la agarró bruscamente del brazo.

—Venga conmigo, señorita Hamilton.

Ella alzó las cejas y sonrió dulcemente, aunque se le había acelerado el corazón.

—¿Me está arrestando, sheriff? —intentó desasirse, pero él le apretó el brazo con más fuerza, haciéndole daño.

—No, en absoluto —dijo una voz profunda y familiar detrás del sheriff.

Ben Wilson se giró para ver quién se atrevía a contradecirle. Tras él, Cara vio a Mitch.

—La grúa iba a llevarse su coche, señorita Hamilton —dijo Mitch—. El sheriff Wilson sólo ha tenido la amabilidad de avisarla.

—¡De eso nada! —Cara se levantó y agarró su bolso—. Ha sido él quien les ha dicho que se lo lleven.

—No tientes a tu suerte —le dijo Mitch—. Le he dicho al conductor de la grúa que vuelva dentro de una hora. Espero que para entonces hayas terminado. Si no, se llevará tu coche.

Cara se imaginó la mirada furiosa que le estaba lanzando Ben Wilson a Mitch. Éste, sin embargo, permanecía impassible, a pesar de que algo brillaba en sus ojos dorados.

—No recuerdo haberte destinado a tráfico, Steele —siseó Ben—. Pero puede que ahora lo haga.

Oh, mierda. Ya era bastante malo haber perdido la confianza de Mitch, pero no quería que por su culpa también lo degradaran.

Cara le dio una suave palmadita en el hombro a Ben Wilson.

—Sheriff, lo siento. Voy a mover mi coche. Y en cuanto a lo demás...

Wilson se giró para mirarla, rojo de rabia.

—Ya le dije que tuviera cuidado, señorita Hamilton. No volveré a advertírselo —se giró de nuevo y comenzó a cruzar el restaurante.

Cara esperaba que Mitch se marchara tras él con intención de aplacarlo. Pero él se inclinó hacia ella.

—Como le he dicho antes por teléfono, señorita Hamilton, tenemos que hablar —su tono no admitía protesta. De acuerdo. Ella también quería hablar con él. Pero no allí.

—Claro. Esta tarde, a última hora. Y si puedo hacer algo para calmar al

sheriff...

—Ya has hecho bastante —lanzándole una última mirada de advertencia Mitch dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta.

Cara no se dio cuenta de que estaba conteniendo el aliento hasta que dejó escapar un largo suspiro de fastidio.

—¿De qué iba todo eso? —preguntó Della.

Su amiga merecía una explicación. A fin de cuentas, les habían estropeado la comida.

—He intentado cooperar con el Departamento del Sheriff mientras investigaba la muerte de Nancy, pero no ha sido fácil.

—No estoy tan segura de eso.

—¿Qué quieres decir?

—Ese tal Steele es muy... atractivo.

Cara se echó a reír.

—Eso no puedo negarlo. Es su carácter lo que dificulta las cosas.

—Puede ser —Della tenía una expresión pensativa, tirando a seria—. Creo de veras que deberías plantearte dejar esta historia, Cara. Parece un asunto peligroso. Y tener al sheriff en tu contra...

—No me pasará nada —para cambiar de tema de nuevo, Cara volvió a la conversación anterior—. Volvamos al tema de Sally. Nunca he sabido muy bien dónde estaban las tierras de su familia. ¿Sabes dónde se escondió cuando la perseguían, después del asesinato de su hermana?

El semblante de Della recuperó su expresión profesoral mientras se pensaba la respuesta.

—Pues no lo sé, pero lo miraré y te contaré lo que averigüe.

Siguieron hablando de las aventuras de Sally, a pesar de que a Cara le daba vueltas la cabeza. ¿Qué iba a hacer con el sheriff? Pensaba averiguar qué tenía que ver Hurley Zeller con la muerte de Nancy, si es que existía alguna conexión, pero ¿cómo rayos iba a ganarse de nuevo la confianza de Mitch? Necesitaba que la ayudara si quería que su historia fuera perfecta. Y no dejaba de preguntarse si, en el fondo, no tendría otros motivos para temer que Mitch la despreciase. Della tenía razón. Mitch era muy atractivo.

—Y, naturalmente —estaba diciendo Della—, Sally no podía confiar en nadie después de que mataran a su hermana. Ni siquiera en su amante, el policía.

Capítulo 8

Esa tarde, de vuelta en la oficina, tras pasarse de nuevo por el Registro de la Propiedad, Cara vio que tenía un e-mail de Kelly McGovern Lansing, aunque no lograba entender por qué le escribía su amiga estando de luna de miel en Hawai. *He visto en las noticias que fuiste tú quien encontró a Nancy Wilks*, decía el mensaje. *¿Estás bien?*

Sí, estoy bien, respondió Cara. *Te contaré con pelos y señales lo que está pasando si tú haces lo mismo*. Cara se imaginó la expresión divertida de su alta, rubia y distinguida amiga. Después de todo lo que habían pasado su marido, Wade, y ella para resolver el asesinato de Andrew, el hermano de Kelly, se merecían pasar una temporada a solas. Cara acabó su correo diciendo: *Espero que lo estéis pasando en grande*. Esbozando una sonrisa traviesa, pulsó el botón de envío. Y se quedó pensando un momento.

¿Pasarlo en grande? En ese momento, se preguntaba qué significaba aquella expresión. Dando un suspiro, comenzó a estudiar las dos listas que había empezado a compilar en dos archivos de ordenador distintos. Una era de pasos a seguir para asegurarse de que su investigación sobre los tres asesinatos, incluido el de Andrew, era exhaustiva. Cuanto más pensaba en lo que tenía que hacer, más crecía la lista.

Lo que complicaba más las cosas era que tenía intención de compartir sus averiguaciones con Mitch. Él seguía enfadado con ella por haberle contado a Beau lo de Hurley Zeller. Tal vez tuviera razón. Ella se lo había contado a Beau sin segundas intenciones, pero no podía controlar lo que hacía su jefe con las noticias. Finalmente había pillado a Beau en su despacho. Había intentando echarle la bronca, pero él le había dejado bien claro quién mandaba allí y le había advertido que la sacaría de la historia si se atrevía a cuestionar sus decisiones. Ella había tenido que morderse la lengua... de momento.

Pero no podía escatimarle información a Mitch. En realidad, pedirle ayuda sería un intento deliberado de allanar los baches de su relación.

¿Relación? ¡Ja! ¿Acaso no acababa de desear que...? No. El hecho de que estuviera buenísimo, no le hacía equiparable al policía que había sido amante de Escopeta Sally. Por más tentadora que fuera la idea.

Aun así, confiaba en que el hecho de compartir con él sus ideas

demonstrara su sinceridad. Tal vez pudieran arreglar las cosas. Pero eso sería después. De momento, Cara tenía que concentrarse en la otra lista, la de sus posibles enemigos, personas a las que eliminar como sospechosas del ataque del día anterior. Así podría dejar a un lado aquel inventario y concentrarse en asuntos más importantes.

Levantó el teléfono y llamó a Construcciones O'Hallihan. Por desgracia, Shem O'Hallihan, el propietario, no estaba. La persona que contestó al teléfono le aseguró que llevaba toda la semana de viaje. Eso parecía eliminarlo como sospechoso del intento de atropello, pero sólo lo parecía. Cara quería hablar con él, confirmar dónde estaba en el momento de la agresión. E intentar adivinar por su expresión y sus ademanes si había pagado a alguien para que le hiciera el trabajo sucio.

Pero eso tendría que esperar hasta que O'Hallihan regresara oficialmente a la ciudad. Cara dejó su nombre y pidió que le dijeran al señor O'Hallihan que le devolviera la llamada, aunque no esperaba que lo hiciera. Colgó y comenzó a redactar notas detalladas en el ordenador acerca de sus dudas y sospechas.

Luego llegó el momento de seguir haciendo llamadas. Tampoco pudo encontrar a un par de individuos cuya enemistad se había ganado al escribir la verdad sobre ellos en artículos recientes. No consiguió averiguar dónde estaban. Pero, para su sorpresa, localizó enseguida a la cuarta persona a la que llamó: Jackson Felmington. Más extraño aún le pareció que el vendedor de coches trucados hubiera tenido noticia del incidente de la camioneta.

—Me estaba preguntando cuándo tendría noticias tuyas, señorita Hamilton —hablaba con tanta amabilidad como... como un vendedor de coches de segunda mano.

—¿De veras? ¿Y eso por qué?

—Un pajarito me ha dicho que el otro día tuvo usted un desgraciado accidente. Por lo visto se puso delante de una camioneta que iba por la calle. Pero falló y sigue usted viva. No sabe cuánto me alegro —su voz no traslucía el sarcasmo que Cara sabía ocultaban sus palabras.

Cara vaciló un momento, atónita, antes de preguntar:

—¿Y qué pajarito le ha dicho eso?

—Lo siento, señorita Hamilton, pero yo nunca revelo mis fuentes. Igual

que usted. Pero, si yo estuviera en su lugar, me andaría con mucho cuidado y no me saldría de la acera. Pensándolo bien, quizá no debiera salir siquiera a la calle.

Cara se quedó mirando el nombre de Felmington, escrito en la pantalla de su ordenador, y se imaginó a aquel hombre de mediana edad tan americano, con su pelo rojizo y entrecano y su sempiterna sonrisa de cocodrilo. ¿Habría pagado a alguno de sus mecánicos para atropellada?

—Gracias por el consejo, pero, dígame, ¿por qué esperaba recibir noticias mías después de ese pequeño incidente?

—Usted me ha acusado por escrito de las peores cosas que pueda uno imaginarse. Me imaginé que también intentaría echarme la culpa de eso.

—¿Debería hacerlo?

Un silencio. Y luego:

—Inténtalo, hija de...

Estremeciéndose ante la repentina violencia de su tono, Cara lo interrumpió:

—Oh, lo haré, si encuentro alguna prueba de que fue usted —dijo con dulzura—. Dígale a ese pajarito anónimo, si es que no es usted, que tengo intención de averiguar quién es y cómo se enteró de mi accidente.

Al colgar, se dio cuenta de que había llegado al final de su lista sin conseguir el objetivo que se había propuesto. En realidad, no había eliminado a ningún sospechoso de la lista. Cualquiera de las personas a las que había llamado podía haber intentado atropellarla. Ella habría apostado a que se trataba de Jackson Felmington, de no ser porque éste le había hablado sin ambages del incidente.

A pesar de la desagradable impresión que le había producido su conversación con Felmington, ello no impidió que Cara diera el siguiente paso que se había propuesto para esa tarde. A Mitch Steele no le haría ninguna gracia, pero, a fin de cuentas, de momento eran enemigos, no aliados.

Recorrió la misma calle de *La Gaceta* y entró en el luminoso aunque sombrío profesional vestíbulo de Lambert & Church con paso tan firme y resuelto como si aquello siguiera siendo un bufete de abogados y ella fuera

una diente. Reparó enseguida, sin embargo, por las cajas, que se apilaban en todos los rincones, que el bufete ya no funcionaba.

—¿Puedo ayudarla en algo? —la mujer sentada tras el mostrador de recepción parecía joven y cansada. Tal vez fuera Wanda, con quien Cara había hablado esa mañana.

—Sí, gracias. Tengo una cita con Donald Church.

La recepcionista puso unos ojos como platos y miró su mesa.

—Lo... lo siento, señorita... No sabía que el señor Church tuviera alguna cita. No ha...

—Oh, no importa, Wanda —dijo Cara, arriesgándose—. No hace falta que me anuncies —la chica la miró, atónita. Por lo visto, Cara había acertado, aunque la chica no sabía quién era ella. Tanto mejor.

Cara olfateó el aire. A pesar de los esfuerzos que se habían hecho para intentar eliminar el olor a humo del despacho contiguo, todo había sido en vano. Allí había sido asesinado Andrew, cuyo cuerpo había quemado el alcalde Frank Daniels en un intento por ocultar el asesinato. Pobre Andrew...

Armándose de valor, Cara dejó atrás el mostrador de recepción y, sorteando pilas de cajas de cartón, torció a la izquierda al salir al pasillo. Dado que la recepcionista no intentó detenerla, Cara dio por sentado que no andaba desencaminada. Hacía mucho tiempo que no entraba en el despacho de Donald Church.

Por suerte, los nombres de los abogados estaban escritos en placas junto a las puertas de sus despachos. Cara alzó subrepticamente el pulgar cuando pasó delante del despacho que había ocupado su amiga Lindsey Wellington y que antes, en la época en la que estaban prometidos, había sido también el despacho de Andrew. Apretó el paso, intentando sofocar aquellos recuerdos.

¿Cuál era el despacho de Nancy Wilks? ¿Lo habrían revisado los técnicos forenses en busca de pistas? Tendría que preguntárselo a Mitch..., si es que todavía le hablaba.

Cara se sobresaltó cuando alguien salió del despacho situado frente a ella. Luego sonrió. Era Donald Church.

—Señor Church —dijo la voz de Wanda tras ella—. Lo siento, pero no sabía que tenía usted una cita con esta señorita.

Donald Church se quedó atónito.

—Hoy no tenía ninguna cita, señorita... —sus ojos se agrandaron cuando la reconoció.

Cuando salía con Andrew, Cara solía pasarse por allí para comer con él. Conocía a Paul Lambert, Donald Church y al resto del personal, aunque eso había sido antes de que contrataran a Lindsey.

—Usted es Cara Hamilton, ¿no? —preguntó Church.

Cara asintió.

—Lamento no haber llamado para fijar una cita, señor Church, pero necesito hablar con usted. Se trata de Nancy Wilks.

—Ah, sí —dijo él, apenado—. He oído que encontró usted a la pobre Nancy, ¿verdad? —Cara asintió de nuevo—. No sé en qué puedo ayudarla, pero pase de todos modos y hablaremos. Encontrarla debió de ser terrible. ¿Le apetece un café?

—Claro.

Church le dijo a Wanda que les llevara dos tazas de café y condujo a Cara a su despacho. Éste era amplio y estaba tan lleno de cajas como la sala de recepción. Church quitó una caja de una de las sillas situadas frente a su mesa y le indicó a Cara que se sentará.

Donald Church era más bien grueso y no mucho más alto que Cara. Parecía mayor que su socio, Paul Lambert, aunque ello tal vez se debiera a que Lambert se conservaba en mejor forma. Cara lo recordaba como un hombre jovial, pese a que en ese momento su cara redonda tenía una expresión sombría.

—Una lástima lo de Nancy —empezó a decir él—. La gente del sheriff estuvo aquí, naturalmente, y les dije todo lo que pude, aunque no sabía gran cosa.

—¿Conoce a alguien que pudiera querer matar a Nancy? —preguntó Cara.

Él entornó los ojos y la miró con fijeza.

—No ha venido usted a hablar de Nancy, ¿verdad? ¿Está escribiendo uno de sus sucios artículos? ¿Ha venido esperando que señale con el dedo a alguien y le acuse de asesinato? ¿O, peor aún, a que confiese mi

culpabilidad?

Church no era, definitivamente, el hombre que ella recordaba, jovial y bromista. Pero nada de cuanto rodeaba la muerte de Nancy era cuestión de broma.

—No, señor, se equivoca —dijo Cara—. Pero tiene razón en que estoy trabajando en un artículo sobre Nancy. Era mi amiga y, si puedo ayudar a descubrir quién la mató, lo haré. Pero quiero hechos, no insinuaciones. Y no lo estoy acusando a usted ni a nadie.

Él no pareció apaciguarse, pero después de que Wanda les llevará los cafés, dijo:

—Mire, Cara, entiendo que quiera ayudar a encontrar al asesino de Nancy. Yo también quiero que se haga justicia. Pero no tengo ni idea de quién la mató. Y, en este momento, este bufete está en las últimas. Yo estoy en las últimas. No sé qué voy a hacer ahora —su voz se quebró un instante cuando se inclinó sobre la mesa y se llevó las manos a la redonda y calva cabeza. Cuando volvió a mirar a Cara, dijo—. Adelante, pregunte lo que quiera. Pero no espere ninguna respuesta útil. Hasta estoy dispuesto a contestar a algunas de sus preguntas antes de que las haga. No, no sé quién mató a Nancy. Y no, aunque Paul Lambert y yo éramos socios desde hacía años y amigos mucho antes de eso, yo no tenía ni idea de lo que estaba haciendo. ¿Hay alguna relación entre lo que hacía Paul y las muertes de Nancy o de Andrew? Soy muy consciente de lo que piensa la gente de este bufete. Y debo de parecerles un tonto o algo peor por estar aquí y no saber nada. Pero así son las cosas.

Callejones sin salida. Eso era todo lo que había encontrado Cara ese día.

Se recostó en la silla de su despacho en *La Gaceta* y miró fijamente de nuevo la pantalla del ordenador.

Ah, y sospechas, naturalmente. No quería creer que Donald Church supiera más de lo que decía saber, pero ¿era posible que no se hubiera enterado de que Andrew había descubierto las inversiones del anterior alcalde en la Ranger Corporation? ¿Era posible que no supiera que su socio y amigo, Paul Lambert, era capaz de cometer un asesinato en beneficio propio y en el de un cliente del bufete?

La Ranger Corporation...

Pasó la siguiente media hora navegando por la red, intentando confirmar algunos datos... y una corazonada.

Llevada por un impulso, levantó el teléfono, miró las notas que tenía en el ordenador y marcó el número que aparecía en la pantalla.

—Roger Rosales.

—Hola, Roger —Cara se identificó, aunque por su silencio le pareció que Rosales la había reconocido—. He estado revisando los archivos del Registro de la Propiedad del condado y he visto que algunas tierras al oeste de la ciudad han cambiado recientemente de manos. No me refiero al rancho West, que la Ranger le compró a la novia de Andrew McGovern hace unos meses, ni a la finca que intentasteis comprarle a Jeb, el tío de Bart, antes de que fuera asesinado, ni tampoco a las tierras de Bart, claro, sino a las que lindan con ellas. Las escrituras nuevas que he visto no estaban a nombre de la Ranger.

—¿Y para qué me llama, señorita Hamilton? —él parecía hablar con los dientes apretados.

—A eso voy. El caso es que no reconocí los nombres de las empresas que han comprado esas tierras. No son de aquí y estoy un poco confusa porque he comprobado los registros del Estado y aparecen como empresas comanditarias formadas por sociedades limitadas y grupos empresariales, esa clase de cosas. Me costó encontrar nombres de personas concretas, y los que encontré parecían ser abogados del este que seguramente representan a clientes cuyo nombre no se menciona. Así que he pensado que podía preguntarle directamente si... si la Ranger Corporation está asociada de algún modo con la Eastern Mustang Property Acquisition o con la Texas Mustang Valley Sites.

—Lo siento, señorita Hamilton, pero tengo otra llamada —Rosales colgó. No había negado nada, pero tampoco había admitido nada.

Eso no impediría a Cara seguir buscando conexiones. En realidad, pensaba buscar ayuda. Podía recurrir a alguien cuyas fuentes sin duda lograrían desentrañar aquel embrollo y descubrir quién era dueño de qué. Y cómo estaba implicada la Ranger en todo aquello.

Su fuente era, sin embargo, uno de sus mayores quebraderos de cabeza.

La sola idea de enfrentarse a él cara a cara le producía un suave estremecimiento.

Dando un suspiro, sonrió, agarró su bolso y se fue en busca de Mitch Steele.

—¿Me promete que se irán pronto? —el hombre situado frente a Mitch en la acera de la calle Caddo era casi medio metro más bajo que él, pero su carácter desabrido, que a Mitch le daba ganas de propinarle un par de puñetazos, le hacía parecer más grande de lo que era.

Mitch sudaba bajo el húmedo calor del verano.

—Nos iremos cuando los técnicos forenses acaben de recoger las pruebas.

Su comedida respuesta no pareció templar la ira del rostro arrugado de John Ayres.

—Mire, oficial, voy a perder un montón de dinero porque han cometido un crimen en mi propiedad. Tendré que limpiar de arriba abajo ese apartamento y pintarlo otra vez, y aun así siempre estará marcado. Lo menos que pueden hacer es asegurarse de que pueda empezar a trabajar cuanto antes.

«Lo menos que puede hacer usted», pensó Mitch, «es mostrar un poco de compasión por su difunta inquilina». John Ayres era el dueño del apartamento del primer piso que tenía alquilado Nancy Wilks.

—Le aseguro que queremos acabar lo antes posible, señor Ayres.

—Con eso no es suficiente —su mandíbula se proyectó hacia delante. Era un blanco tentador.

Mitch sintió un cosquilleo en los nudillos. Aunque procuraba tener paciencia, no sabía cuánto tiempo podría aguantar a aquel pelmazo.

Un coche paró en la calle, junto a ellos: un Toyota amarillo con el lateral abollado. Era el coche de Cara.

La boca de Mitch se curvó como si tuviera voluntad propia. No tenía intención de sonreír porque Cara le hubiera seguido la pista de algún modo. No le había sugerido dónde podían encontrarse, pero había quedado con ella en reunirse para hablar. ¿Por qué lo sorprendía que lo hubiera encontrado?

Ella cerró la puerta del coche con fuerza y se acercó. Una enorme sonrisa iluminaba su cara.

—Hola, Mitch —llevaba el bolso colgado del hombro—. Pensaba que estarías aquí —miró atentamente a John Ayres y le tendió la mano—. Soy Cara Hamilton.

Ayres se la estrechó apresuradamente, con expresión hosca.

—John Ayres —masculló.

—Ah, es usted... o era, mejor dicho, el casero de Nancy, ¿verdad? —Ayres asintió mientras Cara buscaba algo en su bolso. Sacó una grabadora de bolsillo—. ¿Qué sintió, señor Ayres, al enterarse de que la pobre señorita Wilks había sido asesinada en su apartamento?

—Usted es esa periodista —la acusó Ayres.

—Sí, pero...

Ayres miró ceñudo a Mitch y a Cara y se alejó con paso bamboleante.

—Me parece que no quiere concederte una entrevista —dijo Mitch.

—Sí, eso parece, pero no importa. De todos modos, no quería hablar con él. Pero tú parecías necesitar que te rescataran.

Sorprendido, Mitch bajó la mirada hacia Cara. Ella tenía las cejas arqueadas y su expresión sugería una disculpa.

—¿Hacemos las paces? —preguntó ella.

Mitch no quería perdonarla tan fácilmente. Tal vez el pecado de Cara, contarle a su jefe que Hurley Zeller salía con Nancy Wilks, no fuera grave, pero las repercusiones de su indiscreción no habían sido muy agradables. Y, lo que era peor, podían añadir un nuevo impedimento a las pesquisas clandestinas de Mitch, pues habían hecho que el sheriff y los demás recordaran su desconfianza hacia él.

Ella le había pedido una tregua. Mitch seguía dándole vueltas, poco inclinado a aceptarla. Pero de pronto ella apartó sus ojos castaños y Mitch sintió una súbita punzada de remordimiento. No es que fuera adicto a mirar fijamente los ojos de Cara. Pero la expresión angustiada de ésta le dio ganas de tocarla.

—Mira, Mitch —dijo ella en voz baja—. Siento mucho lo que ha

pasado. Sé lo que es que alguien utilice mal algo que tú le has contado. No debí confiar en Beau.

Su disculpa pilló desprevenido a Mitch. No se la esperaba. ¿Era sincera? Sin duda lo parecía, pero hablando de no confiar en nadie...

Cuando ella alzó la mirada de nuevo hacia él, las nubes que surcaban el cielo de Texas parecieron desaparecer de pronto. ¿O acaso la Madre Tierra había decidido dejar que el sol brillara un rato?

—¿Podemos ir a hablar a alguna parte? —preguntó Cara—. Quiero contarte lo que he averiguado hoy. Tengo algunas posibles pistas, pero necesito que me ayudes con ellas.

Ah. De ahí la disculpa, pensó Mitch con cinismo. Por más atractiva que le resultara aquella mujer, tenía que recordar en todo momento que ella tenía un solo propósito. Él quería resolver el asesinato de Nancy Wilks para hacer justicia. Cara Hamilton sólo quería conseguir una exclusiva.

—¿Qué pasa, Mitch? —ella lo escudriñaba como si quisiera extraerle los pensamientos de la cabeza.

—Nada —Mitch lamentó de inmediato su brusquedad al ver que una expresión dolida cruzaba el rostro de Cara.

Cielos, qué buena actriz era. Y sin embargo... Él quería creer en su sinceridad. En su alianza. Debía de ser porque, cada vez que la veía, le daban ganas de arrancarle la ropa y tumbarla en el suelo...

Tal vez ella podía leerle el pensamiento, porque, aunque no apartó la mirada, Mitch creyó ver su deseo reflejado en los ojos de Cara. Ella se sonrojó levemente. Y allí estaban, en la acera de una calle residencial, frente a la casa de una víctima de asesinato.

—Vamos a dar un paseo —dijo Mitch.

—Está bien —se apresuró a decir Cara, como si ella también se diera cuenta de que aquél no era ni el momento ni el lugar.

Mitch ajustó su paso al de ella mientras bajaban por la acera. No lo sorprendía que, pese a su escasa estatura, ella caminara con la misma determinación que parecía poner en todo lo demás.

—Cuéntame qué has averiguado hoy —dijo él.

Ella le describió su visita a Lambert & Church y su incómoda entrevista

con Donald Church. Otro ayudante del sheriff había interrogado ya a Church, y Mitch pensaba pasarse a hablar con él un día de esos.

Cuando Cara le habló de las llamadas a sus posible enemigos, Mitch se enojó de pronto.

—¿No te dije que no lo hicieras? Si uno de esos tipos fue el que intentó atropellarte, se cabreará aún más si sabe que sospechas de él.

Habían dejado de andar. Ella cruzó los brazos y echó la cabeza hacia atrás, dispuesta enfrentarse a él. Su boca tenía una expresión terca. Al ver que sus suaves rizos rojos se deslizaban hacia atrás, Mitch sintió el deseo de acariciarlos y ponerlos en su lugar. ¿Por qué la beligerancia de Cara le resultaba tan atractiva? ¿Sería tal vez porque había empezado a desear tanto a aquella mujer que todo lo que ella hacía le excitaba?

—La próxima vez ¿me consultarás antes? —Mitch convirtió su orden en un ruego—. Tal vez podamos ir a hablar con ellos juntos.

—Sí, claro.

Mitch ignoró la expresión escéptica de Cara, que desmentía su respuesta afirmativa, y siguió andando calle abajo. Ella apretó el paso y siguió contándole lo que había hecho ese día. Le habló de su búsqueda en la oficina del Registro de la Propiedad del condado.

—Y luego llamé a Roger Rosales.

Esta vez, cuando Mitch se detuvo para echarle de nuevo la bronca, Cara lo agarró del brazo y tiró de él. Cada terminación nerviosa de Mitch pareció concentrarse de pronto en el punto en que ella lo tocaba. Para su propia sorpresa, Mitch apoyó su mano libre sobre la de ella. A ella también pareció sorprenderle aquel gesto, pues lo miró con cierto sobresalto y sonrió.

Mitch no la reprendió. Tampoco la soltó, ni siquiera cuando ella llegó al asunto que le interesaba. Quería pedirle algo. Por eso le estaba suministrando información. Claro.

—¿Puedes utilizar tus contactos para averiguar qué relación hay entre la Eastern Mustang Property Acquisition, la Texas Mustang Valley Sites y la Ranger Corporation?

—Es posible —contestó él, anotando mentalmente el nombre de las compañías.

—¿Me contarás lo que averigües?

—Es posible —repitió Mitch.

Ella se plantó de pronto delante de él y lo miró con enojo.

—Eso no es suficiente, Mitch. Si somos socios...

—No somos socios —le dijo él—. Yo, ayudante del sheriff —se señaló a sí mismo—. Tú, ciudadana de a pie —la señaló a ella.

Ella le agarró el dedo. Fuerte. Como si quisiera rompérselo. Él miró el mohín seductor de sus labios.

—Maldita sea, Mitch, hicimos un trato. Puede que sea una ciudadana de a pie, pero necesito saber. Y tengo información que ofrecerte. Y además...

—Y además han estado a punto de atropellarte por esa necesidad tuya de saber y por lo que haces con esa información.

—Pero te he contado lo que me has preguntado, he compartido contigo toda la información que tenía. Lo justo es que tú hagas lo mismo.

—Ya te he dicho que te contaré lo que pueda, siempre y cuando no comprometa la investigación.

—Pero...

—¿Todavía no te has enterado de que lo que estás haciendo es peligroso, Cara? Necesito mi tiempo para perseguir al asesino de Nancy, no para agarrarte a ti de la mano —Mitch apartó cuidadosamente la mano de la de Cara— y cuidar de que no te hagan daño.

—Tú no eres mi niñera, Mitch, ni tampoco mi perro guardián.

—No, sólo soy tu socio, ¿verdad?

—Sólo cuando tú lo dices. Y con eso no basta —antes de que Mitch pudiera detenerla, Cara se separó de él y regresó a su coche.

Mientras se alejaba, miró a Mitch con el ceño fruncido. Mitch se sintió como si le hubiera lanzado un dardo. ¿Por qué su ira parecía traspasarle el alma? Más aún, ¿por qué tenía la sensación de que ella era capaz de ponerse en peligro sólo para devolverle la pelota?

Tras sacar tiempo para comprarse un teléfono móvil, Cara regresó a las

oficinas de *La Gaceta*. Miró a su alrededor por si veía a Beau, más para evitarlo que para hablar con él. Quería transcribir sus notas de ese día en el ordenador.

Necesitaba sopesar detenidamente su relación con Mitch. ¿Por qué se crispaban el uno al otro como el chirrido de unas uñas sobre una pizarra crispaba los nervios de quien lo oía? Y eso siquiera sin proponérselo. Lo que de verdad le apetecía hacer con Mitch era algo más positivo. Si él le rascaba la espalda, ella se la rascaría a él.

De pronto, la idea de dos cuerpos desnudos, entrelazados, abrazándose y rascándose la espalda, le resultó casi demasiado erótica. Así que se sentó ante su mesa. Y vio que la luz del teléfono parpadeaba, lo cual significaba que tenía un mensaje. Cuando lo puso, no reconoció la voz. Ni siquiera sabía si era la de un tenor de voz aguda, o la de una contralto de voz grave.

—Hola, señorita Hamilton —dijo aquella voz—. Tengo entendido que está haciendo preguntas sobre la Ranger Corporation. Yo puedo darle algunas respuestas. Si quiere oírlas, vaya esta tarde a las cinco a la pista de cross del instituto de Mustang Valley.

Cara miró su reloj. Eran las cinco menos cuarto. Tenía el tiempo justo para llegar, si se daba prisa.

¿Era imprudente acudir a una cita con una fuente anónima? Tal vez. Pero la pista era pública. Y tendría cuidado.

Procuró no sobrepasar los límites de velocidad mientras se dirigía al parque municipal de Mustang Valley. El instituto estaba justo al lado. Aparcó y salió corriendo del coche, cruzó la arboleda y se dirigió a la valla de alambre que rodeaba la zona de atletismo del instituto. Cruzó apresuradamente la puerta y la cuidada zona de arbustos que había junto a la valla y se encaminó hacia la pista de cross. Allí no parecía haber nadie.

De pronto, alguien la agarró del cuello y apretó. Cara se atragantó, sintió que le faltaba el aire. Y, por más que luchaba, aquellas manos apretaban su cuello cada vez con más fuerza.

Capítulo 9

«Calma, calma, calma», gritaba una voz en su cabeza. Una voz familiar. Ah, sí. Esa voz. La voz de su antiguo instructor de defensa personal.

Le bastó con recordar aquella voz. No podía ignorar la presión dolorosa, asfixiante, de aquellas manos sobre su cuello, pero sabía lo que tenía que hacer. Extendió un brazo hacia delante, cerró el puño, se lo sujetó con la otra mano y lo echó hacia atrás y hacia arriba con todas sus fuerzas. Su codo chocó con algo blando. Un estómago, tal vez.

La persona que la sujetaba dejó escapar un gruñido de dolor. Sus manos se aflojaron un poco, lo suficiente como para que ella se girara y le lanzara un rodillazo entre las piernas.

Su agresor era con toda probabilidad un hombre, pues se dobló sobre sí mismo, dolorido. De lo contrario, Cara no hubiera podido adivinar su sexo, cubierto como iba por una amplia sudadera negra, cuyo cuello levantado le tapaba la parte inferior de la cara. La parte superior la llevaba cubierta con un sombrero de ala baja y unas enormes gafas de sol reflectantes.

—¿Quién es usted? —preguntó Cara, intentando quitarle las gafas. Pero no logró tocarlas. Aquel individuo se sacó una pistola del bolsillo y le apuntó con ella.

Cara tragó saliva. Ya no contaba con el elemento sorpresa. Aquel hombre sabía que conocía ciertas técnicas de defensa personal. ¿Podría quitarle ella la pistola de la mano? No antes de que él le pegara un tiro.

—¡Agáchate, Cara! —gritó alguien desde la distancia. ¡Era Mitch! Cara no vaciló. Se tiró al suelo, aterrizando sobre su enorme bolso—. ¡Departamento del Sheriff! —gritó Mitch. Pero ¿qué hacía Mitch allí?—. ¡Tire el arma!

Sonó un disparo. Cara hizo una mueca, pero enseguida se dio cuenta de que aquel individuo no la estaba disparando a ella, sino a Mitch. Metió la mano en su bolso y enseguida encontró lo que buscaba. Pero ¿dónde rayos estaba su spray antiagresión?

Era demasiado tarde. Aquel tipo echó a correr por la pista. Mitch apareció entre los árboles con expresión concentrada y fue tras él. A pesar de que llevaba puesto el uniforme, su paso era veloz. Tenía una expresión

salvaje y resuelta. Estaba guapísimo... y llevaba una pistola con la que apuntaba al agresor en fuga.

Cara se levantó y admiró la carrera de Mitch mientras hacía fotografías con la cámara digital que había sacado del bolso. Había hecho por lo menos una fotografía de cerca de su agresor, aunque, vestido así, era improbable que pudieran identificarlo.

Entonces Mitch aflojó el paso. Cara parpadeó, sorprendida, antes de darse cuenta de por qué vacilaba.

Niños. Dos alumnos en camiseta y pantalones cortos aparecieron corriendo por el camino delante de él. Mitch siguió corriendo, pero redujo el ritmo mientras se colocaba entre los chicos y el tipo de la pistola. Cuando los niños hubieron pasado, Mitch se detuvo y apuntó a un coche que salía del aparcamiento del instituto al tiempo que entraba otro coche.

Cara no oyó sus maldiciones, pero se fijó en sus ademanes tensos y llenos de rabia. El sacudió la cabeza mientras volvía a ponerle el seguro a su arma para guardársela en la funda. Se metió la mano en el bolsillo y anotó algo en una libreta. Seguramente, la descripción del coche, un número de matrícula u otra cosa que pudiera ayudarlo a identificar a aquel individuo. Después habló por la radio que sacó de su cinturón.

Cara sabía que todo aquello no tenía sentido. Aquel tipo les llevaba mucha ventaja. Dado que él mismo había fijado la cita, probablemente aquel coche formaba parte de su plan y sería imposible de rastrear.

Mitch se dio la vuelta y regresó andando hacia Cara con expresión abatida.

—¿Estás bien? —ignorando a los dos chavales que, boquiabiertos, se habían parado a su lado, Mitch miró a Cara de arriba abajo. Ella tenía la falda arrugada, el chaleco desgarrado y el pelo revuelto. Pero estaba viva. Y preciosa.

—Estoy bien —dijo ella, aunque la aspereza de su voz hizo que Mitch le mirara la garganta. La tenía roja.

—¿Ha intentado estrangularte?

—Sí, pero le he dado un codazo y una patada donde más duele —dijo ella, sonriendo con regocijo, y Mitch casi sintió ganas de devolverle la sonrisa..., aunque, en realidad, lo que más le apetecía era darle una patada en

el trasero para que entrara en razón. Y besar aquella boca adorable y sonriente...

—Pero ¿estás bien? —insistió él con fastidio.

—Sí, claro —ella tragó saliva y sintió dolor. Su sonrisa se desvaneció—. Gracias por venir en mi rescate, Mitch —esta vez, su voz tembló. Sus ojos se agrandaron, y Mitch comprendió que al fin empezaba a asumir lo que había ocurrido. Su respiración se aceleró y sus ojos se alzaron hacia él con expresión temerosa—. Ha intentado matarme —su voz era apenas un susurro. Y Mitch estuvo a punto de abrazarla, pero finalmente consiguió dominarse.

—¿Qué demonios estabas haciendo aquí? —preguntó con tanta brusquedad que los chicos mascullaron algo y se apartaron. Mitch estaba tan enfadado con ella como consigo mismo, pero no hacía falta que Cara lo supiera.

—Estaba haciendo fotos —ella le mostró con gran esfuerzo la pequeña cámara, intentando quitarle importancia al asunto—. Te dejaré sacar copias para tu informe, si quieres.

—¡Hala, cómo mola! —exclamó uno de los chavales, extendiendo la mano hacia la cámara—. ¿Ha sacado fotos de ese tío de la pistola?

—Claro —dijo Cara con voz más firme—. Echadle un vistazo mañana a *La Gaceta*. Pero primero quiero entrevistaros a los dos y...

Por suerte, un coche patrulla se detuvo en el aparcamiento. Si no, Mitch podría haber hecho algo de lo que luego se habría arrepentido amargamente, como llevarse a rastras a Cara a alguna parte y darle una buena bofetada para que entrara en razón. O describirle con pelos y señales lo que sospechaba que podía haberle hecho aquel tipo. Cerró los ojos, intentando refrenar la angustia que le producía aquella idea.

—¿Qué ha pasado, oficial Steele? —era la ayudante del sheriff Stephanie Greglets, que se quedó parada a su lado, con su impecable uniforme caqui y el pelo recogido en un moño en la nuca.

Mitch le contó lo ocurrido.

—¿Has oído algo en la radio? ¿Sabes si han encontrado el coche del sospechoso?

Stephanie sacudió la cabeza.

—Nadie lo ha visto.

—Maldita sea —Mitch resistió el impulso de golpear algo con el puño.

Cara lo miraba en silencio, como si lo estuviera estudiando para su próximo artículo.

—Luego escribiré mi informe, Greglets —le dijo Mitch a Stephanie—. Ahora me gustaría que les tomara declaración a estos testigos —señaló a los corredores.

—Claro.

Mientras Stephanie se llevaba a los dos chicos a un lado, Mitch se acercó a Cara. Ella lo miró de soslayo, recelosa. Mitch miró su reloj. Casi había acabado su turno.

—Nos vamos a ir a cenar, señorita Hamilton.

Ella entreabrió los labios, sorprendida, y él sintió ganas de echarse a reír. Pero no lo hizo. Lo que dijo a continuación sorprendió a Cara aún más.

—Vas a entrevistarme para tu artículo de mañana, ¿de acuerdo?

Ella lo miró con curiosidad.

—Claro —dijo.

Cara no sabía qué esperaba de la invitación a cenar de Mitch, pero desde luego no era aquello.

Habían comprado un montón de comida tex–mex en uno de los restaurantes más populares de Mustang Valley y se hallaban sentados a la mesa de la cocina de Cara. Ella se preguntaba si se le notaba que estaba babeando. Si así era, podía achacarlo al delicioso aroma de la comida que flotaba por la pequeña cocina, en la que apenas cabía una mesita de madera de roble y un par de sillas a juego. Pero lo que realmente la hacía babear era Mitch.

Él se había cambiado le ropa. Cara no recordaba haberlo visto antes sin el uniforme. Pero, desde luego, no lo había visto con una camiseta negra que le marcaba los músculos y unos vaqueros negros a juego.

Mitch parecía sentirse a gusto. La había ayudado a sacar los recipientes de tapa roja y a poner la mesa. Ahora estaba sentado frente a ella, rebanando

con los dientes una costilla. Cara nunca había pensado que tal cosa pudiera resultar excitante. Claro, que nunca antes había tenido enfrente a un policía moreno y guapo que acababa de salvarle la vida. Eso era lo más sexy de todo. Eso, y los anchos hombros de Mitch, sus seductores ojos castaños, su pecho musculoso... ¡Todo en aquel hombre era sexy! Sobre todo porque estaban solos allí, en su apartamento.

Esa tenía que ser la razón de que la hubiera invitado a cenar. Aquello debía formar parte de un plan para seducirla. ¿Participaría ella? Tal vez.

—Bueno... —Mitch dejó en el plato el hueso que había estado apurando y se limpió las manos con una servilleta de papel.

Ella lo miró con escepticismo. ¿Intentaba darse él ánimos para seducirla? No, el ayudante del sheriff Mitch Steele tenía nervios de acero. Se lo había demostrado esa misma tarde. Pero, por más tentador que resultara, tal vez ella no estuviera preparada para que la sedujera. No tuvo ocasión de decidir.

—Bueno —repitió él—. Quería que habláramos a solas, y cenar es tan buen modo de hacerlo como otro cualquiera.

—¿Hablar de qué? —preguntó Cara. Pero sabía por la seriedad de su expresión cuál sería el tema: lo que ella quería olvidar, pero no podía.

—Primero, quiero que me expliques por qué estabas en la pista del instituto con ese tipo.

—Primero cuéntame tú —dijo ella— cómo es que estabas allí para salvarme.

—Esta tarde, cuando te fuiste, tuve la sensación de que ibas a hacer alguna estupidez por despecho.

—Así que ¿me seguiste? —preguntó ella, enojada de pronto—. ¿Es que crees que soy idiota?

—Tonta —dijo él—, no idiota.

Si la mirada de Cara hubiera sido una cuchilla afilada, le habría infligido heridas mortales. Pero Cara no quería hacerle daño. Mitch le había salvado la vida.

—Tu turno —dijo él con suavidad—. ¿Qué estabas haciendo allí?

Ella respiró hondo, procuró refrenar su orgullo herido y dijo:

—Recibí una llamada —procedió a explicarle qué había hecho y por qué—. El caso es que ese tipo mencionó a la Ranger Corporation, dijo que tenía información para mí. Estoy segura de que la Ranger tiene algo que ver con la muerte de Nancy y con los otros asesinatos, así que tenía que acudir a la cita.

—Sin llamarme primero —dijo él en voz baja. Estaba enfadado.

Y ella posiblemente se lo merecía.

—Acabábamos de discutir. Otra vez. Y pensé que...

—Pensaste que era mejor ponerte en peligro que pedir ayuda.

—Si lo pones así...

—¡Y qué quieres que te diga! —estalló él, levantándose, mirándola con furia. Estaba muy sexy. Y daba un poco de miedo.

Pero Cara no estaba dispuesta a dejarse intimidar.

—Será mejor que demos por terminada nuestra colaboración —dijo con frialdad—. No está funcionando.

—No, no está funcionando. Pero, si le ponemos fin, los dos lo lamentaremos.

Ella lo miró con sorpresa. ¿Acaso estaba insinuando que se sentía atraído por ella? Sus ojos tenían una expresión ardiente.

—Si le ponemos fin a nuestra colaboración —continuó él con una voz tan gélida como la de ella, a pesar del ardor de su mirada—, no te ayudaré a encontrar información, y tú siempre estarás en peligro de que te arreste por obstrucción a la justicia, si algo... —hizo una pausa y rodeó la mesa, acercándose a ella—... si algo de lo que publicas daña la investigación o pone en peligro la detención de algún sospechoso por el asesinato de Nancy Wilks. ¿Me he expresado con claridad?

—Claro, pero eso ya me lo habías dicho antes.

—Antes, era una advertencia. Ahora, es una promesa.

Ella tragó saliva y observó detenidamente la cara de Mitch. Paseó la mirada por su cuerpo y dejó que sus ojos se posaran un momento en la parte de sus vaqueros que se hinchaba. Luego apartó los ojos y alzó la mirada de nuevo. Él también estaba excitado. Eso era evidente.

—Mira, Mitch —dijo suavemente—, no quiero ser un estorbo para ti.

Sólo quiero...

—Quieres tu historia a toda costa —le espetó él con brusquedad, mirándola con fijeza—. A cualquier precio. Incluso si te matan por ello. No voy a dejar que eso ocurra, Cara, aunque tenga que detenerte para impedirlo.

—¡Entonces, te gusto! —dijo ella triunfalmente, aunque enseguida se arrepintió. Aquél no era momento para bromas.

Para su sorpresa, sin embargo, la mirada de Mitch se suavizó.

—Sí —dijo—. Me gustas muchísimo. Así que, esto es lo que vamos a hacer.

Mucho más tarde, después de escuchar los planes de Mitch, Cara lo acompañó hasta la puerta.

—Entonces, ¿quedamos en eso? —preguntó él.

—Sí, claro —dijo ella—. Pero tienes que entender que...

Él, por lo visto, no quería entender nada, pues Cara se encontró de pronto en sus brazos. Levantó los ojos, intentando infundir una expresión de desafío a su mirada. Pero sus intenciones se disolvieron bajo el ardor de los ojos de Mitch. Sus bocas se encontraron. Sus labios se rozaron apenas, pero Cara se puso a temblar mientras él permanecía perfectamente inmóvil. Luego, como si la llama suave de su beso hubiera incendiado la paja seca del deseo que acumulaba en su interior, Cara se sintió arder por dentro.

Él pareció notarlo. En lugar de apartarse, la besó con mayor intensidad, acariciándola con la lengua. Murmuró algo que podía haber sido una palabra de cariño o un epíteto, pero a ella no le importó. Cara se apretó contra él, gozando de la dureza de su pecho y de la prominencia de su sexo. Deseaba más. Quería que...

Mitch se apartó. Su respiración era agitada, pero su mirada era tan firme que Cara se preguntó si aquel beso sólo la habría afectado a ella.

—Hablaremos mañana, Cara —dijo él con excesiva calma—. Después de que salga *La Gaceta*.

A Mitch no le llevaban el periódico a su casa. Era una casa pequeña, situada sólo a unas manzanas de la calle principal. No era el mejor barrio de la ciudad: estaba demasiado cerca de la zona de copas donde se encontraban los garitos de mala fama como la taberna de Wade Lansing, quien, un par de

meses atrás, había descubierto junto con su flamante esposa, Kelly McGovern, que el alcalde Frank Daniels había cometido un asesinato. Pero las oficinas del Departamento del Sheriff estaban cerca y los vecinos eran amables, aunque no adinerados, y parecían apreciar la presencia de un policía en el barrio.

Esa mañana, Mitch se levantó temprano y se puso unos vaqueros. Tendría que cambiarse antes de irse a trabajar, pero aún tenía un rato. Se acercó caminando a la calle Mayor y compró en una tienda un ejemplar de *La Gaceta de Mustang*. Lo que estaba buscando aparecía en primera plana.

¡Genial! Cara había mantenido su palabra.

Mitch compró una taza de café para llevar y se quedó parado en la acera, leyendo el artículo. Estaba firmado por Beau Jennings, pero Mitch supuso que lo había escrito Cara. Ella debía de haberse quedado trabajando hasta muy tarde, mientras él descansaba en la cama, pensando en ella...

El artículo describía lo que le había ocurrido a Cara el día anterior. El relato, escrito en lenguaje periodístico y desapasionado, todavía le hacía rechinar los dientes.

Decía lo que Cara y él habían acordado: que un representante del Departamento del Sheriff había hecho una declaración acusando a la señorita Hamilton de interferir en una investigación abierta. Naturalmente, *La Gaceta* se cuidaba de poner coto a cualquier práctica intrusiva que pudiera poner en peligro la labor de la policía, tal y como demostraban las someras informaciones aparecidas hasta ese momento.

El artículo incluía también algunas declaraciones de Cara, como si ésta hubiera sido entrevistada por su jefe, Beauford Jennings. En ellas, Cara se despachaba a gusto sobre la libertad de prensa y la arrogancia que demostraba el Departamento del Sheriff y, en especial, uno de sus ayudantes. No mencionaba ningún nombre, pero Mitch sabía a quién se refería.

De eso también habían hablado la noche anterior. El plan consistía en aparentar que Cara había recibido una reprimenda y que, pese a tener una cuenta pendiente con el ayudante en cuestión, había aceptado guardar silencio de momento. ¿Funcionaría? Quién podía estar seguro.

El no, desde luego.

Y, por otra parte, ¿guardaría Cara silencio? Demonios, no. De eso estaba

convencido.

Ella había incluido un par de párrafos acerca de los otros dos asesinatos, dejando fuera la muerte del padre de Mitch, y describía sin tapujos los vínculos entre Lambert & Church y su cliente, la Ranger Corporation. Insinuaba, asimismo, que quedaban otros detalles en el tintero.

Aquello iba más allá de lo que habían acordado, pero por lo menos habían retomado su inestable alianza. Y, después del ataque que había sufrido el día anterior, tal vez Cara se la tomara más en serio.

Mitch emprendió silbando el camino de regreso a casa con intención de ponerse el uniforme. Pero entonces recordó qué más había ocurrido en casa de Cara la noche anterior y dejó de silbar. Había advertido la expresión de sus ojos cuando ella creía que Mitch había ido a su casa con intención de acostarse con ella, y no de echarle la bronca. Y eso era precisamente lo que Mitch más deseaba en el mundo: acostarse con ella. Pero había logrado dominarse.

Había intentando, por otra parte, darle a Cara un beso sin importancia al despedirse de ella. Un beso que cimentara su acuerdo. Pero aquel beso se había convertido en un beso de verdad. Mitch se había excitado al instante. Por suerte, estaba acostumbrado a refrenar cualquier emoción y había conseguido apartarse de ella antes de perder el control.

—La próxima vez, Cara, si me provocas, prepárate para llegar hasta el final —dijo en voz alta, mientras entraba en su pequeño y desordenado, aunque limpio, cuarto de estar—. Es otra promesa. Tenlo en cuenta.

Él, por su parte, también lo tendría en cuenta.

Cara dobló *La Gaceta*, se recostó en su silla y rompió a reír.

—¿Lo estás viendo, Sally? —preguntó en voz alta.

Estaba sola en el despacho, de modo que podía hablar con su ídolo sin que nadie se enterara. Sally habría apreciado el artículo que ella había escrito para Beau. Era tal como Mitch y ella habían acordado. Tal y como él había sugerido.

¿Recordaba él, aunque fuera inconscientemente, que Escopeta Sally se había peleado en público con su amante el policía en la historia que ella le había contado? Naturalmente, aquella pelea había sido fingida. En aquella

época eran pareja, y la idea consistía en convencer a la gente de que se odiaban a muerte. De ese modo, Zachary podía alegar desconocer los planes de Sally mientras ella investigaba quién había matado a su hermana, pretendiendo matarla a ella en realidad.

No había, de todos modos, ninguna similitud entre aquella historia y la presente situación, lo cual, en cierto sentido, era una lástima. Porque, aunque en la historia había ciertos detalles contradictorios, una cosa era segura: Sally y Zachary habían vivido una apasionada historia de amor.

Pero ¿y Cara? Mitch Steele no era su amante. Sin embargo, la idea de mantener un apasionado romance con él resultaba sumamente atrayente. Sobre todo ahora que habían vuelto a trabajar juntos otra vez.

No es que Cara confiara del todo en él, e imaginaba que él tampoco en ella. Pero cuánto le había gustado estar a solas con él en su apartamento la noche anterior. Su presencia la había excitado de manera increíble. Y ella había visto en sus ojos que él también la deseaba. Y, además, estaba aquel beso cargado de promesas y de pasión, y que, sin embargo, no había llevado a nada más. Mitch no iba seducirla para robarle una historia, ni para conseguir información. No iba a seducirla en absoluto.

—Ya basta —se dijo en voz alta. No podía seguir pensando en Mitch. En lugar de hacerlo, se concentraría en la historia de Sally. Aunque sabía cómo acababa, había olvidado ciertos detalles.

Bebió un sorbo de café de una taza blanca que tenía sobre la mesa y levantó el teléfono. Pero Della Santoro no estaba en su despacho.

—Hola, Della, soy Cara —le dijo al contestador—. Quería hacerte unas preguntas sobre Escopeta Sally. Llámame cuando puedas.

Le dejó el número de la oficina y el de su casa, aunque Della ya los tenía, y se quedó sentada tras su mesa, llena de frustración. ¿Qué demonios iba a hacer?

Seguir investigando, desde luego. Pero ¿y si sus métodos desagradaban a Mitch? Bueno, eso ya lo habían previsto. Para eso era el artículo. Claro que... ella había aprendido la lección. Si iba a volver a ponerse en peligro, primero llamaría a Mitch.

Sólo le quedaba, pues, dar su siguiente paso. Agarró el teléfono justo cuando éste empezaba a sonar.

—Cara Hamilton —contestó mientras miraba el identificador de llamadas, como de costumbre. Ponía «Número desconocido».

—Ayer te escapaste, Cara —dijo una voz distorsionada al otro lado de la línea—. Otra vez.

—¿Quién es? —preguntó Cara con aspereza, aunque, naturalmente, ya lo sabía. Era la persona que la había atacado el día anterior. Pero su voz sonaba distinta—. ¿Qué quiere? ¿Era usted quien conducía esa camioneta?

—Quiero asegurarme de que *La Gaceta* corrija una incorrección que aparece en el artículo sobre la agresión que sufriste ayer —dijo la voz.

—¿Qué quiere decir?

—El artículo insinuía que *La Gaceta*, y una de sus reporteras en particular, sigue investigando el asesinato de Nancy Wilks y su relación con otros crímenes.

—¿Y? —dijo Cara con frialdad, intentando ocultar su miedo—. No hay nada incorrecto en eso.

—Oh, sí, sí que lo hay —dijo aquella voz—. Quiero decir, naturalmente, que es incorrecto si quiere usted seguir viva —sonó un clic y la línea quedó muerta.

Capítulo 10

Aquella era una de esas veces en que Mitch deseaba abofetear la fea cara de Hurley Zeller. Pero, como en otras ocasiones, tenía que guardarse las ganas y actuar como si nada ocurriera.

Estaban sentados en el espacioso despacho del sheriff Wilson. Ben parecía tan severo como siempre, respaldado por las banderas de Texas y de los Estados Unidos que colgaban de la pared, detrás de su mesa.

El sheriff no parecía muy contento. Tenía en una mano un ejemplar de *La Gaceta* de esa mañana. La otra la tenía cerrada con fuerza sobre la mesa.

A Mitch le daba náuseas el fuerte humo a tabaco que despedía el aire enrarecido del despacho.

—Así que, ahora, el Departamento es el hazmerreír de toda la ciudad —estaba diciendo Hurley Zeller. Él le había llevado el periódico a Ben. Sentado en una silla de respaldo bajo, junto a Mitch, Hurley tenía una expresión indignada en la cara fofa. Sabía qué teclas tocar para enfurecer aún más a Ben.

—No es suficiente con que no hayas encontrado aún al asesino —bramó Ben—. Estabas allí, tenías delante de ti a un sospechoso que estaba atacando a esa bocazas, y no fuiste capaz de detenerlo. Y, por supuesto, ella ha escrito un artículo en el que nos hace aparecer como tontos, aunque lo haya firmado Beau Jennings. Y, para colmo, nos has hecho quedar aún peor echándole la culpa a ella de tu propia incompetencia. Y ella se ha vengado por escrito, ha dejado bien claro de quién es la culpa —justo como Mitch le había dicho que hiciera—. La has cagado, Steele —continuó Wilson—. La has cagado de verdad.

—Me recuerda a alguien que conozco —dijo Zeller con desdén—. O que conocía, mejor dicho. ¿Tú también vas a tomar el camino fácil, como hizo tu viejo, Steele?

Antes de darse cuenta de lo que hacía, Mitch se levantó de un salto.

—Tú... —se detuvo de pronto. Aquel capullo intentaba enfurecerlo. No le daría esa satisfacción.

En lugar de hacerlo, se giró hacia el hombre que, según creía, había matado a su padre, aunque aún no pudiera probarlo.

—Tiene razón —le dijo a Wilson—. La he cagado. Hubiéramos tenido peor publicidad si hubiera dado a dos chicos que pasaban por allí para asegurarme de que atrapaba al sospechoso. Pero supongo que eso debería haber hecho —bajó la cabeza, como si lo lamentara.

—No te pongas sarcástico conmigo, chico —siseó Wilson.

—No, señor. Y no voy a mencionar lo mal que va a quedar el Departamento cuando los medios informen de que uno de los nuestros salía con la víctima de un asesinato justo antes de su muerte —Mitch no miró a Hurley, pero dejó claro que no había olvidado aquel asunto.

—Esto es lo que vas a hacer para arreglarlo, Steele —dijo Wilson sin responder a Mitch—. Primero, vas a mantenerte alejado de esa periodista. Si quiere una entrevista, que me la pida a mí. Yo me encargaré de ella. Y, si la atacan delante de tus narices, pide refuerzos y deja que otro se encargue de eso. Si esa chica...

El teléfono móvil de Mitch sonó de pronto. Maldición. Qué inoportuno.

—Disculpe, Ben. Enseguida acabo —abrió el teléfono—. Aquí el ayudante Steele.

—¿Mitch? Soy Cara —su voz tenía un tono extraño. ¿De nerviosismo? No, parecía más bien de temor—. Necesito hablar contigo.

A pesar de que deseaba salir de allí de inmediato, Mitch no podía marcharse así como así.

—¿Mi colada está lista? —dijo, imaginando la expresión de sorpresa y fastidio de Cara—. Bien. Llamaré luego para decirle a qué hora voy a pasarme a recogerla —y colgó.

Cara se quedó mirando fijamente el teléfono. Imaginaba que Mitch no podía hablar en ese momento. Pero ella tenía que hablar con él precisamente en ese momento.

La maldita llamada de teléfono la había puesto de los nervios.

Se inclinó sobre la mesa llena de cosas, respirando demasiado deprisa. Le ardían los ojos, aunque se negaba a llorar. Necesitaba hablar con alguien. Inmediatamente. Con alguien que estuviera de su parte, que la apoyara incondicionalmente.

Pero no podía hablar con Beau. Él la compararía con su sobrino Jerry, o,

al menos, con la imagen ilusoria que tenía de él. El hecho de que Jerry hubiera emprendido su carrera robándole un reportaje a ella nunca le había importado a Beau.

Cara suspiró. ¿Qué iba a hacer? No podía quedarse allí sentada. Había cumplido su promesa: había llamado a Mitch. Y mira lo que había conseguido. Él se había limitado a colgarle el teléfono.

Cara sabía a quién quería llamar: a su mejor amiga, Kelly McGovern Lansing. Pero Kelly y Wade estaban aún en Hawai, de luna de miel. Cara no sabía en qué hotel se alojaban, y necesitaba algo más que mandarle un e-mail.

Por fin marcó un número al que había llamado unos días antes. Pero estuvo a punto de colgar después de que el teléfono sonara dos veces. Demonios, ya había interrumpido a Lindsey Wellington una vez.

—¿Diga? —contestó una voz masculina. Tenía que ser Bart Rawlins, el novio de Lindsey.

—Bart, soy Cara Hamilton. ¿Qué tal?

—Seguramente mejor que tú, por lo que parece, Cara. ¿Qué te pasa?

Maldición. ¿Tan evidente era su estado de ansiedad?

—Nada —mintió—. Es que quería preguntarle una cosa a Lindsey. ¿Está por ahí?

—Claro. Espera un momento.

Aunque Lindsey tardó menos de un minuto en ponerse al teléfono, aquel tiempo bastó para que Cara se preguntara cómo sería encontrar a su alma gemela, como le había pasado a Lindsey.

—¿Cara? ¿Qué sucede?

De pronto, a Cara dejó de apetecerle llorar sobre el hombro de su amiga, aunque la había llamado para eso. Ella no era una debilucha. Era como Escopeta Sally, una periodista de investigación de primera. «Así que, compórtate como tal», se ordenó.

—Todavía estoy intentando averiguar qué quería enseñarme la pobre Nancy —dijo, aunque no estaba pensando en eso—. Sé que es poco ético, pero ¿crees que hay algún modo de que vea los archivos de Lamben & Church?

Tras la muerte de Andrew McGovern, Lindsey le había entregado a Kelly, la hermana de Andrew, lo que creía eran sus efectos personales. Algunas cajas contenían los archivos de trabajo de Andrew, y Lindsey se había sentido incómoda al saber que los había puesto inadvertidamente en manos de alguien ajeno a la empresa.

—Ya sabes que no estaría bien que te los dejara, o que hablara de ellos, pero no me importa decirte dónde están ahora mismo, casi con toda probabilidad.

—¿Dónde?

—Dado que el bufete está siendo desmantelado, la mayoría habrán sido devueltos a los respectivos clientes.

—Ah —dijo Cara, decepcionada.

—Si los clientes quieren revelar su contenido, es cosa suya, así que...

—Así que lo único que tengo que hacer es convencer a Roger Rosales de que me entregue los archivos de la Ranger Corporation.

—Exacto —dijo Lindsey.

—Ya —contestó Cara.

Tras despedirse de Lindsey, Cara respiró hondo y pensó en Escopeta Sally. Ella no permitía que nada se interpusiera en su camino cuando iba detrás de una noticia. Levantó el teléfono y marcó otro número.

—¿Roger? Soy Cara Hamilton. Me gustaría hacer un trato con usted.

—Entonces, ¿es usted el ayudante que mencionaba en mi artículo? —Beau Jennings miró a Mitch por encima de sus gafas de montura plateada—. ¿Le importaría decirme qué pasó realmente en el instituto ayer? Cara escribió parte del artículo, y reconozco que le hacía pedazos. Yo respeto a los representantes de la ley y el orden, así que imagino que no fue para tanto.

Mitch había acudido a las oficinas de *La Gaceta de Mustang* en cuanto había podido librarse de Ben Wilson. Pero no había conseguido pasar más allá de la pequeña zona de recepción. Cuando le había preguntado por Cara al joven sentado tras el mostrador y se había identificado, Beau Jennings había salido de inmediato.

El editor del periódico de la ciudad parecía muy pagado de sí mismo. De nuevo, para conseguir lo que quería, Mitch sabía que tenía que contenerse.

—Estaba patrullando alrededor del instituto y me pareció ver que alguien tenía problemas. Era Cara. Pero casi se había librado de su agresor cuando llegué. El tipo sacó una pistola, así que yo saqué la mía, pero no pude usarla por miedo a herir a otros transeúntes.

—¿Ah, sí? Entonces, ¿qué es lo que pasa? ¿Por qué se ha empeñado Cara en hacerle papilla en el artículo?

—Porque le dejé bien claro que no debía tomarse la justicia por su mano. Cara parece creer que es una heroína de cómic y que resolverá el caso Wilks ella sola. Le dije que lo único que conseguiría sería que la mataran, pero que la ciudad preferiría que siguiera viva para poder seguir leyendo sus chispeantes artículos.

Para sorpresa de Mitch, Beau Jennings se echó a reír.

—Es usted un buen tipo, oficial, aunque Cara diga lo contrario.

A Mitch no le hizo gracia que Cara se hubiera extralimitado y lo hubiera criticado delante de su jefe, aunque tal vez ello conviniera a sus fines. Sin embargo, en ese momento no eran sus planes lo que le preocupaba, sino Cara.

—¿Sabe dónde está Cara, Beau? Me llamó hace un rato y dijo que quería contarme algo.

Beau entrecerró los ojos.

—¿Eso le dijo? Pues supongo que habrá cambiado de idea, porque se ha marchado.

—¿Sabe dónde puede haber ido?

—Creo que iba al Noreste. ¿O era al Medio Oeste? —al ver la cara de perplejidad de Mitch, Beau Jennings le enseñó los dientes en una amplia sonrisa—. Iba a la Ranger Corporation —dijo—. No sé dónde está su sede central, pero Cara iba a sus oficinas de aquí, de la ciudad.

Cara se encontraba de nuevo en la pequeña pero prestigiosa sede local de la Ranger Corporation. Estaba de nuevo sentada ante Roger Rosales, haciendo preguntas.

Él seguía pareciendo un niño travieso. Su atuendo, más informal que la última vez que Cara lo había visto, enfatizaba su aspecto juvenil. Ese día, llevaba una camisa azul sin corbata, y su americana colgaba del respaldo de su sillón de cuero.

—¿Qué clase de trato pretende proponerme, señorita Hamilton? —Roger se inclinó hacia delante y cruzó las manos sobre la mesa. Parecía interesado, pero no demasiado.

—¿Lambert & Church les ha devuelto sus archivos?

—¿Nuestros archivos jurídicos? Puede ser, pero ¿qué le importa a usted eso? —su sonrisa no vaciló, pero Cara creyó detectar un leve destello de inquietud en sus risueños ojos castaños.

Cara se inclinó hacia delante hasta apoyarse sobre la mesa. Esperaba que sus ademanes sugirieran sinceridad.

—No le estoy pidiendo información confidencial.

Lo cual no era del todo cierto. Le habría encantado ver todos los archivos. ¿Sería capaz de descubrir qué documentos habían pasado por manos de Nancy? ¿Descubriría al fin qué había querido enseñarle su amiga?

—Por otra parte, sé que, si indagara lo suficiente en los registros públicos, encontraría lo que busco, pero eso me llevaría mucho tiempo. Esto es lo que quiero proponerle. No sé exactamente por qué la Ranger Corporation se ha instalado en Mustang Valley, aunque tarde o temprano lo averiguaré, dado que necesitarán la aprobación de las autoridades locales para cualquier proyecto de desarrollo que promuevan. Ese proceso podría verse allanado por una publicidad adecuada o ponerse muy difícil en caso contrario.

—De modo que, si le doy lo que quiere, ¿puede prometerme que su periódico respaldará nuestros proyectos?

¡Cómo despreciaba ella su sonrisa! Tuvo que apartar la mirada para evitar las náuseas.

—Yo no he dicho eso —volvió a mirarlo fijamente—. No puedo prometerle nada, puesto que no soy la propietaria de *La Gaceta*. Yo no decido la política editorial. Pero puedo influir. Y si sus proyectos benefician a los ciudadanos del condado de Mustang, crean empleo y esa clase de cosas, insistiré para que el periódico publique editoriales favorables. Y puede que

les cobren menos por los anuncios.

—¿Y todo eso sólo por dejarle ver lo que podría encontrar en los registros públicos?

—Exacto. Como, por ejemplo, si la Ranger Corporation está asociada con la Eastern Mustang Property Acquisition o con la Texas Mustang Valley Sites, las compañías que han comprado las tierras colindantes con el rancho de los Rawlins y que la Ranger intentó comprar hace más o menos un mes.

—¿Y eso es todo lo que quiere? ¿No habrá venido a intentar sonsacarme algo, como la última vez, cuando insinuó que la Ranger estaba implicada en asuntos turbios? —el brillo de sus ojos era tan penetrante como un puñal.

Pero eso no arredró a Cara.

—¿Se refiere a los asesinatos, incluido el de Nancy Wilks?

—Exacto.

—Ha sido usted quien ha sacado el tema, señor Rosales, no yo. Ya le pregunté una vez si la Ranger tenía alguna relación con esas muertes, y usted ni lo confirmó, ni lo negó. No esperaba que ahora fuera de otro modo, a menos que... —dejó que sus palabras se apagaran.

—Por supuesto que no voy a admitir ni a negar nada. Eso sería como preguntarme si he dejado de pegar a mi mujer. Si digo que sí, la cago, y si digo que no, también —hizo una pausa. Su despreciable sonrisa apareció de nuevo, pero estaba vez ocultaba algo más. Escudriñó a Cara con ojos brillantes, desnudándola, antes de mirarla de nuevo a los ojos—. No estoy casado, por cierto.

—Me alegra saberlo —Cara sonrió. Sabía lo útil que era coquetear, pero le resultaba difícil hacerlo con aquel escurridizo y astuto ejecutivo—. Entonces, si confirmara una conexión —dijo—, admitiría que la compañía está de algún modo implicada en los asesinatos, lo cual, naturalmente, no va a hacer. Pero ¿qué mal puede hacerle negar esa conexión?

—Sería como dignificar una pregunta absolutamente inapropiada con una respuesta —dijo él cuidadosamente, y Cara experimentó la desagradable sensación de que había pasado de coquetear con ella a amenazarla veladamente.

—No estoy de acuerdo —dijo ella—. Pero, en cualquier caso, ¿le

interesa el trato?

—Me lo pensaré, Cara. Voy a hablar con mis superiores. Ellos lo consultarán con nuestros abogados.

En otras palabras, aceptarían el trato cuando se helara el infierno.

Aun así, al salir del despacho, deseando darse una ducha para quitarse de encima la sensación de suciedad que experimentaba, Cara sonrió. Con trato o sin él, había conseguido más pistas de su visita a la Ranger Corporation.

Mitch alcanzó a Cara en la acera de la calle Mayor cuando ella estaba abriendo la puerta de su coche.

—Mitch, ¿qué haces aquí? —ella sonrió como si se alegrara de verlo.

Aquello hizo que Mitch se sintiera bien. Pero sabía que el buen humor de Cara no duraría mucho tiempo.

—¿Por qué me llamaste antes? ¿Y por qué no esperaste a que llegara?

Ella se puso al instante a la defensiva.

—Quería contarte algo, como habíamos acordado, pero está claro que no te interesaba.

—No podía hablar. Supongo que te diste cuenta.

—Sí, me di cuenta. Pero, de todas formas, ya no importa —sin embargo, su cara palideció de repente al recordar algo.

—Cuéntamelo de todos modos —dijo él.

—No hace falta. Ya hablaremos en otro momento —Cara se deslizó en su coche.

Pero, antes de que encendiera el motor, Mitch rodeó el coche, se quitó el sombrero y se sentó en el asiento del acompañante. Cara lo miró, enojada. Ese día, la blusa que llevaba bajo el chaleco beige era de color cobrizo, algo más oscura que su pelo. A él le gustó el contraste.

—¿Qué estás haciendo?

Él respondió con otra pregunta.

—¿Adonde vamos?

—¿Cómo que adonde vamos?

—Sí, socia. Y, por cierto, no vamos a ir a ninguna parte hasta que me digas por qué me llamaste. Sé por tu voz que te pasaba algo.

Ella hundió los hombros y su mirada abatida hizo que Mitch sintiera ganas de abrazarla.

—Es mejor que no lo sepas —su voz se quebró.

—Cuéntamelo de todos modos.

—Recibí otra llamada telefónica. Creo que no era la misma persona que la otra vez. Pero, fuera quien fuese, sabía detalles de lo que me pasó ayer en el parque que no estaban en el artículo. Puede que incluso fuera el agresor. Y él... o ella... amenazó con matarme si seguía investigando la muerte de Nancy.

—Maldita sea, Cara, deberías habérmelo dicho enseguida. ¿Tu teléfono tiene identificador de llamadas?

—Sí, pero no reconocía el número.

Mitch sabía que, incluso siendo un agente de la ley, no podía arreglarlo todo. No podía estar en todas partes. Salvar a todo el mundo. Se lo había dicho a sí mismo muchas veces. Sobre todo, después de la muerte de su padre. Pero seguía sin convencerse de ello. Y había fallado dos veces cuando Cara más lo necesitaba en sólo un par de días: una vez en el parque y de nuevo por culpa de aquella maldita llamada.

Su objetividad empezaba a tambalearse. Nunca dejaba que sus sentimientos hacia las víctimas se pusieran en su camino. Pero Cara no era una víctima cualquiera. Ella se negaba a ser una víctima. Y la admiración que sentía por ella empezaba a generar sentimientos inadecuados.

Mitch logró rehacerse. Interrogó a Cara sobre la llamada. Pero ella no había reconocido la voz, ni había oído ningún ruido de fondo que pudiera reconocer.

—Ya he pensado en todo eso —dijo ella, contrariada.

—No lo dudo. Mira, ¿te apetece tomar un café en el Lone Star Lodge? Tenemos que hablar.

—Más tarde. Ahora tengo que ir a un sitio.

—¿A cuál?

—Bueno, acabo de hacerle una visita a Roger Rosales...

—Sí, ya me lo imaginaba. Pero ¿por qué no me avisaste? Cara, te dije que...

—Le he dicho que quería hacer un trato con él —lo interrumpió ella—. Como si me fiara de él. Aunque, en realidad, he ido a buscar información.

—¿Y te la ha dado? —Mitch no podía creerlo.

—No exactamente. Pero los periodistas tienen toda clase de habilidades extrañas.

—¿Como cuáles?

—Como leer del revés.

Cara conducía en silencio, mirando de soslayo a Mitch de vez en cuando. Él la estaba mirando casi siempre.

Maldito fuera. Ella siempre había considerado bastante espacioso su coche, pero Mitch parecía ocupar todo el asiento del acompañante e incluso más espacio. Había echado el asiento hacia atrás todo lo que se podía, y aun así llevaba las piernas encogidas.

Su presencia, además, aumentaba la temperatura de todo el coche. O tal vez fuera que ella siempre parecía sofocarse cuando estaba con él. El deseo que sentía por aquel hombre le producía reacciones extrañas, y en los momentos rijas inadecuados.

Pero Mitch era sólo su aliado en aquella investigación, nada más. Y, como pasaba con todos los aliados, ella no podía bajar la guardia y confiar en él.

Mitch le había hecho recordar aquella maldita llamada telefónica. Y el temor que le había hecho sentir. Ella no era tonta, pero tampoco dejaría que la asustaran con amenazas que sólo confirmaban que iba por el buen camino. Si alguien quería asustarla, eso significaba que le tenían miedo.

Apretó el botón que bajaba la ventanilla de su lado, pero no le sirvió de nada. Fuera hacía aún más calor. Volvió a subir la ventanilla y encendió el aire acondicionado.

No le apetecía que Mitch estuviera allí, y no sólo porque su presencia la distraía. La persona a la que iba a ver no le diría nada en presencia de la ley. Aunque, de todos modos, era improbable que quisiera hablar con una

periodista. Y, sobre todo, tratándose de ella.

De todos modos, Cara tenía que admitir que se sentía más segura con Mitch.

—¿Qué has leído exactamente en los papeles que Roger Rosales tenía encima de la mesa? —preguntó Mitch.

Ella le explicó lo que quería decir. Mientras jugaba al ratón y al gato con Roger Rosales, había aprovechado la oportunidad, al inclinarse hacia él, de echarle un vistazo a los papeles que tenía sobre la mesa. La mayoría de ellos eran cartas. Había memorizado las direcciones.

—Creo que se está entrevistando con contratistas para ese misterioso proyecto suyo —dijo—. Vi cinco nombres, y la mayoría de ellos no eran de aquí.

—Pero algunos sí.

Ella asintió.

—Cuando nos hemos encontrado, iba a ver a una de esas personas.

—¿Has fijado una cita?

—No, pero no creo que se sorprenda de verme —ella se echó a reír al ver la expresión desconcertada de Mitch—. Me debe una llamada telefónica —explicó—. Intenté llamarlo el otro día y le dejé mi nombre, pero no me ha contestado.

—¿Y para qué lo llamaste?

—Porque su nombre figura en esa lista que me pediste que hiciera. Ya sabes, la lista de las personas que podían tener razones para querer verme muerta. Da la casualidad de que una de ellas es un contratista: Shem O'Hallihan.

Capítulo 11

Las oficinas de Construcciones O'Hallihan, situadas a las afueras de la ciudad, estaban en un edificio que parecía un enorme garaje. Lo cual no era de extrañar, pensó Cara, ya que posiblemente albergaban un montón de maquinaria. O'Hallihan era el principal contratista de Mustang Valley.

Cara aparcó en la zona de visitas, entre una camioneta roja con ruedas casi tan altas como ella y un reluciente todoterreno verde.

—¿No habrás visto una camioneta azul, por casualidad? —dijo ella, girando la cabeza al salir del coche.

—Me has leído el pensamiento —Mitch también escudriñó los alrededores—. No veo ninguna que encaje con tu descripción.

Cara se dirigió hacia una puerta situada en el lateral izquierdo del edificio, marcada con un gran letrero rojo que ponía oficina. Mitch la siguió. Sólo cuando estaban tan cerca se daba cuenta Cara de que Mitch era mucho más alto que ella. Y de que se sentía mucho más segura en su presencia. Si no tenía cuidado, empezaría a tomarle el gustillo a aquella sensación. Y a él. Bueno, a él ya se lo había tomado. Y mucho.

—Hablemos de estrategia —dijo Mitch.

Cara lo miró de reojo y vio que él la estaba mirando fijamente. A ella le agradaba que quisiera conocer su opinión. Había en los ojos de Mitch un ardor, un rescoldo del beso de la noche anterior, que sugería que quería arrancarle la ropa. Y, sin embargo, respetaba a Cara por su inteligencia.

—No hay mucho que decir —ella volvió a concentrarse en la puerta que tenía delante—. Yo hablaré, tú escucharás y O'Hallihan se pondrá a gritar.

Mitch se echó a reír un momento con una risa profunda y sincera que envolvió a Cara como un cariñoso abrazo.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—He entrevistado a O'Hallihan otras veces. Incluso fui empleada suya, o eso pensaba él. Me puse una gorra, una camisa de faena y unos vaqueros y pedí trabajo como escayolista.

—¿Y te contrató?

—Sí, pero tuve que demostrarle que sabía poner escayola. Así fue como

me enteré de que escatimaba dinero en los materiales. La escayola que usaba era una mierda.

—¿En serio? Aunque, naturalmente, tú sabes poner escayola —¿se estaba poniendo paternalista con ella? No, su expresión seguía siendo divertida—. Vamos a ver si podemos averiguar por qué la Ranger Corporation piensa contratarlo —concluyó él.

Cara recordaba bien aquellas oficinas: pequeñas habitaciones conectadas por un estrecho pasillo con paredes grises y sucias.

—¿Cuál es el despacho de O'Hallihan? —preguntó Mitch. Ninguna de las puertas estaba marcada.

—El último.

Cara recordaba también el despacho de O'Hallihan, sobre todo por la última vez que había estado allí. Era pequeño e incómodo, como todos los demás. Pero, a pesar de su tamaño, los despachos estaban siempre llenos de archivos, herramientas y personas. Los numerosos trabajadores de la empresa solían merodear por allí entre obra y obra, a veces por el taller, pero casi siempre por aquellos cuartos estrechos que contenían incómodos bancos y cafeteras siempre en funcionamiento.

Cara no había llegado a conocer bien a los que durante una temporada habían sido sus compañeros, pese a haber trabajado con ellos varias semanas. En aquella empresa, los trabajadores parecían cambiar tan a menudo como las páginas de un almanaque. Cara había reunido pruebas documentales suficientes para probar sus acusaciones, pero ninguno de los empleados de la empresa disponía de suficientes datos como para proporcionarle una entrevista a fondo.

Salvo, naturalmente, el propio Shem O'Hallihan, quien no se había dado cuenta de que su flirteo con Cheryl Hazleton, el nombre falso que había utilizado Cara, era un diálogo, y que los aspectos más desagradables aparecerían en un artículo que exponía sus prácticas empresariales fraudulentas. El evidente deseo que O'Hallihan sentía por ella era la razón de que su despacho le hubiera parecido tan pequeño y asfixiante a Cara.

Se estremeció al pensar en tener que enfrentarse de nuevo a él, pero estaba deseando acabar cuanto antes. Además, no estaba sola.

Le sorprendió que no hubiera mucha gente por allí. Tal vez estuvieran en

la calle, trabajando. O comiendo. Era poco más de mediodía. ¿Estaría Shem allí? Seguramente. Él solía salir a comer tarde, aprovechando que iba a visitar alguna obra.

Cara se adelantó por el estrecho pasillo, rozando a Mitch al pasar a su lado. Intentando ignorar la poderosa reacción que se producía en ella cada vez que lo tocaba, llamó a la puerta.

—¿Sí? —reconoció aquella voz rasposa y familiar. Respiró hondo y abrió la puerta.

Shem O'Hallihan estaba sentado tras su mesa. Su presencia empequeñecía aún más el despacho, aunque no por su tamaño. A Cara siempre le había parecido extrañamente enclenque para ser un hombre que se pasaba la vida trabajando con materiales pesados y realizando tareas manuales, o eso decía él.

Llevaba, como otras veces, gafas oscuras. El peinado inflado y algodonoso de su pelo fino parecía sugerir con orgullo que aún no tenía entradas, pese a ser ya un hombre de cierta edad. Su cuerpo seguía siendo enjuto y su habitual camiseta blanca no ocultaba que le faltaba tono muscular. Tal vez fuera un hacha contratando a gente para su empresa, pero Cara no lo había visto trabajar ni una sola hora con sus propias manos.

Shem se levantó. Su semblante sugería que quería hacerla pedazos.

—¿Qué demonios haces tú aquí?

Ella procuró no arredrarse, pero antes de que pudiera responder, Mitch se puso delante de ella.

—Está ayudándonos en una investigación, señor O'Hallihan.

—Sí, ya, publicando mentiras oficiales —le espetó él.

Cara compuso una sonrisa amistosa.

—Yo también me alegro de verte, Shem. Y tienes razón, he venido en calidad de periodista, aunque estoy colaborando con el ayudante Steele en la investigación del asesinato de Nancy Wilks. ¿Tú conocías a Nancy?

Cara creyó que a Shem iban a saltársele los ojos por cómo la miraba desde detrás de las gafas.

—Primero me acusas en público de estafar a mis clientes, ¿y ahora me acusas de asesinato? —apoyando los puños sobre la mesa, se volvió hacia

Mitch—. ¿Acaso no es delito difundir infamias acerca de un ciudadano, oficial? Si es así, exijo que arreste a esta mujer.

Cara se sentó en una silla de madera que había junto a la mesa de Shem, la cual parecía haber sufrido los efectos de un huracán.

—Yo no mentí en mi artículo. Expuse los hechos tal y como eran. Y ahora solo le estoy preguntando si por casualidad conocías a una persona que ha sido asesinada.

—Claro que no... —O'Hallihan se detuvo, miró a Cara y a Mitch y luego decidió que le convenía contar la verdad—. Bueno, sí, la conocía. Pero Mustang Valley es un sitio pequeño. Aquí todo el mundo se conoce —se sentó de nuevo en su silla—. Y Lambert y Church eran mis abogados... al menos hasta hace un par de semanas, cuando se declararon en bancarrota. Conocía a Nancy de cuando iba a sus oficinas, pero nada más. Y yo no la maté, eso está claro.

Cara vio por el rabillo del ojo que Mitch abría la boca.

—Nadie ha sugerido tal cosa —se apresuró a añadir con suavidad, cortando lo que Mitch se disponía a decir. El cruzó los brazos y se apoyó contra la pared, bajo un retrato en el que aparecía Shem estrechándole la mano al difunto Frank Daniels, el anterior alcalde. ¿Sería Daniels la conexión con la Ranger Corporation? Si así era, ¿qué significaba?

—En realidad, Shem —continuó Cara—, estamos siguiendo una pista sobre otro asunto que seguramente no tiene nada que ver con la muerte de Nancy. Por eso estamos aquí.

—¿Qué asunto? —él cruzó los brazos delgados con ademán beligerante.

—Por desgracia, no podemos hablar de eso todavía. Pero está relacionado con un contratista de fuera de la ciudad.

Indirectamente, pensó Cara. Miró a Mitch, preparada para suplicarle con la mirada que le siguiera el juego, pero él tenía una expresión impasible, salvo por una ceja levemente arqueada que le daba un aire inquisitivo y deliciosamente burlón.

—Aunque no puedo revelar el nombre de ese contratista —continuó ella —, acabamos de estar en las oficinas de la Ranger Corporation y creemos que tu competidor puede estar implicado en prácticas fraudulentas. Puede que incluso esté dispuesto a utilizar el chantaje para conseguir un contrato con la

Ranger. Sólo queremos saber qué criterios has usado tú para presentar tu oferta a la Ranger Corporation.

—¿Quieres decir que algún cerdo está intentando meter las zarpas aquí utilizando mentiras y chantajes? —Shem se levantó de nuevo y comenzó a andar de un lado a otro detrás de su silla—. Qué demonios, ese tal Roger Rosales, el de la Ranger, no me ha hecho ni caso hasta ahora. Se ha limitado a tirarme un par de migajas y a preguntarme si estaría disponible para hacer un proyecto tan grande que ni siquiera podía contarme lo que era. Y eso que le aseguré que sacaría el tiempo de donde fuera. Me dijo que habría que hacer grandes excavaciones, así que le dije cuánto costaba remover un metro cúbico de tierra. Y también le di referencias, para que viera que hacemos un trabajo de primera y que nosotros, cuando construimos edificios de oficinas, centros comerciales, escuelas, patios, lo que sea, siempre nos ceñimos a los planos del arquitecto.

Interesante, pensó Cara. Pero aquello no le aclaraba nada.

—¿No construís zonas residenciales? —preguntó Cara, que había llegado a la conclusión de que la Ranger Corporation estaba comprando tierras en Mustang Valley para construir una enorme ciudad dormitorio con toda clase de instalaciones a una hora de camino de la zona metropolitana de Dallas, Fort Worth.

—Claro, también, pero Rosales parecía más interesado en edificios comerciales.

—Entiendo —Mitch se apartó de la pared. Cara le lanzó una mirada de advertencia. Pero él no la estaba mirando—. Entonces, ¿no sabe usted si la Ranger puede tener algún punto flaco que les haga vulnerables a un posible chantaje?

A Cara le gustó la pregunta.

—¿Algún punto flaco? —repitió Shem. Se encogió de hombros y tomó asiento de nuevo—. Bueno, las empresas tan grandes como la Ranger a veces se meten en proyectos que no salen. Demasiada regulación gubernamental, esa clase de cosas...

—¿Conoces algún proyecto en concreto que les haya fallado últimamente? —preguntó Cara.

Shem alzó la mirada, como si intentara encontrar la respuesta escrita en

uno de los paneles manchados del techo.

—Sí —dijo lentamente—. El año pasado la cagaron con una gran urbanización en alguna parte del este. No sé si en Boston o en Baltimore, no me acuerdo. Pero estaba demasiado cerca de la ciudad y hubo muchas protestas, desde los ecologistas a la gente que insistía en que la mitad de las casas fueran de protección oficial. Esa clase de cosas. Puede que los de la Ranger se hayan puesto nerviosos si les ha salido otro proyecto importante y algún contratista ha amenazado con armar follón si no le daban la concesión.

—Puede ser —dijo Cara. Su mente giraba como un torbellino. Había hecho averiguaciones sobre la Ranger, pero desconocía aquel asunto, pese a su importancia—. ¿Y dices que era un proyecto de la Ranger? ¿No estaría a nombre de alguna empresa subsidiaria?

—Sí, creo que sí. Me parece que llevaba el nombre de la ciudad, o algo así.

¿Algo parecido a «Eastern Mustang Property Acquisition» o a «Texas Mustang Valley Sites», pero utilizando el nombre de aquella ciudad del este? Cara tendría que comprobarlo.

—Supongo queja Ranger no lo habrá contratado aún para que haga parte del proyecto, como hacer un estudio del terreno, ¿no? —preguntó Mitch.

—Pues sí —dijo Shem—. Una cosita de nada como ésa, para ver qué tal colaboramos. Estamos sacando los permisos de aguas.

—¿Hay otros contratistas que estén en la misma situación? —dijo Cara, intentando ocultar su excitación.

—No nos lo han dicho, pero he oído decir que hay un par de tipos de Dallas que han empezado a hacer los informes medioambientales de fase uno. Ya saben, el historial de las propiedades de esa zona cuyos usos hayan podido causar contaminación, como la extracción de petróleo y tal.

—Ha sido usted de gran ayuda —dijo Mitch finalmente—. Si se le ocurre algo más que pueda ayudar a la Ranger Corporation, haga el favor de llamarme —le dio una tarjeta.

Cara pensó en hacer lo mismo, pero supuso que las probabilidades de que Shem la llamara eran escasas. En realidad, la sorprendía que se hubiera mostrado tan dispuesto a colaborar. Quizá fuera porque no era el objeto de su investigación, y eso lo aliviaba. Aunque, de todos modos, ella no estaba

dispuesta a borrarlo de la lista de sospechosos todavía.

Ahora había una buena razón para que el nombre de Construcciones O'Hallihan apareciera en la carta que Cara había visto en la mesa de Roger Rosales. Pero la existencia de aquella tenue conexión no significaba que hubiera otras más fuertes.

Shem O'Hallihan conocía a Nancy Wilks. Pero tenía razón. Había mucha gente en Mustang Valley que la conocía.

Cara se volvió al llegar a la puerta.

—Adiós, Shem. Y gracias por tu ayuda —agarró el picaporte, pero se volvió de nuevo—. Por cierto, en caso de que mataras a Nancy Wilks o sepas quién lo hizo, acuérdate de lo poco que me costó descubrir lo de la escayola.

Antes de que Shem o Mitch pudieran reaccionar, Cara salió al pasillo.

Cuando volvieron al coche de Cara, Mitch se sentía orgulloso de sí mismo por no haber estallado. Pero ni siquiera cuando le hizo notar su imprudencia a Cara ésta se dio por enterada.

—Por supuesto que dudo que O'Hallihan matara a Nancy —reconoció ella, mirándolo mientras esperaban en un stop. Parecía tan exasperada como él.

—Entonces, ¿por qué lo has acusado de esa manera? No me estarás ocultando algo, ¿verdad?

—Yo no hago esas cosas —le replicó Cara como si lo acusara, y su voz se enfrió un poco más—. Pensaba que las razones eran obvias.

—Pues hazte a la idea de que soy muy corto e ilumíname con tu sabiduría.

Ella le lanzó una sonrisa. En los confines del coche, Mitch aspiraba su suave perfume, que le recordaba al cielo después de una tormenta o a una montaña cubierta de flores.

—Quiero que todo el mundo esté en ascuas —dijo ella—. Como agente de la ley, tú no puedes utilizar licencias poéticas para poner nerviosos a los sospechosos hasta que uno se revele como el asesino, pero como reportera y defensora de los derechos de la Primera Enmienda, yo sí puedo —frunció el ceño—. Hablando de licencias poéticas, no sé ni cuántas metáforas acabo de mezclar.

Mitch no quería reírse, pero se rió. En realidad, lo que quería era ponerse a jugar con un par de rizos rojos que se agitaban cada vez que Cara movía la cabeza y lo miraba. Aquellos rizos parecían suplicarle que los domara.

Sí, claro. Como si él pudiera domar a Cara y mantener sus encantadores labios sellados para que no fuera por ahí provocando con sus insinuaciones a todos sus enemigos. Aquello podía ponerles en bandeja a un sospechoso de asesinato, o podía empujar a algún inocente a matar a Cara.

Mitch sintió que el horror lo envolvía como una manta vieja y sucia. No permitiría que eso sucediera. Se aseguraría de que Cara estuviera a salvo.

—¿Quieres que te deje en la oficina? —preguntó Cara.

No. Al menos, de momento. Era sólo la hora de comer, y Cara ya había recibido una llamada amenazadora y había acusado veladamente de asesinato a un hombre que la odiaba a muerte. Shem O'Hallihan se había puesto a maldecir a diestro y siniestro tras oír las últimas palabras de Cara, aunque seguramente ella no se había enterado de nada. Mitch no pensaba perderla de vista.

—Tengo hambre —dijo, viendo que habían llegado al centro de Mustang Valley—. Vamos a comer algo —señaló el bar de Dot, que estaba prácticamente a su lado.

—Vale —dijo Cara, y aparcó. Cuando se reunió con Mitch en la acera, dijo—. ¿Sabes?, según mi artículo nos la tenemos jurada. Puede que no sea buena idea que nos vean juntos por la ciudad.

Tenía razón, pensó Mitch de mala gana. Y no sólo por su supuesta enemistad. Ben Wilson le había dejado bien claro que no quería verlo con Cara.

Además, iba de uniforme. Cualquiera podía suponer que estaba de servicio. Sin embargo, no pensaba dejarla sola.

—Ya nos las apañaremos —dijo—. Siempre podemos ponernos a discutir, para disimular.

Un minuto después, tras avisar a la dependienta de que estaba en su hora de descanso, Mitch empujó la puerta del restaurante con un brazo extendido para que Cara pudiera pasar por debajo. Pero ella le rozó el pecho con el brazo al cruzar la puerta, y aquella leve y fugaz caricia lo puso a cien. Se

preguntó de nuevo cómo sería acariciar su piel desnuda.

«Intenta concentrarte», se ordenó. Entrando tras ella, paseó la mirada por el local. El bar de Dot, un establecimiento muy popular en la ciudad, estaba lleno, a pesar de que ya era tarde para comer. Al menos había un asiento libre junto a la pared. Mitch agarró suavemente a Cara del codo y la condujo hacia allí.

Sólo después de que se sentaran notó Mitch que no había mirado bien. Sentados en un rincón, al otro lado del local, había un par de compañeros suyos. Uno era Hurley Zeller, que lo miraba fijamente, con una expresión desagradablemente complacida y desdeñosa.

Cara tenía que admitir, aunque fuera para sus adentros, que comer con Mitch era una delicia.

Fuera o no recomendable que los vieran juntos, allí estaban en público, de modo que acordaron no hablar de la investigación. Alguien podía oírlos, y a ella no le apetecía fingir una discusión.

Charlaron de cosas sin importancia. Y al final acabaron hablando de Escopeta Sally.

—¿De veras crees que las historias que se cuentan sobre ella son ciertas? —preguntó Mitch, y le dio un mordisco a su sandwich de carne.

—Claro —dijo Cara tras masticar un pedazo de su cruasán de pavo—. Incluso las que parecen contradecirse las unas a las otras pueden explicarse por el hecho de que Sally era una periodista todoterreno, dispuesta a desvelar los escándalos de corrupción de toda clase que había en el condado de Mustang en su época.

La sonrisa melancólica de Mitch hizo que a Cara le dieran ganas de acariciarle el pelo moreno. Y tal vez de abrazarlo.

—Mi madre me contaba muchas historias cuando era pequeño —dijo él en voz tan baja que Cara tuvo que aguzar el oído para escucharlo—. La mayoría eran cuentos fantásticos, fábulas sobre coyotes que engañaban a zorras, y sobre las lecciones que les daba la Madre Tierra. No sé si las sacaba de las leyendas de su pueblo o si se las inventaba, pero siempre tenían moraleja.

—Tu madre es india, ¿verdad?

—Sí —su semblante quedó de pronto inexpresivo. ¿No estaba orgulloso de su ascendencia? Cara sabía que había muchos cretinos llenos de prejuicios que despreciaban a la gente con ancestros indios. Incluso había oído algunas de las burlas que se lanzaban contra el padre de Mitch porque su esposa era india. ¿Cómo había afectado eso a Mitch? De pronto le entraron ganas de saberlo.

—Háblame de ella —le dijo.

Mitch parpadeó como si acabara de recordar con quién estaba. Luego sonrió con desgana.

—Siempre me desconcertaba. Echaba mano de su ascendencia india para contarme esas historias maravillosas que hacía que me enorgulleciera de su origen, pero luego, casi al instante, se ponía a hablar mal de la gente que se dejaba vencer y que se negaba a vivir en el mundo real de sus conquistadores.

Cara sintió una oleada de compasión al pensar en el niño confundido que debía de haber sido Mitch.

—Supongo que era difícil para ti —dijo.

—A veces. Pero ella decía que siempre había querido vivir en una ciudad, rodeada de gente de todas clases. Y mi padre y ella estaban muy unidos. Él siempre la apoyaba, hasta que... —su voz se apagó, y Cara comprendió que estaba pensando en el suicidio de su padre. Antes de que pudiera decir algo compasivo, Mitch prosiguió—. Mi madre tenía una ascendencia heterogénea. Aunque era india de pura cepa, sus antepasados eran una mezcla de chickasaws y choktaws. Eso le permitía entender lo que era para mí ser un mestizo, y hablaba mucho de ello, siempre intentando que me sintiera orgulloso por tener las mejores cualidades de todos mis ancestros. Pero...

—¿Pero qué?

Él se encogió de hombros. Sus ojos se posaron un momento más allá del hombro de Cara. Ella se giró y miró en aquella dirección. Unos agentes del Departamento del Sheriff acababan de levantarse de un asiento. Uno era Hurley Zeller. Cara sabía que Zeller y Mitch no se llevaban bien.

Mitch saludó fríamente a Zeller con una inclinación de cabeza cuando éste pasó a su lado. Cara imaginó por la repentina rigidez de los hombros de Mitch que su conversación había terminado. Pero él dijo:

—Eres una buena periodista, ¿sabes? —no parecía muy complacido, y sus ojos tenían un brillo de exasperación—. Casi no te hace falta abrir la boca para que la gente te cuente su vida.

—Gracias —dijo ella.

—Pero esto era una simple conversación —dijo él con frialdad—. Extraoficial. No vas a escribir ninguna historia sobre mí, sólo sobre la investigación. Y sólo sobre lo que yo te deje publicar.

Ella parpadeó, desconcertada por aquel repentino ataque y enojada por su injusta insistencia en que escribiera únicamente lo que él le permitiera.

—Cumpliré lo que acordamos —dijo, procurando disimular su enojo.

Acabó su sandwich en silencio. ¡Maldito fuera Mitch! Y, encima, su conversación había quedado a medias. De pronto se daba cuenta de lo poco que sabía sobre Mitch Steele y su pasado y estaba ansiosa por averiguar algo más. Porque, a pesar de lo que dijera él, necesitaría información cuando escribiera su reportaje sobre el asesinato de Nancy Wilks y sobre cómo el ayudante del sheriff Mitch Steele, con su ayuda, por supuesto, había solucionado el caso, relacionándolo además con los otros asesinatos. Por otra parte, y desde un punto de vista más realista, se daba cuenta de que estaba totalmente fascinada por Mitch. Quería saber qué le rondaba por la cabeza. Qué lo impulsaba a actuar.

Mientras recogía su bolso con intención de pagar la cuenta, sonó su teléfono móvil. Rebuscó en el bolso unos segundos y lo encontró. El identificador de llamadas indicaba que la llamada procedía de su línea en el despacho de *La Gaceta*.

—Hola, Cara —dijo una voz al otro lado—. Soy Della Santoro. Estoy en tu despacho. Te he traído unas cosas sobre Escopeta Sally.

—Estupendo. Ahora mismo voy para allá.

—Bien —Cara estaba a punto de colgar cuando oyó de nuevo la voz de Della—. Hoy no he comido. ¿Te importa que me coma uno de tus caramelos?

—No, claro que no —menos mal que se había acordado de rellenar el tarro de las bolitas de chocolate blanco.

Cara intentó dejar a Mitch en las oficinas del Departamento del Sheriff, pero al parecer él se había empeñado en pegarse a ella como una lapa. Cara

no lo entendía. Tan pronto se ponía a darle órdenes y a cuestionar su honor como periodista, como se pegaba a ella como si le importara lo que le pasase. Lo más probable era que no quisiera que ella encontrara alguna pista clave para la investigación y no se lo dijera.

Pero, a fin de cuentas, Cara se alegró de que estuviera con ella cuando paró en el aparcamiento de *La Gaceta* y vio que había una ambulancia esperando.

—¿Qué pasa? —le preguntó a una de las becarias que estaban junto a la puerta, llorando a moco tendido.

—Una mujer ha sufrido un infarto —dijo la chica—. En tu despacho.

—¡Oh, Dios mío! ¡Della! —Cara apartó a la chica de un empujón y advirtió que Mitch la seguía.

Cuando llegó a su despacho, tuvo que abrirse paso entre la gente que se agolpaba en la puerta.

—¿Qué le ha pasado a Della? —le preguntó a Beau, que estaba junto a la puerta, con los hombros caídos y los tirantes flojos.

—Todavía no lo sabemos —dijo él.

Cara se acercó un poco más y vio que Della estaba en el suelo, rodeada de personal sanitario.

—Apártese —le gritó uno de los médicos.

—¿Qué demonios...? —dijo Mitch. Enseñó su placa y se acercó a la mesa de Cara. La observó un momento y utilizó un sobre de papel de estraza para mover una caja roja que había en medio de la mesa.

—Comprueben si están envenenados —les ordenó a los sanitarios.

—Pero ¿qué dices? —preguntó Cara.

El señaló la caja con la cabeza. Una caja de caramelos. Sobre ella había pegada una tarjeta abierta que decía: «*Para Cara, de Mitch*».

—Yo no he mandado esto —dijo él con una mueca agria.

Cara notó que le flaqueaban las rodillas al darse cuenta de quién le había enviado aquella caja. Un asesino. Porque, si los caramelos estaban envenenados, iban dirigidos a ella.

Capítulo 12

Mientras los médicos hacían su trabajo, Mitch hacía el suyo. Primero llamó al Departamento del Sheriff para dar el aviso y solicitar el envío de refuerzos y de un equipo de la división forense. Luego comenzó a investigar aquel último incidente, sin quitarle ojo a Cara mientras lo hacía.

Ella permanecía apoyada en la pared del despacho, perpleja y asustada, con los brazos cruzados sobre el pecho en un intento de refrenar sus emociones. Mitch la notaba temblar bajo su larga falda azul, pero ella se negaba a salir del despacho mientras Della estuviera allí.

Mitch deseaba tomarla en sus brazos y reconfortarla. Pero, como le sucedía a menudo últimamente, sus deseos entraban en conflicto con las acciones que se obligaba a emprender. Por una parte, no quería avergonzarla delante de sus amigos y compañeros de trabajo. Por otra, tenía cosas que hacer. Además, el mejor consuelo que podía ofrecerle era descubrir la verdad.

¿Quién quería hacerle daño a Cara? Aquellos caramelos iban destinados a ella. Y la tarjeta decía que se los había mandado él. Mitch tenía ganas de hacerle tragar todos los malditos caramelos a aquel hijo de perra, fuera quien fuese.

Fuera del despacho, le preguntó a Beau Jennings si sabía de dónde procedían los caramelos. Jennings respondió que no, lo cual no era de extrañar. Nadie en *La Gaceta* recordaba haber visto un envío sospechoso. A la redacción del periódico llegaban toda clase de cosas: cartas, folletos publicitarios, papel y otros suministros de imprenta... Todo el mundo debía pasar, supuestamente, por el mostrador de recepción, pero era fácil que se hubiera colado un mensajero cargado con un paquete potencialmente mortal.

Mitch estaba en el pasillo, junto al despacho de Cara, hablando con un técnico forense, cuando un médico salió de espaldas por la puerta a toda prisa, guiando una camilla en la que llevaban a Della Santoro y sujetando una bolsa de plástico enganchada al tubo de una vía intravenosa. Della, aunque todavía viva, estaba tan pálida como la sábana que la cubría y tenía los ojos cerrados.

Mitch tenía preguntas que hacerle. Confiaba en tener la oportunidad de hablar con ella, aunque aquél no fuera el momento.

Cara salió detrás de la camilla.

—¿Adonde la llevan? —les preguntó a los médicos.

Le dijeron que al hospital más cercano, en una ciudad más grande, cerca de Fort Worth. Eso significaba que Della estaba lo bastante estable como para aguantar un trayecto que, incluso a toda velocidad y con la sirena puesta, duraría al menos media hora.

—¿Podemos acompañarla? —preguntó Cara.

Para entonces habían llegado ya los técnicos forenses que se habían hecho cargo del asesinato de Nancy Wilks. Se encargaron de la caja de caramelos y registraron el despacho de Cara en busca de huellas dactilares o cualquier otra pista. La ayudante del sheriff Stephanie Greglets también había acudido. Al igual que Hurley Zeller.

Se estaba haciendo tarde. Mitch estaba a punto de acabar su turno. Pero, si se iba con Cara, jamás sabría cómo acababa aquello. Zeller informaría a Ben Wilson de que Mitch había desobedecido sus órdenes directas. Pero Cara no podía quedarse allí.

Para conseguir su objetivo prioritario, Mitch tenía que aferrarse a su empleo en el Departamento del Sheriff. Pero, si lo perdía, qué se le iba a hacer.

—Sí —le dijo a Cara—. Vámonos.

—Della, éste es el ayudante del sheriff, Mitch Steele —le dijo Cara a la mujer delgada, de pelo negro y ojos castaños que permanecía tumbada en la cama—. Quiere hacerte algunas preguntas.

Su voz era suave, pero sonaba algo más fuerte. Mitch se alegró. Tal vez Cara estuviera superando el trauma. Sí, su curiosidad y su insistencia seguían irritándole, pero ésa era la Cara que conocía y que apreciaba. La Cara que le importaba.

¿De dónde demonios había salido aquella idea? La arrumbó a un rincón de su cabeza para masticarla más tarde... y escupirla, antes de que le causara más problemas.

Se acercó a la cama deslizándose con ligereza sobre el suelo pulido del hospital, a pesar de las pesadas suelas de goma de sus botas de trabajo.

—Hola, Della. Me gustaría que me ayudaras a descubrir quién te ha hecho esto contestando a algunas preguntas.

—Lo intentaré —la voz de Della era débil.

Mitch se inclinó sobre ella y notó un olor a desinfectante mezclado con otro más agrio. A fin de cuentas, a aquella pobre mujer le habían lavado el estómago.

El breve interrogatorio resultó inútil. Los caramelos estaban encima de la mesa cuando llegó Della. Ésta le había pedido permiso a Cara para comerse uno.

—Lo siento muchísimo, Della —dijo Cara—. Ni siquiera sabía lo de esos caramelos. Pensaba que te referías a mis bolitas de chocolate blanco.

—No es culpa tuya, Cara —dijo Della.

Pero, por la expresión abatida de Cara, Mitch estaba seguro de que se sentía culpable. Había hablado con ella sobre ese asunto, pero, por otro lado, entendía muy bien cómo se sentía. El mismo creía que podía controlar cada aspecto de su vida, de modo que, si algo fallaba, tenía que ser culpa suya.

Mitch insistió suavemente en que Della continuara hablando. Ella se había comido el caramelo. Luego había sentido un dolor y se había desmayado.

—Eso es todo lo que sé, agente —parecía compungida.

—Ha sido usted de gran ayuda, señorita Santoro. Y, para los amigos de Cara, soy simplemente Mitch.

—No sabía que los policías concedieran entrevistas sobre casos abiertos, Mitch —los ojos castaños de Della se posaron en él por primera vez—. Cara me dijo que eres tú quien se encarga de la investigación de la muerte de Nancy. Sé que ella también está investigando. Y tenía entendido por el artículo de *La Gaceta* que estabais en desacuerdo sobre el tratamiento que le estaba dando el periódico al asunto.

Della era una mujer atractiva. Tenía una fina estructura ósea, aunque su barbilla era demasiado plana. Y nadie estaba guapo con aquellos feos camisones de hospital. Mitch sabía que era profesora. Cara se lo había dicho. Pero lamentaba que aquella mujer no se guardara sus lecciones para sí misma.

Antes de que Mitch respondiera, Cara se acercó a la cama y dijo:

—No le estaba haciendo una entrevista sobre... sobre el asesinato de

Nancy —dijo, tartamudeando un poco al acabar la frase—. Hemos llegado a un acuerdo —continuó Cara—. Yo no citaré sus palabras a menos que me dé permiso, lo cual no sucederá, estoy segura, hasta que se sepa algo seguro, y, mientras tanto, cada uno investiga por su cuenta e informa al otro de lo que averigua.

Mitch se descolgó del resto de la conversación, aunque volvió a prestar atención cuando Cara y Della se pusieron a especular sobre quién había mandado los caramelos. Éstos iban a ser enviados a analizar a Dallas.

—Te había llevado algunas cosas sobre Escopeta Sally —estaba diciendo Della—. ¿No querías saber dónde vivía, dónde estaban las tierras de su familia? Lo busqué y encontré algo, aunque todavía no lo he comprobado. La finca estaba en el lado este de la ciudad. Te dejé unas fotocopias encima de la mesa.

—Espero que sigan allí —dijo Cara—. Pero no te preocupes por eso ahora. Concéntrate en recuperarte, ¿de acuerdo?

—Claro —Della se hundió entre las almohadas y cerró los ojos.

—Mañana te llamo —dijo Cara—. Ahora, intenta dormir un poco.

Era medianoche cuando Cara regresó a su apartamento. Mitch condujo desde el hospital y aparcó en un espacio vacío del aparcamiento del edificio.

—Gracias —Cara giró la cabeza y consiguió sacar fuerzas para sonreírle—. Por todo.

Lo decía en serio. La presencia de Mitch había hecho más llevaderas las cosas terribles que habían pasado ese día: la llamada amenazadora, la tensa entrevista con Shem O'Hallihan, el atentado contra su vida que había estado a punto de acabar con Della...

—De nada —él abrió la puerta y salió del coche.

Un instante después, la ayudó a salir del automóvil. Ella alzó la mirada hacia su cara, bajo la luz blanquecina de las farolas del edificio. El último beso que se habían dado aún giraba en su cabeza. Quería que la besara de nuevo. ¿Lo notaría él en sus ojos?

Oh, sí. Un momento después, Mitch la rodeó con sus brazos y la besó. Dios, qué bien besaba. Su cuerpo, recio y duro, se mecía contra ella mientras la saboreaba, usando la lengua para insinuar lo que realmente quería.

Y lo que ella también quería. Aquel tozudo, irritante y atractivo agente de la ley se había metido bajo su piel. El deseo se ensortijaba como humo a través de ella. Sonrió contra la boca de Mitch y se apartó suavemente, aun sabiendo que aquélla era una de las cosas más duras que había hecho nunca.

Aunque, hablando de cosas duras... Tal vez su boca se hubiera apartado, pero sus caderas no. Cerró los ojos y reunió fuerzas. Luego retrocedió.

—Buenas noches, Mitch —musitó.

—Nos diremos buenas noches dentro de un rato —dijo él.

Ella abrió los ojos de par en par y volvió a entornarlos al ver la expresión burlona de Mitch.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella—. El que te deje besarme no es una invitación para otras cosas.

—¿Dejar que te bese? Juraría que tú también has participado, y de buena gana, además —Mitch se acercó de nuevo y la tomó en sus brazos.

Cara no se resistió cuando la besó otra vez. ¿Para qué? Le encantaba que la besara. Y deseaba algo más que besos. Pero no podía ceder a aquel deseo. No tenía prisa por ponerle fin a aquel beso, pero al final murmuró de nuevo contra los labios de Mitch:

—Buenas noches, Mitch.

—Voy a entrar contigo, Cara —dijo él, y sus palabras reverberaron en el interior de Cara.

¿Se sentía tentada? Desde luego que sí. Pero dijo:

—De eso nada.

—Si crees que voy a dejarte sola esta noche después de lo que ha pasado, estás muy equivocada.

Ella se puso tensa e intentó apartarse.

—No hace falta que...

—Sí, hace falta. Y, si no quieres que te toque, no lo haré. Aunque si puedo convencerte...

—En tus sueños, Steele —Cara intentó controlar su respiración desigual mientras lo miraba con fijeza.

—Desde luego que sí —dijo él.

Al diablo con aquel suplicio, pensó Cara un rato después. Estaba tumbada en la cama, completamente despierta. Su casa tenía un solo dormitorio, así que Mitch estaba en el sofá del cuarto de estar. Como había insistido tanto en quedarse, Cara había accedido al fin, aunque no le había ofrecido una cama.

«Que sufra», había pensado. Pero era ella la que estaba sufriendo. Porque seguía reviviendo aquel último beso. Y el fuego que sentía en su interior se resistía a apagarse, incluso después de una ducha tibia. No había recurrido a una fría, pero tal vez tuviera que hacerlo. O quizá pudiera controlar aquel fuego de otra manera.

Como era verano, dormía con un camisón de seda corto que dejaba desnudos sus brazos y piernas. Era de color azul claro, no muy seductor, pero ¿qué más daba? Salió de la cama y se dirigió a la puerta.

La abrió y se quedó escuchando un momento. La única luz que había procedía de las farolas del complejo de apartamentos, que se filtraba entre las rendijas de la persiana del cuarto de estar. Si Mitch roncaba, ella no lo oía. Se dirigió sigilosamente hacia el sofá.

—¿Mitch? —susurró, sin saber si quería despertarlo si dormía.

—¿Qué pasa? —preguntó él de inmediato. Tenía la voz enronquecida por el sueño.

—¿Tú qué crees? —ella se acercó al sofá—. Sólo me han amenazado dos personas en los últimos dos días, y una o más han intentado matarme.

—Lo sé —dijo él en las sombras. Estaba tumbado sobre las sábanas que ella le había dado. Se había quitado la ropa, salvo los calzoncillos blancos, que parecían brillar en la penumbra, llamando la atención sobre esa parte de su cuerpo. Tenía el pecho salpicado de un vello tan negro como su cabello—. Por eso estoy aquí —continuó—. Te prometo que estarás a salvo. Puedes relajarte.

—No, no puedo. Ésa no es la única razón por la que no puedo dormir —ella se sentó a su lado—. ¿Adivinas qué me pasa? —dejó que una de sus manos se posara sobre los tensos músculos del pecho de Mitch.

El dejó escapar un gruñido.

—Cara, no creo que quieras hacer esto.

—Sí que quiero.

Tal vez ella hubiera tomado la iniciativa, pero Mitch le siguió enseguida el juego. La presa se convirtió en cazador cuando la rodeó con sus brazos, atrayéndola hacia sí. Su contacto era cálido y una leve pátina de sudor cubría su piel. Olía al gel de ducha de Cara, pero aquel olor se mezclaba con su peculiar aroma, tentador y viril.

—Esto no está bien, Cara —musitó él, pero antes de que ella pudiera contradecirle, la besó de nuevo.

Ella había creído que sus besos anteriores eran sensuales, pero en realidad eran castos comparados con aquél. El erótico juego de su lengua la volvía loca de deseo.

O tal vez fuera porque la estaba tocando sin restricciones. Sus dedos se zambulleron bajo el cuello del camisón de Cara y buscaron sus pechos, excitando un pezón y luego el otro, hasta que ella gimió de placer. Un calor húmedo manaba de ella. Quería más.

Quería a Mitch.

Se lo demostró del mejor modo que sabía. Deslizó las manos desde su espalda recia hasta sus glúteos prietos y sobre sus calzoncillos, hasta que encontró lo que quería: aquello cuya presión ya sentía contra ella. Su miembro, grueso y rígido, demostraba que él no hablaba en broma cuando, lamiéndole el lóbulo de la oreja, le susurró ásperamente:

—Te deseo. Ahora.

Aquello disparó el termostato del deseo, ya ardiente, de Cara. Sin embargo, no cedería tan fácilmente a la tentación. No quería que él pensara que estaba al mando.

—No —dijo en voz alta, intentando ignorar sus propios jadeos. Aunque no dejó de acariciar el miembro erecto de Mitch, se apartó de él un poco.

—¿No? —él parecía sorprendido. Gruñendo, intentó apartarse. Pero ella no lo dejó. Siguió acariciándole con suave firmeza—. Cara, si no me dejas parar ahora, ya no seré capaz de parar.

—¿De veras? —murmuró ella—. ¿Quieres decir que, si no paro dentro de tres minutos, me obligarás a continuar?

—No bromees —le advirtió él. Y ella gimió al sentir de pronto su mano áspera sobre su sexo. El la acarició tentadoramente, con rapidez, utilizando dos dedos.

—No —dijo ella.

—¿No? —dijo él con voz áspera, dejando de acariciarla.

Ella le agarró la mano y la movió hasta que él empezó a acariciarla de nuevo.

—No, no bromeo —dijo ella a modo de explicación. Y luego no dijo nada durante largo rato, mientras él la excitaba hasta el punto de ebullición y más allá, deteniéndose sólo una vez para sacar un preservativo de un bolsillo de sus pantalones, tirados en el suelo.

Cuando la penetró, ella dejó escapar un grito. Y muy pronto alcanzó el gozo que tanto ansiaba, mientras oía los gemidos de Mitch y sentía su clímax.

Aquella noche hicieron el amor al menos tres veces más. Cara perdió la cuenta. Y perdió también la noción del tiempo y del espacio. Cuando se despertó, a la mañana siguiente, descubrió que, sin saber cómo, habían acabado en la cama.

Lo cual era una suerte, pues ella se hallaba justo al lado del teléfono de su mesilla de noche cuando sonó. Sabía quién podía ser a aquellas horas de la mañana. Nadie más la llamaba tan temprano.

—Hola, mamá —masculló, girándose un poco para mirar a Mitch, que se había despertado y estaba sonriendo.

—Ayer oí cosas terribles sobre ti, Cara.

Cara se imaginó a su madre de pie junto al teléfono de la cocina, aferrando con fuerza el aparato, llena de preocupación.

—Probablemente eran exageraciones —a Cara le encantaba vivir en Mustang Valley, donde había crecido. Pero a veces deseaba vivir en Dallas o en Fort Worth, o en cualquier gran ciudad, donde los rumores no circularan como el polvo en una tormenta de arena.

—¿Puedes venir a desayunar? Quiero asegurarme de que estás bien.

Cara miró a Mitch. Estaba tapado con la sábana de cintura para abajo, pero la imagen de su torso musculoso y de sus ojos soñolientos era, de todos modos, sumamente tentadora. Sin embargo, Cara no tenía elección.

—Claro, mamá —Mitch empezó a acariciarle los pechos y Cara intentó refrenar un gemido. Modulando la voz, dijo—. Tengo... algo que hacer primero, pero estaré ahí lo antes posible.

Esa mañana, Mitch llegó tarde a la oficina.

Se había duchado en casa de Cara, lo cual había producido otro irresistible interludio que había mantenido el agua corriendo media hora. O más.

La había acompañado a casa de sus padres, tras arrancarle la promesa de que después se iría derecha al periódico, lo llamaría si veía algo sospechoso por el camino y se quedaría en la redacción hasta que hablaran de nuevo. O, mejor aún, hasta que él fuera a buscarla.

Luego se había pasado por casa para ponerse un uniforme limpio, tomar una taza de café e intentar aclarar sus ideas.

¿Qué había hecho?

Se había dejado seducir por Cara Hamilton. ¿Se había dejado? Demonios, había estado más que dispuesto. Se había tirado a la piscina de cabeza y había disfrutado de cada segundo.

Hacía apenas unos días que se conocían. Ella era víctima y testigo de varios asuntos que estaba investigando. Era una periodista en busca de una noticia. Lo que había hecho con ella era muy poco profesional.

Pero volvería a hacerlo otra vez, si se presentaba la ocasión. De hecho, Cara y él ya habían hablado de verse esa noche y...

—Hola, Steele. ¿Ahora adivinas la hora mirando el sol? —Hurley Zeller lo había visto llegar tarde, naturalmente—. En nuestro mundo hay una cosa llamada reloj, pero es sólo para gente civilizada. Cosa que tú no eres.

—Piérdete, Zeller —gruñó Mitch. Sabía que no debía contestarle, pero estaba empezando a perder la paciencia con Zeller y con la tolerancia que el sheriff mostraba hacia él.

Demonios, también estaba perdiendo la paciencia con el sheriff Wilson. Sospechas aparte, ¿se estaría engañando al pensar que tarde o temprano encontraría pruebas que limpiarían la memoria de su padre? Hasta su amigo Tim Bender, el ayudante del fiscal general, parecía seguirle la corriente sin convicción desde hacía algún tiempo.

Tal vez debía marcharse de una vez por todas. Buscarse un empleo en algún sitio en el que sus compañeros fueran gente realmente civilizada, en vez de simios ignorantes como Hurley Zeller.

Ignorando la fea sonrisa de Zeller, sorteó a los agentes que se hallaban en la sala y se deslizó en su silla.

¿A quién intentaba engañar? No pensaba marcharse del condado de Mustang hasta que resolviera el asesinato de Nancy Wilks. Ni mientras Cara siguiera en peligro.

Y quién sabía. Quizá cuando lo tuviera todo resuelto, encontrara la clave que desvelara la verdad sobre su padre de una vez por todas.

Sí, ya. Tras dos largos años, le caería del cielo una prueba decisiva. Tal vez Zeller tuviera razón respecto a él y sus ancestros indios. Aunque imaginaba que, en estos tiempos, quedaban pocos indios que creyeran que la Madre Tierra o cualquier otra deidad obraba milagros con sólo pedirselo.

Quizá su madre lo creyera. Tendría que seguirle la pista y hacerle una visita algún día. Tal vez así se hallara al fin en paz con sus ancestros. Y con ella.

Sobre su mesa había un sobre grande y cerrado, con la etiqueta del laboratorio. Lo abrió. Era el informe sobre los análisis realizados en casa de Nancy Wilks. Nada reseñable. El arma homicida no había aparecido. No había huellas de posibles sospechosos. Las únicas identificadas pertenecían a Nancy, a Cara, a algunos amigos que no tenían ni móvil ni oportunidad para perpetrar el asesinato, y a un tipo de mantenimiento contratado por el casero. No había pruebas de que hubieran forzado la entrada. Aparentemente, no faltaba nada. No había nada roto, ni desordenado que pudiera indicar un crimen pasional. Nada que pudiera ser lo bastante importante como para que Nancy llamara a Cara en plena noche para que fuera a su casa.

Nada.

¿Quiénes eran los principales sospechosos? Bueno, en Lambert & Church sólo quedaba una persona que podía haberlo hecho: Donald Church. Pero ¿qué motivos podía tener?

La clave estaba en lo que Nancy quería enseñarle a Cara. ¿Tendría algo que ver con algún cliente? La relación con los dos primeros asesinatos y la Ranger Corporation era obvia. ¿Demasiado obvia, quizá? Aun así, Mitch no

podía descartar a Roger Rosales. Pero tampoco podía pasar por alto la posibilidad de que hubiera sido Shem O'Hallihan. El contratista era un sucio hijo de perra que había amenazado a Cara. Y tenía tratos con la Ranger Corporation.

Ya iba siendo hora de juntar todas aquellas piezas.

Mitch se aseguró de que el agente que estaba de servicio en recepción supiera que llevaba el teléfono móvil encima por si alguien necesitaba hablar con él y se marchó pretextando ciertos asuntos oficiales.

En casa de Nancy Wilks tenía que haber algún indicio del asesino o de la razón por la que había sido asesinada. Y Mitch pensaba encontrarlo.

Estaba claro qué genes dominaban en la familia de Cara. Ella lo sabía desde niña, sobre todo cuando su hermano, y luego se hermana, nacieron con el pelo crespo y rojo. Un pelo que se había ido rizando como el suyo al hacerse mayores. Como el suyo y como el de su padre, Charley Hamilton.

Un pelo fantástico. Y único. A Cara le encantaba.

Su madre, Ada, tenía el cabello corriente, de color castaño claro, que había ido volviéndose rubio a medida que ella se hacía mayor y más atrevida. Ahora era de un suave color platino y enmarcaba una cara bastante juvenil para una mujer de casi cincuenta años.

Salvo cuando fruncía el ceño, como en ese momento, inclinada sobre la mesa del desayuno. Estaban sentadas en la cocina de la casa de Mustang Valley en la que había crecido Cara: una casa amplia, de estilo ranchero, con habitaciones para cada uno de ellos. Ya sólo vivían en ella los padres de Cara, y ella era la única de los hermanos que seguía en la ciudad. Su hermano Alien era contable en Austin, y sus hermana Leona estaba haciendo un master en Dallas.

—¿Es verdad que la pobre Della Santoro se puso enferma en tu despacho? —preguntó su madre.

—Por desgracia, sí —Cara rezaba para que las malas lenguas no hubieran aireado lo que ya sospechaba. Pero sus rezos sirvieron de poco.

—¿Y fue por comer un caramelo que te mandaron a ti? ¿Un caramelo envenenado?

—La gente exagera, mamá. La policía ha mandado los caramelos a un laboratorio, pero no hay razón para pensar que...

—Claro que hay razón para pensarlo, o nadie lo sugeriría.

Cara miró a su padre, rogándole ayuda. Pero aunque él solía hacer entrar en razón a su madre, esta vez parecía tan preocupado como ella.

—Hace unos días, una camioneta intentó atropellarte —dijo él con aspereza. Por lo menos no se habían enterado aún de la agresión en el parque—. Cara, sea lo que sea lo que estás investigando, no merece la pena. Olvídalo, ¿de acuerdo?

—Tendré cuidado, os lo prometo —aquello soslayaba la cuestión, y su padre se dio cuenta. No tenía buena cara—. ¿Qué tal va el negocio? —preguntó Cara, intentando cambiar de tema. Su padre tenía una próspera aunque pequeña empresa de calefacción y aire acondicionado.

—Bien, cariño —su padre se lanzó a contarle que había reparado el aire acondicionado de una residencia de ancianos sin cobrar ni un céntimo. Cara anotó mentalmente que debía asegurarse de que su altruismo apareciera en el periódico.

Al parecer, las malas lenguas no habían aireado su relación con Mitch Steele. Por fortuna. Cara no sabía cómo habría afrontado la cuestión. La suya era una relación profesional, basada en el deseo compartido de resolver el asesinato de Nancy. Pero lo de la noche anterior era mucho más. Aunque nadie sabía adonde podía llevarlos aquella pasión. Ella no tenía ni idea de adonde quería que condujera su relación, aparte de a la cama más cercana. Pero, una vez resolvieran el asesinato, ¿qué pasaría? Mitch no le había hecho ninguna promesa. Ni ella tampoco a él.

Cara no quería pensar en eso. Iría tomándose las cosas día a día. O, mejor dicho, noche a noche...

—Baja de las nubes, Cara —le dijo su madre—. ¿Más tortitas, cielo?

—No, gracias. Pero están buenísimas —su delicioso olor a arándanos todavía llenaba la cocina—. Tengo que irme corriendo.

Les dio un beso y prometió de nuevo tener cuidado y llamar pronto. Y luego salió a la calle.

Le encantaba la zona residencial, confortable y antigua, donde residían

sus padres. Todavía conocía a casi todos los vecinos. Pero en ese momento se alegraba de que no hubiera ninguno en los jardines abrasados por el sol. Pues, en aras de resolver finalmente el asesinato de Nancy Wilks y, con un poco de suerte, descubrir su conexión con las otras dos muertes, Cara había tenido una idea digna de Escopeta Sally. Iba a trabajar encubierta, y para eso necesitaba un disfraz.

Se dirigió al garaje, donde su padre guardaba un montón de cosas relacionadas con su negocio, incluyendo uniformes. Y un instante después se transformó en un técnico calefactor.

Capítulo 13

Mitch aparcó su coche oficial junto a la acera de la calle Caddo y se acercó al edificio Victoriano reformado en el que había vivido Nancy Wilks.

Devolvió el alegre saludo de Bea Carrow, la curiosa vecina de arriba de Nancy, pero se alegró de que John Ayres, el propietario del inmueble, no estuviera por allí. Abrió la puerta con la llave que había sacado del archivo del Departamento y pasó bajo la cinta policial amarilla.

La casa olía a cerrado. Daría orden a los técnicos forenses para que hicieran un barrido más, repasaría en persona la escena del crimen personalmente y luego le devolvería la casa a Ayres.

Atravesó sin detenerse la entrada pintada de colores pastel y recorrió el corto pasillo que llevaba al dormitorio donde Nancy había sido encontrada. No había signos de violencia, de modo que, o bien ella había dejado entrar a su asesino en la habitación, o había corrido hasta allí desde cualquier otra parte de la casa. Eso significaba que lo que había querido enseñarle a Cara podía estar en cualquier parte..., siempre y cuando no se lo hubiera llevado el asesino, lo cual era mucho suponer. Aun así, Mitch pensaba registrar la casa palmo a palmo, por si acaso.

Mitch era un profesional. Sabía cómo mantener la distancia. Pero hallarse en el dormitorio que había pertenecido a una mujer viva, a una amiga de Cara, le produjo de pronto un extraño desasosiego. Tal vez fueran sus ancestros, que le hablaban. Sus ancestros por ambas partes. El pueblo de su madre creía en los espíritus, tanto humanos como animales. ¿Estaría aún allí el espíritu de Nancy, guiándolo? ¿O era el espíritu de su padre el que guiaba a Mitch en su búsqueda?

No vio nada fuera de lo normal en el dormitorio de Nancy, que parecía el refugio de una mujer solitaria, lleno de libros de todas clases. El televisor era grande y estaba en una peana, frente a la cama. Todo indicaba que Nancy dormía sola.

En el cuarto de baño, Mitch inspeccionó el armario de las medicinas, casi vacío, y la parte de abajo del lavabo, llena de productos de limpieza. Nada llamó su atención. Aun así, levantó cada envase, lo examinó cuidadosamente y miró detrás. Y luego se dirigió al cuarto de estar.

Éste contenía el mobiliario habitual, además de numerosas estanterías

llenas de libros. Mitch lo revisó todo cuidadosamente, sacando cada libro para asegurarse de que no ocultaba nada detrás.

Un libro en concreto atrajo su atención. Parecía antiguo y tenía la pasta de cuero marrón, resquebrajada. En la portada ponía: La leyenda de Escopeta Sally.

«Vaya», pensó Mitch, «esto le interesaría a Cara».

«Esto le interesaría a Cara...»

Demonios, ¿sería aquello lo que había querido enseñarle Nancy? Mitch sacó cuidadosamente el libro y lo hojeó.

Entonces notó algo extraño: en algunas páginas había pegadas notitas amarillas. Con anotaciones. ¿De quién serían?

Fuera quien fuese quien había escrito aquellas notas, Mitch estaba seguro de que aquélla era la razón de que Nancy hubiera llamado a Cara.

Gracias a la guía de los espíritus, o a sus habilidades detectivescas, o a una mezcla de ambas cosas, lo había encontrado.

Y aquello lo conduciría de algún modo al asesino de Nancy.

Debería haberse llevado una de las furgonetas de su padre, pensó Cara mientras bajaba por un callejón que daba a la calle Mayor, con una vieja caja de herramientas en la mano. Pero su padre se habría dado cuenta enseguida. Y habría sospechado lo que estaba tramando.

No, mejor así.

Había conducido describiendo meandros para asegurarse de que nadie la seguía. Tras convencerse de que nadie iba tras ella, se vistió apresuradamente en los aseos vacíos de un parque, a las afueras de la ciudad. De ese modo, nadie notaría que entraba una mujer con pelo rojo y rizado, vestida con una falda larga, y salía un tipo con uniforme de fontanero y una gorra... los dos pertrechados con la misma bolsa de deporte. Condujo de vuelta al centro con las mismas precauciones y dejó el coche en el aparcamiento de una iglesia que estaba desierta entre semana.

Le había prometido a Mitch irse derecha al trabajo después de desayunar con sus padres. Y había ido derecha al trabajo... aunque no a su oficina.

Él se pondría furioso. Pero, por más que temblara la tierra cada vez que hacían el amor, no temblaba lo suficiente como para que ella se convirtiera de pronto en un ratoncito obediente. Tenía que hacer su trabajo, igual que él. Y hasta Mitch se alegraría si encontraba alguna pista.

«Yo también tengo un amante policía, Sally», pensó con regocijo. Y, al igual que Sally y su novio, Zachary Gale, Mitch y ella estaban trabajando codo con codo para resolver un asesinato.

«Creo que estoy enamorada, Sally», pensó. ¿Qué diría Escopeta Sally a eso? Cara casi podía oírle decir: «No hay nada más dulce, niña, que tener esperándote en casa a un hombre que sepa hacer algo más que disparar bien».

Borrando su sonrisa, Cara se dirigió hacia el bello y antiguo edificio que albergaba las oficinas de la Ranger Corporation. Aquél no era un barrio muy transitado, y a aquella hora de la mañana ella era la única persona que paseaba por ese lado de la calle.

Al llegar ante la vetusta puerta del edificio, entró con la cabeza gacha, mirando su reloj. Ya había llamado para preguntar por Roger Rosales. Erma, la recepcionista, le había dicho que estaba fuera, en una reunión, y Cara le había sonsacado que no volvería hasta las once. Le había dado las gracias a Erma y le había dicho que volvería a llamar.

Cuando llegó frente al mostrador de recepción, rezó porque Erma, a la que había visto en su anterior visita, no la reconociera. Poniendo una voz baja y ronca y dijo:

—Soy de la empresa de calefacción Hamilton. El portero del edificio quiere que revisemos el aire acondicionado del despacho del señor Rosales. Debe de haberse quejado.

Por suerte, Erma, que tenía extendida ante sí una hoja de cálculo, apenas levantó la mirada.

—No me ha dicho nada —gruñó, y señaló hacia la puerta más cercana, que estaba cerrada—. Adelante.

Cara entró en el despacho de Roger. Esta vez, no tendría que leer los archivos del revés. Estaba decidida a averiguar quién intentaba impedir que siguiera investigando. De ese modo, también averiguaría quién había estado a punto de matar a Della Santoro.

Quedaba una hora para las once, pero no podía perder ni un momento, de

modo que se dio prisa, parándose de vez en cuando para hacer ruido con las herramientas como si estuviera revisando el aire acondicionado.

No encontró nada que no hubiera visto ya sobre la suntuosa mesa de caoba de Roger. Tampoco había armarios archivadores. Comprobó los cajones de la mesa. Por suerte, no estaban cerrados con llave.

El más profundo de la derecha contenía archivos. Cara los miró rápidamente hasta que encontró uno que parecía prometedor. ¡Sí! Contenía un organigrama de la Ranger Corporation y sus empresas subsidiarias. Entre ellas estaban la Eastern Mustang Property Acquisition y la Texas Mustang Valley Sites, las compañías que se habían hecho con el control de las tierras que rodeaban el rancho de Bart Rawlins a las afueras de la ciudad.

Así pues, la Ranger Corporation estaba comprando tierras a través de sus empresas afiliadas. Pero ¿por qué? ¿En qué consistían exactamente sus planes? ¿Eran lo bastante importantes como para perpetrar tres asesinatos? Ningún asunto de negocios podía ser tan importante.

Cara miró a su alrededor. Desgraciadamente, no había fotocopiadora. Tendría que llevarse el documento. Mientras doblaba la hoja para guardarla en la caja de herramientas, uno de los nombres de las empresas subsidiarias llamó su atención: Juniper Holdings. ¿Dónde había oído aquel nombre?

Cerró rápidamente la caja de herramientas y salió. Al pasar por la zona de recepción, le dijo a Erma entre dientes que todo estaba bien y se dirigió a la salida. Mientras se acercaba apresuradamente a su coche, miró su reloj. Se había dado prisa. Le había sobrado un cuarto de hora. Pero ¿cuánto tiempo tardaría Roger en darse cuenta de que le faltaba el organigrama de la Ranger Corporation?

Se montó en el coche y encendió el motor. Lo que acababa de hacer era ilegal. ¿Debía contárselo a Mitch, de todos modos? Seguramente, dado que podía demostrar la extensión de la Ranger Corporation en el condado de Mustang. Y el nombre de la Ranger seguía estando relacionado con los dos primeros asesinatos. Además, así tendría una buena excusa para ver a Mitch. Se moría de ganas de estar con él, después de la noche que habían pasado, y...

¡Mitch! Oh, cielos. Cara recordó de pronto de qué le sonaba el nombre de Juniper Holdings. Era la empresa de la que el sheriff Martin Steele había recibido supuestamente sobornos dos años antes. Al parecer, la Juniper estaba

implicada en un lucrativo proyecto ilegal que suponía la venta de derechos acuíferos, y había pagado al sheriff un montón de dinero para que hiciera la vista gorda.

Martin Steele lo había negado siempre. Según se decía, la Juniper Holdings había hecho un trato con el fiscal general del estado para aportar pruebas contra el sheriff. Y Martin se había suicidado.

Cara tenía ahora pruebas de que la Ranger Corporation también estaba involucrada en aquel asunto. ¿Podría Mitch utilizar aquella información para exculpar a su padre?

Cara se dirigió a toda prisa hacia el lugar donde se había cambiado de ropa. Recuperaría su identidad y se iría a ver a Mitch.

Mitch estaba fotocopiando cuidadosamente el libro sobre Escopeta Sally, página a página, incluidas las notas manuscritas, en el cuarto de archivos adjunto a la sala de administración del Departamento del Sheriff. Tenía que mandar el libro al laboratorio para que lo analizaran, pero antes quería tener una copia.

Había empezado a fotocopiarlo nada más volver al Departamento, ignorando el montón de mensajes que había sobre su mesa y la sonrisa particularmente viperina de Hurley Zeller cuando le dijo a Mitch que el sheriff lo estaba buscando.

Stephanie Greglets entró de pronto.

—Hola, Mitch. ¿Qué haces? —ella miró la fotocopidora y el libro que Mitch tenía en la mano.

—Estaba copiando una posible prueba.

Stephanie se acercó.

—Puedo ayudarte, si quieres —miró el libro.

—No, gracias —Mitch bajó la tapa de la fotocopidora para que Stephanie no viera la portada del libro. No estaba seguro de por qué. Stephanie le había ofrecido su ayuda más de una vez en aquel caso. Tal vez fuera eso precisamente lo que le hacía recelar, aunque no pudiera concretar sus sospechas.

—Steele, ¿qué demonios haces aquí?

Maldición. Mitch se giró al oír la voz de Ben Wilson. El sheriff estaba en la puerta, mirándolo con los ojos entrecerrados. Stephanie retrocedió.

—He encontrado una cosa en casa de Nancy Wilks —contestó Mitch—. Estoy sacando una copia antes de mandarlo al laboratorio.

—¿Qué es? —Ben extendió la mano hacia el libro, pero Mitch lo detuvo con su mano enguantada.

—Tenemos que buscar huellas —le recordó a su jefe.

—Sí, ya, pero ¿qué significa ese libro?

Consciente de que Stephanie también estaba escuchando, Mitch explicó su teoría de que el libro era la razón de que Nancy Wilks hubiera llamado a Cara.

—Pero no entiendo las notas —reconoció—. Tenemos que averiguar si son de Nancy o de otra persona. Parecen relacionar las viejas leyendas del libro con la Ranger Corporation, pero no comprendo bien qué significan. Como ésta, por ejemplo: Considera esto lo mejor para la Ranger.

—¿El qué? —preguntó Stephanie.

—No lo sé —contestó Mitch.

—Mira, Steele —dijo Ben, que ya no miraba el libro—, me he enterado de que has estado viéndote con esa periodista otra vez, en vez de mandármela a mí, como te dije.

Mitch procuró conservar la calma, aunque para sus adentros maldecía a Hurley Zeller por ser tan bocazas. Tal vez, de ese modo, Zeller pretendía aumentar sus oportunidades de convertirse en sheriff si Ben pasaba a ser el alcalde de la ciudad, cosa que no ocurriría si Mitch podía evitarlo.

—Ayer alguien intentó envenenar a Cara —dijo suavemente—, y parece que eso tiene algo que ver con el caso. No voy a permitir que un civil resulte herido si puedo impedirlo.

—¿Y para protegerla tienes que follártela? —preguntó Ben con sarcasmo.

Mitch sintió que su cuerpo se envaraba. Stephanie hizo girar los ojos y salió de la habitación.

—¿Quién le ha dicho eso? —preguntó Mitch. ¿Lo habían visto entrando

en casa de Cara? Y, si así era, ¿qué importaba? Había ido allí para protegerla. Nadie sabía si había pasado o no la noche en el sofá, como pretendía.

—Ándate con ojo, Steele —continuó Ben—. Esa mujer quiere algo de ti. Y hay muchas formas de soborno.

—¿Qué demonios estás insinuando, Ben? —pero Mitch ya lo sabía. El sheriff estaba sugiriendo que él, al igual que su padre, aceptaba sobornos. Y aquello se lo decía un nombre que Mitch estaba seguro de que sabía mucho más sobre la muerte de su padre. Y que era el principal sospechoso de haber amañado su muerte para que pareciera un suicidio. Si Mitch pudiera probarlo...

—No estoy insinuando nada, Mitch —la voz del sheriff se hizo más suave—. Sólo digo que puedes comprometer el caso, y también tu carrera, si no tienes cuidado.

—Estoy teniendo cuidado. No se preocupe.

—Tanto cuidado que no vas a darle eso —afirmó Ben, señalando con la cabeza el libro, y Mitch comprendió que acababa de hacerle una advertencia.

¿Por qué le importaba tanto a Ben que no le hablara a Cara de aquella posible prueba? De todos modos, no estaba seguro de querer hacerlo. Tenía que sopesar los pros y los contras. Se inclinaba a compartir aquella información con ella, aunque extraoficialmente, de momento. Era probable que Nancy tuviera intención de enseñarle el libro a Cara. Cara era una gran fan de Escopeta Sally, y seguramente entendería las alusiones de las notas. Ella podía ayudarle a resolver aquella incógnita.

Pero Mitch no perdía de vista el hecho de que el libro era una prueba en un caso de asesinato. Su existencia no debía hacerse pública, sobre todo si su contenido podía conducir a la detención de algún sospechoso. Cara tendría que cumplir su promesa de no desvelar aquel dato. Y, de momento, no le había dado razones de peso para desconfiar de ella.

¿Desconfiar de ella? Demonios, se estaba enamorando de ella como un chiquillo, a juzgar por lo ocurrido la noche anterior. Aunque, de todos modos, no pensaba hacer nada al respecto, salvo intentar disfrutar de su compañía todo lo posible. En su vida no había sitio para las complicaciones que suponía una relación amorosa. Y en ese momento tenía que vérselas con su jefe. Aunque Mitch sabía que Cara no estaba utilizando su cuerpo para sobornarlo,

no podía explicarle eso a Ben Wilson.

—Usted sabe lo mucho que quería llevar un gran caso como éste, Ben — le dijo Mitch—. Le agradezco que haya confiado en mí para dirigir la investigación —Mitch odiaba dorarle la píldora a aquel hombre. Pero ya había aguantado muchas cosas con la única intención de desvelar la verdad. Continuaría así mientras fuera necesario. Por más que le fastidiara—. Haré lo que sea necesario para encontrar respuestas.

—Entonces, ¿le dirás a tu reportera que venga a verme a mí cuando quiera algo?

Y un cuerno.

—Si es necesario...

—¿Y no le dirás lo de ese libro?

—Claro.

Mitch oyó un ruido en la puerta, a su espalda. Se dio la vuelta. Cara estaba allí, muy pálida. Sus ojos castaños parecían tan grandes que se habían vuelto casi negros.

—¿Qué más pensabas ocultarme, Mitch?

Mitch le lanzó una mirada suplicante que de inmediato se tornó impenetrable para que el sheriff no la viera.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí? —preguntó con aspereza—. ¿Y qué haces aquí?

—Yo, a diferencia de otros, mantengo mis promesas. Tenía algo que enseñarte. Algo importante. Pero ya puedes olvidarte.

Ben respondió primero.

—Si tiene algo que ver con una investigación criminal bajo jurisdicción de este Departamento, tendrá que entregárnoslo, señorita Hamilton, o la haré encerrar. ¿Lo ha entendido?

—¿Ha oído hablar alguna vez de la Primera Enmienda, sheriff? ¿O de esos periodistas que prefieren ir a la cárcel antes que revelar sus fuentes? Piense en la mala publicidad que eso le daría. Sobre todo ahora que, según se rumorea, piensa presentarse a alcalde. ¿Eso es lo que quiere? —Cara entró en la sala y alzó la mirada hacia el rostro furioso de Ben.

—A mí no me amenace, jovencita, o la detendré por...

—Tranquilícense —intercedió Mitch. Tenía que hablar con Cara. A solas—. Señorita Hamilton, añadió, dando un paso hacia ella, ha oído usted bien. He encontrado algo que puede ser una prueba importante para el caso. Tengo que revisarlo con más detenimiento antes de decidir si conviene informar a la prensa de ello.

—De eso nada... —estalló Ben tras él. Pero Mitch no se detuvo.

—Eso no tiene nada que ver con el hecho de que esté usted obstruyendo la labor de la justicia al no entregarnos cualquier cosa que pueda resultar pertinente para la investigación. ¿Es eso lo que está haciendo?

—Si crees que vas a aprovecharte de lo que he descubierto sin darme nada a cambio, vas listo, Mitchell Steele. Y, en cuanto a la posibilidad de que informes a otro periodista... He visto en uno de los mensajes que hay encima de tu mesa que Jerry Jennings, el famoso sobrino de Beau, te ha llamado. Así que adelante, la próxima vez métete en la cama con él, Mitch —dio media vuelta y se dirigió a la puerta. Pero antes de marcharse se volvió de nuevo—. Ah, por cierto, oficial Steele, acabo de saber algo por mis fuentes que tal vez exculpe a tu padre de esas acusaciones de soborno que le hicieron hace un par de años. Lástima que ya no compartamos información, ¿no crees?

Y, antes de que Mitch pudiera decir nada más, Cara se fue.

Capítulo 14

Cara no podía creerlo.

Lloraba de rabia mientras intentaba arrancar el coche. Se enjugó las lágrimas.

Mitch Steele no era mejor que Jerry Jennings. Y, lo que era peor aún, estaba conspirando con Jerry para robarle de nuevo la mejor historia de su vida.

Seguramente, ella no debía haber mencionado lo del padre de Mitch. A fin de cuentas, aunque la Juniper Holdings estuviera asociada a la Ranger Corporation, eso no significaba que no hubiera sobornado a Martin Steele, como aseguraba la compañía. Pero sus vínculos con la Ranger...

Cara condujo hasta su oficina. Beau, naturalmente, la estaba esperando.

—¿Qué le has hecho esta vez al sheriff Wilson, Cara?

—¿Por qué no se lo preguntas a Jerry? —replicó ella.

—¿A Jerry? ¿Qué tiene que ver mi sobrino con...?

Cara resistió las ganas de hacer restallar los feos tirantes rojos de su jefe contra su grueso corpachón y no esperó a oír el resto. Cerró su despacho de un portazo y dejó en el suelo, bajo su mesa, el maletín que llevaba en la mano.

Su despacho. ¿Había sido ayer cuando Della se había comido el maldito caramelo allí mismo? Habían pasado tantas cosas desde entonces...

Cara miró la habitación como si perteneciera a una extraña. El equipo de forenses había dejado el despacho manga por hombro, se había llevado lo que había querido, y lo había dejado todo cubierto del polvillo blanco que utilizaban para buscar huellas. Hasta olía diferente, como a productos químicos. Sacó de un cajón un pequeño bote de ambientador y roció el despacho en un vano intento por enmascarar aquel olor.

La luz de su teléfono parpadeaba, de modo que revisó sus mensajes: eran tres, según indicaba la pantalla digital. Contuvo el aliento cuando, al escuchar el primero, la voz de Mitch invadió el despacho. Apretó rápidamente el botón de borrado. Y luego una y otra vez. Los tres mensajes eran de Mitch. Y ella no pensaba escucharlos, y mucho menos devolverle las llamadas.

Intentando olvidarse de Mitch, comenzó a ordenar su mesa. Tras organizar las cosas que había sobre la parte derecha, empezó con las de la izquierda. Vio entonces una carpetilla amarilla con una etiqueta impresa: Escopeta Sally. No era un archivo suyo. Y eso significaba que tenía que ser lo que le había llevado Della el día anterior.

Sonriendo por primera vez ese día, comenzó a leer.

Della le había fotocopiado algunas páginas de diversas antologías de leyendas de Texas que se referían a Sally, y, particularmente, a la historia del asesinato de su hermana. Al leerlas, Cara sintió un escalofrío. La hermana de Sally había sido asesinada junto a la casa del rancho de su adinerada familia. La habían confundido con Sally.

Cara había preguntado dónde estaba el rancho. Della había hecho algunas averiguaciones y le había incluido un mapa del condado de Mustang en el que aparecía rodeada por un círculo una zona a un par de kilómetros al este de la ciudad, con la anotación: Tierras de la familia de Escopeta Sally. Había incluido también algunas citas bibliográficas, escritas a mano.

Interesante, pensó Cara. Tendría que visitar aquel lugar, aunque podía imaginárselo: un lugar no especialmente bonito, más bien llano y con pocos árboles. ¿Cómo podía haberse escondido Sally allí? Su historia sugería que se había ocultado allí mientras intentaba averiguar cómo podía capturar al verdadero culpable de la muerte de su hermana. Zachary, su amante, había detenido a un vagabundo apenas unas horas después del asesinato, pero Sally insistía en que tenía que haber alguien más detrás de la muerte de su hermana. ¿Por qué, si no, tenía un vagabundo tanto dinero?

Sally y su amante, el policía, y Cara y... ¡maldición!

Cara llamó impulsivamente al hospital para hablar con Della.

—Me pillas justo a tiempo —le dijo su amiga—. Van a darme el alta.

—¿Qué tal te encuentras?

—Como si tuviera un rebaño de vacas en el estómago, pero creo que lo superaré.

—He encontrado la carpeta que me dejaste encima de la mesa —dijo Cara—. Gracias. No es que me hiciera falla saber dónde vivía Sally, pero siempre me lo había preguntado —no había pensado mucho en ello, en realidad, pero era consciente de que su interés por conocer la ubicación

exacta de aquellas tierras había aumentado desde que la historia que estaba investigando incluía grandes extensiones de tierras en el condado de Mustang. Aunque, naturalmente, las propiedades que estaban acumulando la Ranger Corporation y sus empresas subsidiarias se hallaban al otro lado de la ciudad, en la parte oeste del condado.

—De nada —dijo Della—. Tenemos que quedar y brindar por Sally cuando pueda volver a beber.

—Eso está hecho —dijo Cara—. Yo invito.

El teléfono sonó casi en cuanto colgó. Cara se alegró de tener identificador de llamadas. Era Mitch. Dejó que el teléfono siguiera sonando hasta que saltó el contestador. Pero escuchó enseguida el mensaje, por si la había llamado por algo importante. Apretó los dientes al oír la voz distante de Mitch pidiéndole que lo llamara. Sí, ya, cuando los sabuesos del infierno me pisen los talones, pensó ella.

Dejó que saltara el contestador cada vez que sonaba el teléfono e hizo caso omiso de otros dos mensajes de Mitch antes de acabar de ordenar el despacho. ¿Acaso nunca se cansaba?

Cuando regresó de comer, había más mensajes en el contestador. Y esa tarde, a última hora, Beau la llamó por el intercomunicador para decirle que Mitch estaba allí y que le ordenaba que hablara con él.

«¿Por qué no vas a darle órdenes a tu sobrinito, Beau», pensó Cara, y dejó que Beau entretuviera a Mitch mientras salía por la puerta de atrás.

Pensó en regresar a casa de sus padres, pero al final decidió no hacerlo. No quería que se preocuparan, de modo que se dirigió a la taberna de Wade Lansing.

Era una pena que su amiga, Kelly McGovern, flamante señora de Lansing, siguiera de luna de miel.

Aquel bar, muy popular, pertenecía a su marido, Wade, de modo que ahora también le pertenecía a ella. A Cara le habría encantado tomarse un par de cervezas con Kelly y hablarle de su investigación y de cómo la había engañado Mitch Steele. Pero tal vez sería mejor que se guardara aquella historia para ella.

Esa noche, Cara no se molestó siquiera en buscar una mesa vacía en el local atestado de gente. Se sentó a la barra y pidió una copa de vino. Pero

apenas consiguió bebérselo. Se sentía fatal.

—¿Te sirvo otra? —preguntó el barman.

—No, esta noche no —Cara pagó la cuenta, dejó una generosa propina y se marchó.

Condujo hasta su casa lentamente. Dejó la calle Mayor y tomó la carretera que llevaba a su complejo de apartamentos. Estaba oscureciendo. ¿Por qué le parecía que era mucho más tarde? Tal vez porque ese día habían pasado muchas cosas.

Esa mañana, se había despertado feliz y satisfecha. Y esa noche iba a irse a la cama furiosa y sola. Y... bueno, era posible que todavía estuviera enamorada, pero lo superaría. Sin embargo, la perfidia de Mitch resultaba especialmente dolorosa por lo que sentía por él. ¿Se habría acostado con ella únicamente para asegurarse su cooperación?

De pronto la sobresaltó un destello. Maldición. Un coche blanco del Departamento del Sheriff le estaba dando las luces. ¿Sería Mitch? ¿La había seguido?

¿Por qué se sentía de pronto tan bien, a pesar de que deseaba odiar a Mitch? Debía de ser por el vino. Mientras paraba junto a la acera de la calle residencial, se preguntó si pasaría la prueba de la alcoholemia.

Pero el oficial que se acercó a su ventanilla no era Mitch, sino aquel cerdo de Hurley Zeller. Cara bajó la ventanilla.

—¿Hay algún problema, agente Zeller?

—Sí, me parece que sí. Iba de camino a la escena de un crimen y he pensado que tal vez querría saberlo, si es que no se ha enterado todavía. Creo que va a ser una noticia bomba.

Había algo en su sonrisa satisfecha que hizo que a Cara se le helara la sangre.

—¿Qué ha pasado? —preguntó apresuradamente.

—Al parecer, ha caído un oficial del Departamento —dijo él con una sonrisa—. El ayudante Mitchell Steele. ¿Quiere acompañarme?

Cara lo siguió de forma casi automática.

No le extrañó que el coche de Zeller se dirigiera a la zona de la ciudad a

la que ella sólo iba cuando andaba en busca de una historia jugosa. Siempre le había sorprendido que una ciudad tan pequeña como Mustang Valley tuviera un barrio marginal tan peligroso, pero así era.

Un oficial muerto... Mitch...

Oh, Dios, cuánto la asustaba pensar en ello..., por más que deseara odiar a Mitch.

Zeller se detuvo en un callejón. Cara lo siguió. La estrecha callejuela daba a un aparcamiento, en la parte de atrás de un taller. El aparcamiento estaba vacío. Cara pensó que era hora de irse.

Pero Zeller fue más rápido. Salió de su coche de un saltó y apuntó a Cara con su arma. Ella ya había metido la mano en su bolso... y lo estaba enfocando con su cámara de fotos.

—Apártese —gritó a través de la ventanilla todavía cerrada.

—Ni lo sueñes —él se acercó un poco más, apuntándole todavía con la pistola mientras ella hacía una foto tras otra—. Dame lo que hayas encontrado sobre el padre de Steele y dejaré que te vayas.

—¿Has llegado tan lejos para dejar que yo, una testigo, se vaya?

—Claro. Ahora, dámelo.

—¿Por qué? —preguntó Cara—. ¿Qué te importa a ti que la memoria del sheriff Steele quede limpia? —habría deseado que no le temblara tanto la voz. No era tonta. Sabía que le estaban apuntando a la cabeza con un arma. Y, aunque estaba grabando la conversación en la pequeña grabadora escondida sobre su regazo, no quería morir.

No le gustó el hecho de que la sonrisa de Zeller no variara un ápice cuando dijo:

—Puede que, si alguien indaga demasiado, descubra la verdad.

—¿Te refieres a que eras tú quien aceptaba sobornos y que le echaste la culpa a Martin y luego lo asesinaste e hiciste que pareciera un suicidio? — Cara no se había dado cuenta hasta ese momento, pero ¿por qué, si no, estaba haciendo Zeller aquello?

—Podría ser. Pero nadie va a desenterrar ese viejo asunto cuando tú no estés aquí para...

—Suelta el arma, Zeller —dijo otra voz, ligeramente sofocada fuera de la ventanilla, pero reconocible.

Mitch salió de entre las sombras. Empuñaba una pistola que parecía idéntica a la de Zeller y apuntaba directamente a la cabeza de su compañero.

—¿Qué demonios haces tú aquí? —gruñó Zeller, sin obedecer.

—Tira el arma —repitió Mitch, apretando el cañón de su pistola contra la sien de Hurley. Esta vez, Zeller obedeció—. Cara me llamó mientras te seguía, pedazo de imbécil.

Ella se había prometido que sólo llamaría a Mitch si la perseguían los sabuesos del infierno, y eso había hecho.

—Le dije que no se pusiera en peligro —continuó Mitch—, pero insistió en que éste era el único modo de atraparte. Ahora, ¿por qué no me dices por qué estás tan interesado en esa prueba que exculparía a mi padre?

—¡Que te jodan! —gritó Zeller, y, agachando la cabeza, se abalanzó sobre Mitch, quien, en lugar de dispararle, le golpeó en la sien con la culata de la pistola. Zeller cayó sin decir una palabra más.

—Supongo que tendremos que esperar un poco —dijo Cara, exhalando un suspiro tembloroso.

—Esto no cambia nada —dijo Cara largo rato después.

Mitch no había tenido que discutir con ella para convencerla de que lo siguiera hasta el Departamento del Sheriff. Había esposado a Zeller, lo había metido en el asiento trasero de su coche y lo había metido a rastras en la oficina al llegar.

El sheriff Ben Wilson se había encolerizado... al principio. Pero las fotografías y la grabación de Cara no dejaban lugar a dudas.

Antes, Mitch se había puesto furioso con ella por ponerse en peligro para conseguir una historia.

—No era por una historia —le había dicho ella con una voz suave que había reverberado dentro del coche. Había usado el set de manos libres de su nuevo teléfono móvil para que Zeller no la viera llamar—. Era para averiguar la verdad. Y sé que eso es lo que tú también quieres.

Después, Mitch había tenido ganas de zarandearla por no escucharlo. Y también de abrazarla.

Pero su discusión previa en el Departamento del Sheriff había calado muy hondo. Ella se había negado a escucharlo cuando le dijo que sólo estaba intentando seguirle la corriente a Ben Wilson. No quería creer que el mensaje de Jerry Jennings que había visto encima de su mesa era el enésimo que se había negado a contestar, a pesar de que el sobrino de Beau había intentado una y otra vez concertar una entrevista con él sobre el asesinato de Nancy Wilks.

Mitch sabía que Jerry le había hecho mucho daño a Cara unos años antes al robarle su historia en beneficio propio. Y era consciente de que ella creía que él también pretendía apuñalarla por la espalda.

Sí, él había violado sus propias normas, y lo lamentaba. Había permitido que alguien se le acercara. Que alguien se le metiera bajo la piel. Preocuparse por alguien había sido siempre un error. Él había pasado por una adolescencia dolorosa, por la pérdida de sus padres y por el abandono de su única novia formal, y creía haber aprendido la lección. Pero había bajado la guardia. Y pagaría por ello.

—Vamos a escuchar la cinta otra vez —dijo Mitch.

A Mitch no lo sorprendió que Hurley pidiera un abogado.

Pero sí le causó extrañeza que pidiera a Lindsey Wellington, aunque, pensándolo bien, Lindsey acababa de conseguir la absolución de un acusado de asesinato en primer grado.

Naturalmente, ese cliente, que no era otro que Bart Rawlins, era inocente. Y ahora Lindsey y él iban a casarse.

Fue un gran placer para Mitch informar a Hurley de que Lindsey no quería tener nada que ver con él.

—Donald Church, entonces —exigió Hurley.

Dado que Church era el único abogado que quedaba del antiguo mejor bufete de la ciudad, a Mitch tampoco lo sorprendió aquella petición. Lo que sí le extrañó fue que Church aceptara.

Se encontraban ahora en la sala de interrogatorios del Departamento del Sheriff. A Mitch siempre le había parecido estrecha. Ahora, a pesar de que se hallaba sentado en el extremo de la mesa opuesto al que ocupaba Zeller, aquella habitación le parecía aún más agobiante. Stephanie Greglets había pedido dirigir el interrogatorio y Ben Wilson había aceptado. Mitch no

entendía por qué. Sí, Ben y él estaban demasiado implicados en la situación y debían evitar un conflicto de intereses. Pero Stephanie también.

Hurley era el protegido de Ben, y le había fallado. Y Mitch quería partírle los dientes a Zeller y hacérselos tragar. Aquel hijo de puta le había arrebatado a su padre. Y había amenazado con matar a Cara.

La valiente y encantadora Cara, que había puesto en peligro su vida porque quería averiguar la verdad. Para su historia. O al menos eso se decía Mitch, intentando convencerse de ello. Pero, en el fondo, sabía que no era así. Cara lo había hecho por él.

¿Y en cuanto a Stephanie? Bueno, ella llevaba mucho tiempo soportando el acoso de Hurley, lo cual no hacía de ella alguien neutral.

El interrogatorio había empezado hacía unos minutos. Un oficial del juzgado estaba presente, y la grabadora estaba en marcha. De momento, lo único que le habían sacado a Hurley era su nombre, su dirección, su fecha de nacimiento y su profesión.

—Oficial Zeller —dijo Stephanie—, empecemos por hoy. La señorita Cara Hamilton asegura que la llevó usted con engaños hasta el aparcamiento de ese taller, asegurando que el ayudante del sheriff Mitchell Steele había resultado herido allí.

—Está usted argumentando —afirmó Donald Church. Aunque Mitch siempre lo había considerado un buen tipo, Church era, a fin de cuentas, un abogado. Incluso estaba tomando notas en un cuaderno amarillo, con una pluma dorada que seguramente costaba más de lo que ganaba él en un día—. El oficial Zeller no llevó a la señorita Hamilton con engaños a ninguna parte. ¿Cuál es su pregunta?

Mitch advirtió la expresión enojada de Stephanie antes de que ésta lo intentara otra vez.

—Lo plantearé de otro modo. Oficial Zeller, ¿le dijo usted a la señorita Hamilton que le había ocurrido algo al ayudante del sheriff Steele y le pidió que lo siguiera?

—Eso es una pregunta compuesta —dijo Donald Church.

Mitch miró de nuevo a Stephanie. ¿Estaba demasiado verde para encargarse de aquel asunto? Él mismo le había enseñado mejores mañas en otros interrogatorios. Pero la confusión que Mitch esperaba encontrar en su

mirada fue precedida por un destello de triunfo. ¿De qué iba todo aquello?

—Contestaré de todos modos —dijo Zeller, ignorando las protestas de su abogado—. Sé cómo van estas cosas. Vamos al grano. Sí, he hecho ciertas cosas que probablemente no debería haber hecho. Verá, tal y como usted sabe, oficial Greglets, soy un tipo ambicioso —sonrió a Stephanie.

Mitch no logró interpretar la mirada que le devolvió ella, pero contenía una clara emoción. ¿Habría realmente algo entre Zeller y Stephanie?

—Estoy pensando en presentarme a sheriff cuando el sheriff Wilson se convierta en alcalde —prosiguió Zeller, y sonrió a Ben, cuyo semblante parecía impenetrable—. Me parecía que Cara Hamilton estaba metiendo las narices donde no le importaba, y que sus mentiras podían impedir que el sheriff Wilson saliera elegido. Así que, aunque haya sido una mala idea, se me ocurrió darle un pequeño susto —se encogió de hombros y siguió sonriendo.

—Pero, cuando estaba usted con la señorita Hamilton, no le dijo que dejara de investigar —dijo Stephanie—. Tengo aquí la transcripción de lo que grabó la señorita Hamilton. Usted le exigió que le entregara algo que, según decía ella, podía limpiar el nombre del sheriff Martin Steele —Stephanie miró de nuevo a Mitch, quien intentaba refrenarse para no hacerse cargo del interrogatorio. Stephanie pareció darse cuenta y desvió la mirada. Como si intentara mantener el control de la entrevista, preguntó—. Posteriormente, la señorita Hamilton le preguntó si era usted quien recibía sobornos y quien mató al sheriff Steele, después de hacer que las acusaciones recayeran sobre él, y, fingió que había sido un suicidio, y su respuesta fue: «Podría ser». ¿Cómo encaja eso en su declaración de que sólo pretendía asustar a la señorita Hamilton para que se retirara del caso?

—No conteste —insistió Donald Church. Sus dedos, muy blancos, agarraban con fuerza la pluma sobre el cuaderno, pero su cara colorada contrastaba vivamente con la camisa blanca y almidonada.

Mitch ya había guardado suficiente silencio. Se levantó y le hizo a Stephanie un gesto para que se apartara cuando ella se sentó a su lado.

—Sé que no soy un interrogador muy objetivo, pero esto es una sesión informal. Quiero hacer algunas preguntas.

—Pero... —protestó Stephanie, poniéndose en pie de un salto.

—Mi cliente ha recibido instrucciones de no contestar a ninguna pregunta —se apresuró a decir Church, y Ben Wilson y él se levantaron al mismo tiempo. Hurley Zeller fue el único que permaneció sentado, junto con el oficial del juzgado.

—¿De quién recibía usted sobornos en aquella época, oficial Zeller? —preguntó Mitch. Zeller no dijo nada, pero su sonrisa sardónica convenció a Mitch de que iba por buen camino—. ¿Era de Juniper Holdings, la empresa de la que, supuestamente, mi padre recibía sobornos? —Zeller no contestó, pero sus ojos se entrecerraron un poco más—. ¿Qué sabe usted de Juniper Holdings?

—¿Y tú, Steele, qué sabes tú de ellos? —Zeller miró a Stephanie y luego a Church.

—Soy yo quien hace las preguntas, Zeller. ¿Amañaste las pruebas para acusar a mi padre con el fin de impulsar tus ambiciones, como tú mismo las has llamado, confiando en convertirte en sheriff?

—Lo único que admito es que quiero convertirme en sheriff después de Ben —Zeller ya no sonreía.

Mitch no tenía intención de soltar a su presa.

—Ha habido tres asesinatos en Mustang Valley en los últimos meses. Dos han sido resueltos, pero por personas ajenas a este Departamento. ¿Saboteaste las investigaciones para impedir que el Departamento del Sheriff resolviera esos homicidios?

La mirada que Zeller lanzó a su abogado le dio a Mitch la respuesta que necesitaba. Y a Ben también, pues el sheriff dio un par de pasos hacia el hombre al que había tratado como a su hijo y sucesor. Mitch le bloqueó el paso.

—Maldito hijo de... —comenzó a decir Ben—. Pensaba que era Steele quien estaba saboteando al Departamento para buscarme la ruina. Creía que Mitch pensaba que yo le había tendido una trampa a su padre para conseguir el puesto de sheriff, al que tenía todo el derecho —miró a Mitch—. Créeme, hijo, estaba convencido de que todas las acusaciones contra tu padre eran ciertas, incluyendo que se pegó un tiro.

Mitch no intentó disimular la frialdad de su respuesta.

—Pues ya sabemos lo que pasó, ¿no, Ben? —por lo menos ya entendía

por qué su jefe siempre le había mostrado tanta hostilidad, aunque no le importaba. Él no había saboteado ninguna investigación, por supuesto. Pero había intentado demostrar que el sheriff era culpable de cohecho y asesinato.

Intentando refrenar su ira, Mitch volvió a enfrentarse al gusano que había «cometido todos aquellos delitos.

—Está bien, Zeller, continuemos. ¿Salías con Nancy Wilks? Y, antes de que te niegues a contestar o lo niegues, recuerda que tengo testigos.

Zeller se levantó, respirando trabajosamente, y se encaró con Mitch. Estaba tan cerca que notaba el tufo a tabaco que desprendía su uniforme.

—Sí, salía con ella, pero a mí no vas a cargarme su asesinato, ni el de nadie más. Salir con ella fue un error. Creía que tenía alguna información, pero no fue ella quien... —se interrumpió, dándose cuenta de que se había ido de la lengua. Lanzó una mirada a Stephanie que parecía una disculpa. Ella le dirigió una mirada afilada como una navaja—. Yo no la maté —concluyó él, sentándose de nuevo.

—Creo que el interrogatorio ha terminado —dijo Donald Church, con los ojos fijos en su cliente.

—Sí —dijo Zeller—. No voy a contestar más preguntas.

Le lanzó a Mitch una mirada furiosa, pero el miedo que brillaba en sus ojos convenció a Mitch de que sabía que la había fastidiado. Mitch no cejaría hasta que pudiera demostrar todas sus alegaciones, y, particularmente, que Zeller había culpado falsamente y asesinado a su padre. Además, estaba dispuesto a averiguar cuál era la verdadera relación entre Stephanie y Hurley. Allí había gato encerrado, y él llegaría al fondo del asunto.

La verdad sobre Zeller no le devolvería a su padre. Seguramente ni siquiera haría volver a su madre de su refugio, muy lejos de allí. Pero sus esfuerzos darían fruto finalmente, y eso haría que Mitch se sintiera mucho mejor.

El caso era, pensó Mitch después de que Zeller fuera encerrado en una de las pequeñas e incómodas celdas del Departamento del Sheriff, que de momento sólo eran alegaciones.

Las dudas se agolpaban en su cabeza mientras ayudaba a Stephanie a resolver el papeleo relacionado con la detención de Zeller. Mientras

trabajaban, se pusieron a hablar.

Stephanie reconoció que había cedido a las constantes insinuaciones de Hurley. Mitch imaginaba que había algo más, pero no quiso insistir por el momento. Había un montón de cabos, aparentemente sueltos, que necesitaba atar en un nudo bien prieto. No sabía cómo, pero gran parte de las cosas que habían pasado en Mustang Valley en los dos años anteriores tenían que estar relacionadas.

Creía, en realidad, que Zeller no había matado a Nancy Wilks. La bala hallada en la cabeza de la víctima procedía de un arma de calibre pequeño. Naturalmente, Zeller podía tener otra pistola, aparte de la Beretta del Departamento, pero Mitch no se lo imaginaba con un arma que no fuera una extensión de su ya exagerada opinión de sí mismo.

Cuando por fin regresó a su mesa, a Mitch le dolía la cabeza. Demasiado. ¿Por qué sobornaba la Juniper Holdings a Zeller? ¿Y por qué había culpado Zeller a su padre? Tal vez fuera por ambición, por querer quitar a Martin Steele de su camino. O tal vez porque le preocupaba que Martin averiguara lo de los sobornos.

Pero ¿quién había matado a Nancy Wilks? ¿Cuál era la relación de Lambert & Church con los tres asesinatos? ¿Cómo encajaba en todo aquello la Ranger Corporation?

Mitch carecía de respuestas. Pero conocía a otra persona tan interesada como él en el caso.

Al llegar a su mesa, la luz del teléfono estaba parpadeando. Cara le había dejado un mensaje: «Mitch, todavía estoy muy enfadada contigo, pero le he estado dando vueltas y creo que no puedo ocultarte información que puede ayudarte en la investigación sólo porque tú y yo no nos llevemos bien».

Con una amplia sonrisa, Mitch llamó al teléfono móvil de Cara. Su rostro se iluminó más aún cuando ella contestó a la primera llamada.

—Cara —dijo—, soy Mitch. Acabo de oír tu mensaje. Yo también iba a llamarte.

Capítulo 15

Cara quedó con Mitch en encontrarse en la cafetería del Lone Star Lodge, aunque dudaba que Mitch hubiera estado pensando en llamarla. Sin embargo, el hecho de que él se lo hubiera dicho le había producido un estremecimiento de placer y de alivio.

Aunque por lo general siempre llegaba puntual, o incluso temprano, entró a propósito cinco minutos tarde en el restaurante, con el enorme bolso colgado del hombro. El coche patrulla de Mitch estaba en el aparcamiento, de modo que ella sabía que ya estaba allí.

Había pensando en volver a casa para cambiarse. Los pantalones azul oscuro y el jersey suelto de punto que llevaba no le favorecían mucho. Pero aquel encuentro no era un juego de seducción. No era un juego en absoluto.

Mitch estaba sentado en la misma mesa en la que habían hablado la primera vez. Su uniforme caqui, limpio y planchado, contrastaba vivamente con la suciedad del local. Su sombrero Stetson descansaba sobre el asiento, a su lado.

Sobre la mesa había un café. Al menos la taza estaba limpia. Mitch se levantó al verla acercarse. Su breve sonrisa parecía sincera, pero sus ojos tenían una expresión recelosa, como si temiera que ella se pusiera a gritar o montara una escena. Pero Cara no le daría esa satisfacción.

—Hola, Mitch —dijo ella con suavidad, sentándose. ¡Maldición! Su voz sonaba triste y trémula incluso a sus oídos. Forzándola, añadió—. Da igual lo que sienta por ti o que me hayas engañado, el caso es que no debería haberte ocultado esto —sacó uno de los documentos que se había llevado del despacho de Roger Rosales, en el que se demostraba que la Juniper Holdings era una de las muchas empresas subsidiarias de la Ranger—. No estoy segura de qué significa —dijo, dándole la hoja—, pero relaciona lo que le pasó a tu padre con la Ranger Corporation. Ignoro cuál es la implicación de Hurley Zeller en todo esto, pero la posibilidad de que matara a tu padre... ¿Entiendes las conexiones? La del sheriff Martin Steele fue la primera muerte relacionada con la Ranger Corporation. Luego murieron Andrew McGovern, Jeb Rawlins y, ahora, Nancy. Tienes que atrapar a la Ranger, Mitch. Hay que detener todas esas muertes.

—Eso pienso hacer. Con tu ayuda.

Sorprendida, Cara miró los ojos dorados de Mitch. ¿Se estaba burlando de ella? Si era así, no se notaba en su mirada. Incluso parecía un poco divertido. Pero en su mirada había algo más: un deseo abrasador. Su calor la envolvió al instante.

Él prosiguió:

—Quería contarte lo que nos ha dicho Zeller esta tarde. No es gran cosa, por supuesto, pero he pensado que juntos tal vez se nos ocurra algo. Tus opiniones me han servido de mucho otras veces, Cara.

—El llanero solitario, el ayudante del sheriff Mitchell Steele, ¿me está pidiendo que lo ayude?

—Sí. Increíble, ¿no?

Más que increíble, era perturbador, pues produjo una punzada de esperanza en su vapuleado corazón. Ella no quería esperanza. Quería alejarse de Mitch. Aquel hombre se había aprovechado de ella para sonsacarle información. No le había prometido nada a cambio, salvo lo que eligiera contarle, lo cual no era mucho. Y había dejado claro que no se fiaba de ella. Para aquel hombre cuya autosuficiencia iba camino de convertirse en legendaria, como la de Escopeta Sally, su aventura amorosa no había sido más que un placer pasajero.

La leyenda de Sally tenía más de un final. El más triste sugería que Sally había muerto en una emboscada en la que había salvado a Zachary Gale, su amante, el policía. El feliz decía que los dos habían sobrevivido y, tras derrotar a sus enemigos, habían vivido juntos para siempre...

«Ni se te ocurra pensar en eso, Hamilton». Nada de eso sucedería entre Mitch y ella.

Cara alzó la barbilla.

—En una cosa tienes razón. Lo mío es opinar. Así que, naturalmente, te ayudaré siempre y cuando tú me prometas que me darás la exclusiva de la historia... y esta vez lo digo en serio.

—Yo siempre he hablado en serio, Cara —Mitch se inclinó sobre la mesa y la tomó de las manos, sujetándoselas con fuerza.

Mirando a su alrededor para asegurarse de que nadie los oía, Mitch le relató el interrogatorio de Hurley Zeller en voz baja, como si le susurrara

palabras de amor.

Intentando mantener una actitud desenfadada, a pesar de que su contacto la turbaba, Cara le hacía preguntas de cuando en cuando, casi todas ellas sin respuesta. Intentaba entretejer los hilos de la trama a partir de lo que sabía y de los escasos datos que Mitch había extraído del interrogatorio. En cuanto al asunto de la relación entre Stephanie Greglets y Zeller, Cara tenía que considerarlo detenidamente. No veía su relevancia para el caso, pero ¿podría encontrar alguna conexión entre Stephanie y la Ranger?

—Así que Zeller ha reconocido que aceptaba sobornos de la Juniper — dijo—, y que amañó pruebas para que tu padre pareciera culpable antes de matarlo —Mitch aflojó las manos, pero ella no se las soltó—. Lo siento mucho, Mitch —musitó.

—Sí, yo también.

Cara respiró hondo y continuó:

—He estado haciendo averiguaciones sobre la Juniper. Ya no existe, pero era subsidiaria de otra filial de la Ranger, la Multistate Holdings, que ya ha llevado a cabo algunos proyectos de desarrollo urbanístico. Los principales son un par de parques temáticos en California y Nueva York. La única propiedad que figura oficialmente a nombre de Multistate en esta zona es un edificio de oficinas a las afueras de Fort Worth. Adivina quién lo construyó.

—¿O'Hallihan? —Mitch parecía excitado.

Cara asintió con la cabeza.

—No es que eso pruebe nada, pero es un vínculo más entre Shem O'Hallihan y una empresa subsidiaria de la Ranger —Cara soltó de mala gana las manos de Mitch. Pero él ya no necesitaba su consuelo.

Y había empezado a acariciarle las palmas con las puntas de los dedos. Aquella leve caricia casi la volvía loca de deseo, a pesar de que se esforzaba por concentrarse en la conversación—. Aunque del asesinato de Nancy no he averiguado nada. Ella trabajaba para Lambert & Church, pero eso no la relaciona con la Ranger. Tenía algo que enseñarme, pero no sabemos qué es.

—Ah, por eso era por lo que quería hablar contigo —Mitch esbozó una sonrisa y recogió algo que tenía en el asiento, a su lado—. El original está en el laboratorio, pero te he traído una copia.

Cara tomó las fotocopias y las miró.

—¿Un libro sobre Escopeta Sally? —preguntó, asombrada—. No creo que quisiera enseñarme esto, pero parece pulverizar mi teoría de que lo que quería enseñarme fue la causa de su muerte.

—Puede que sí y puede que no. Eso era lo que quería pedirte. Échale un vistazo al libro y las notas que incluye, a ver si encuentras alguna conexión.

—De acuerdo, no hay problema —Cara sonrió.

La conversación había acabado. Era hora de que se separaran.

—¿Te mantendrás en contacto conmigo, Cara, y no esperarás a encontrarte en peligro para llamarme? O, mejor aún, procura no meterte en líos.

—Claro —dijo ella, confiando en que fuera verdad—. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Primero voy a hacerle otra visita a Shem O'Hallihan, para informarlo del arresto de Zeller y decirle que estoy al corriente de su relación con la Juniper Holdings y los sobornos que aceptó Zeller. A ver cómo reacciona. ¿Y tú?

—Primero tengo que escribir un artículo sobre el ayudante del sheriff Zeller —dijo Cara—. Y luego voy a meterme en la cama con un buen libro —sonrió, señalando el volumen sobre Escopeta Sally.

El libro que le había fotocopiado Mitch contenía algunas cosas extrañas. Tras escribir y enviar por e-mail su artículo sobre Hurley Zeller, Cara se había quedado despierta casi toda la noche, leyéndolo. Y pensando en Mitch más de la cuenta, preguntándose cómo diablos iba a sacárselo de la cabeza... y del corazón. Por fin llegó a la conclusión de que, sencillamente, no podía.

Los dos se estaban utilizando mutuamente. Pero ella conseguiría su historia sobre el asesinato de Nancy. Él no podría interponerse eternamente en su camino, exigiéndole que no difundiera datos extraoficiales. Y, si lo hacía, ella tendría que plantarle cara, por más que le costase. Dé un modo u otro, cada cual seguiría su camino.

No le costó mucho esfuerzo concentrarse en el libro. A fin de cuentas, las leyendas sobre Escopeta Sally siempre le resultaban asombrosas. Las notas, escritas con una letra que le resultaba familiar, sugerían que Nancy

compartía su fascinación por la intrépida reportera. Decían cosas como: *Esto es fantástico, Podría usar esto o Localizaciones*. ¿Estaría Nancy trabajando en una posible película sobre Escopeta Sally? Claro, que, aunque así fuera, aquel no podía ser el motivo de su muerte. Ésa era una de las cosas que le extrañaban de lo que había leído. La otra era lo que parecía ser una discrepancia.

A las diez de la mañana, Cara estaba en su despacho, componiendo el artículo sobre los candidatos al consejo escolar de la ciudad en el que había estado trabajando esa semana. También había redactado una continuación del artículo sobre Hurley Zeller que había aparecido esa mañana en el periódico, cuidando de no incluir nada que Mitch le hubiera contado extraoficialmente. Mandó los dos artículos a Beau por correo electrónico para que les echara un vistazo y luego sacó de un cajón de su mesa el libro sobre Escopeta Sally.

Lo puso sobre la mesa y marcó un número de teléfono. Esta vez, consiguió localizar a Della Santoro, a la que ya había dejado un par de mensajes. Della se había recuperado rápidamente y había insistido en volver al trabajo.

—Hola, Della. Soy Cara. Tengo una sorpresa para ti.

—¿De veras? ¿Cuál?

—Si te lo digo —dijo Cara—, no será una sorpresa. Esta tarde me paso por tu casa para enseñártelo, ¿vale?

—Claro.

Quedaron a una hora y luego Della, que había leído el artículo sobre Hurley Zeller, le preguntó qué había pasado.

—Ahora no puedo entrar en detalles —dijo Cara—, porque el Departamento del Sheriff todavía tiene abierta una investigación. Pero Hurley Zeller está metido hasta el cuello en un asunto muy feo.

—¿El asesinato de Nancy? —Della parecía horrorizada.

—No, no es eso —dijo Cara—, aunque podría estar relacionado.

—¿Qué quieres decir?

—No puedo hablar de eso —para cambiar de tema, dijo—. Hay otra cosa de la que quería hablarte. Te agradezco mucho que averiguaras dónde estaban las tierras de la familia de Escopeta Sally. Ayer estuve visitando la

zona —pensando en Sally, Cara había ido a dar una vuelta por allí después de su entrevista con Mitch, en vez de irse derecha a casa—. El caso es que no me pareció que aquello hubiera sido nunca un rancho, ni un sitio donde Sally pudiera esconderse de las trampas que le tendía su enemigo, ese tipo del este que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para arrebatarse las tierras a su familia. El terreno es demasiado llano, no hay suficientes árboles, ya sabes. Supongo que, después de un siglo, se habrán talado muchos árboles, pero aun así aquel lugar no me cuadraba.

—Te pasaré las copias de los documentos, si quieres —Della pareció ponerse a la defensiva.

—No, no es eso —dijo Cara, intentando apaciguarla—. Y creo que no me equivoqué de lugar. Pero es que me he topado con una información que sugiere que no era en la zona este de la ciudad, sino en la oeste, donde estaban las tierras de su familia. No es que sea muy importante, pero siento curiosidad.

—Yo también —dijo Della—. Si no tuviera que dar clase ahora, iría a echarle un vistazo a la zona de la que me hablas, por si acaso.

Cara se quedó pensando un momento. Ya había terminado sus artículos de ese día. Tenía cosas que hacer, pero ¿por qué no seguir aquella pista ahora que tenía el asunto fresco en su cabeza?

—¿Sabes qué? Iré a echar un vistazo y te contaré lo que vea esta tarde, cuando nos veamos. Tengo que admitir que me ha picado la curiosidad.

—A mí también —dijo Della—. Luego nos vemos.

Había otra razón por la que Cara quería ver aquella propiedad enseguida. Si no se equivocaba, era la misma zona en la que la Ranger Corporation había estado comprando tierras. Estaba muy cerca del rancho de la familia Rawlins, donde ahora vivía su amiga Lindsey.

Cara rebuscó en un cajón y sacó las copias de las escrituras que había sacado del Registro de la Propiedad en las que figuraba el nombre de la Ranger Corporation, además de los de dos empresas subsidiarias de las que tenía noticia. Luego sacó de otro cajón un mapa del condado e hizo una copia. Señaló la ubicación aproximada de las tierras de la Ranger Corporation y el rancho de los Rawlins. Finalmente, intentó, a partir de las someras descripciones del libro sobre Escopeta Sally, localizar la zona en la que

parecía haber estado el rancho de la familia de Sally.

—Pero si parece el mismo sitio... —masculló en voz alta.

Seguramente no podría averiguar nada nuevo si se presentaba allí, pero, definitivamente, tenía que ir a echar un vistazo.

Como cabía esperar, pensó Cara mientras se acercaba a las tierras en cuestión, aquella zona era muy vasta. Además, la descripción del libro sobre Escopeta Sally no era muy detallada: sólo decía que el rancho de su familia estaba al oeste, cerca del río Brazos, y que había grandes arboledas de juníperos.

¿Juníperos? ¿Como los que daban nombre a la Juniper Holdings? Podía ser una coincidencia, pero Cara no creía mucho en las coincidencias.

A la Ranger Corporation le interesaban lo bastante los juníperos como para ponerle su nombre a una empresa subsidiaria, ya extinguida. Y la Ranger Corporation y sus demás filiales seguían intentando comprar aquellas tierras. ¿Por qué razón?

Cara ignoraba desde dónde podría visualizar mejor la zona, pero había una sola carretera que salía de la autopista y llevaba a aquellos contornos. Las colinas en aquella zona eran altas y, si no recordaba mal, había un mirador junto a la carretera. Allí fue donde se dirigió.

Su teléfono móvil sonó. Miró el identificador de llamadas.

—Hola, Mitch —dijo, ignorando la oleada de placer que sentía incluso cuando hablaba con él por teléfono.

—Hola —su voz era baja, sensual y seductora—. ¿Qué estás haciendo? ¿Te has metido en algún lío?

—Claro —dijo ella con desenfado—. Ahora mismo estoy intentando averiguar dónde estaban las tierras de la familia de Escopeta Sally, a partir de lo que pone en el libro que me diste. El libro es increíble, por cierto. Te agradezco que me lo pasaras.

—El original podría ser una prueba en un caso de asesinato —le recordó él—. Y esto sigue siendo extraoficial.

—Lo sé —para Mitch, todo era extraoficial. Pero Cara lo entendía y tenía que conformarse, aunque le doliera—. Por cierto, esta mañana dibujé un mapa que mostraba las propiedades que la Ranger Corporation y sus filiales

han estado comprando. El caso es que los límites de esas tierras coinciden más o menos, por lo que he creído entender, con el rancho de la familia de Sally. Parecen las mismas tierras. Ahora voy en camino para allá, para echarles un vistazo —dijo ella.

—¿Ahora? Cara, ¿es que no pillaste el mensaje? Quiero que te mantengas alejada de la Ranger Corporation y de sus propiedades hasta que resolvamos este asunto.

Sí, había pillado el mensaje. Pero había preferido ignorarlo.

Dijo con calma:

—Da la impresión de que te pasa algo, Mitch. ¿Has averiguado algo más esta mañana?

—No, qué va —a ella le pareció oír un suspiro irritado a través de la línea telefónica—. O'Hallihan no estaba en la oficina. Intenté hablar con Roger Rosales, pero estaba atendiendo una llamada cuando telefoneé a su oficina y, cuando volví a llamar, ya se había ido. Pero hay algo que me da mala espina...

—No me digas —mientras Mitch hablaba, Cara se había puesto a pensar en Hurley Zeller, en el libro y en aquellas tierras, y de pronto se dio cuenta de que empezaba a sentir la misma inquietud que se había apoderado de ella la noche que encontró a Nancy muerta. El gusanillo de la noticia...—. ¿Te apetece acompañarme a echar un vistazo a esas tierras, Mitch? —qué tontería. Ella no necesitaba protección, ni compañía, para ir a mirar una finca. Pero tenerlo a su lado la haría sentirse mejor.

—Claro que me apetece. Pero, con el arresto de Zeller, mis responsabilidades se han multiplicado. ¿Sabes qué? Nos veremos allí dentro de una hora.

—No te molestes. Ya te lo contaré todo luego.

—No, Cara. No vayas tú sola allí.

—¿Temes que encuentre algo y no te lo cuente, Mitch? —bromeó ella, y enseguida se arrepintió—. Ya sabes que, si descubriera algo esencial para la investigación, te lo diría. Te llamo más tarde.

—Cara... —él parecía enfadado, pero Cara colgó. De todos modos, ya casi había llegado.

Salió de la autopista y tomó una carretera de dos carriles que llevaba hacia la parte posterior del rancho de los Rawlins y otras propiedades colindantes.

Era una zona bastante bonita, con bosquecillos de juníperos a ambos lados de la carretera.

No había avanzado mucho cuando un enorme todoterreno negro salió de detrás de un grupo de árboles. Cara dejó escapar un gemido de sorpresa, pues no lo había visto hasta ese momento. Se sorprendió más aún cuando el vehículo se colocó a su lado. Dentro iba Roger Rosales, que le indicó que se desviara al arcén.

Sintiendo una aguda punzada de inquietud, Cara aflojó un momento las manos sobre el volante. Su corazón se aceleró como la noche que había encontrado el cuerpo de Nancy. Aquello no le gustaba.

Permaneció en la calzada, agarró el teléfono móvil y, a medias intentando no apartar los ojos de la carretera, a medias mirando el teléfono, pulsó el número de Mitch. Pero aquella distracción momentánea fue un error.

Rugiendo delante de ella, el todoterreno de Roger dio de pronto un bandazo. Cara pisó el freno para evitarlo, y el teléfono móvil se le cayó de la mano mientras su Toyota se salía de la carretera.

—¡Maldita sea! —masculló.

Antes de que pudiera regresar a la calzada, Roger salió del vehículo y se acercó a ella.

—Tengo que hablar contigo, Cara —dijo, y su voz sonó amortiguada a través de la ventanilla cerrada de Cara.

—Ni lo sueñes —gritó Cara, furiosa, a pesar de que estaba asustada. ¿Qué estaba tramando Rosales?

Cara lo averiguó enseguida.

Roger le estaba apuntando a la cabeza con un arma.

Capítulo 16

Cara salió del coche intentando ignorar el palpito acelerado de su corazón. La carretera estaba salpicada de manchas de sol, cuya luz se filtraba entre las ramas y las hojas de los juníperos.

—¿De qué va todo esto, Roger? —en realidad, no le hacía falta preguntar. Aquel tipo personificaba a la Ranger Corporation, al menos en el condado de Mustang. La Ranger se había visto implicada en tres, puede que en cuatro, asesinatos, y ella no había intentado ocultar que andaba tras la verdad.

¿Sería ella la siguiente víctima?

«¡Mitch!», gritó en silencio. Él había dicho que iría a reunirse con ella. Ella había pulsado el botón de llamada del teléfono móvil antes de que Roger la echara de la carretera. Seguramente Mitch ya sabía que estaba metida en un lío. ¿Llegaría su amante a tiempo de ayudarla? Cara no podía contar con ello.

Zachary, el policía amante de Escopeta Sally, había caído en una trampa tendida para Sally. Había sido ella quien había tenido que salvarlo a él.

—Es usted una entrometida, señorita Hamilton —Roger, con su camisa blanca, su corbata roja y su americana de rayas, se mostraba pomposamente formal. Sin embargo, la palidez de su semblante y el modo en que temblaba la mano con que sujetaba la pistola indicaban que estaba nervioso. ¿Sería una buena señal?

—Mi trabajo consiste en buscar noticias —dijo con la mayor naturalidad posible, dadas las circunstancias—. ¿Tú mataste a Nancy?

—¡No! —gritó él, sobresaltando a Cara—. Yo no pretendía... Te atacué en la pista del instituto, pero no habría sido capaz de dispararte. Y... Mira, esto es un error. Métete en el coche y lárgate de aquí.

Perpleja, Cara empezó a hacer lo que le decía, confiando en que no fuera una trampa para dispararle por la espalda. Pero antes de que pudiera cerrar la puerta, otro coche apareció a toda velocidad por la carretera y se detuvo dando un frenazo detrás del Toyota, bloqueándole el paso. «¡Mitch!», pensó Cara... al principio. Hasta que se aventuró a mirar hacia atrás.

El coche, un BMW antiguo, le resultaba familiar. Y también la persona que salió de él. Pero no era Mitch.

Era Della Santoro.

—Vete de aquí, Della —gritó Cara—. ¡Es peligroso!

—Para ti —Della, que llevaba un traje pantalón con una larga chaqueta beige, se acercó a ellos haciendo resonar sus altos tacones sobre el pavimento desigual. La expresión de desprecio con que miraba a Cara le daba a su rostro ovalado un aire menos profesoral, a pesar de que llevaba puestas las gafas de montura metálica—. Dispara, Roger.

Cara se quedó de una pieza, mirando fijamente a Roger Rosales, cuya pistola seguía temblando. Pero él no disparó.

—¿Qué está pasando, Della? —preguntó Cara con un susurro tembloroso. Pero ya lo sabía.

Aquella era una carretera pública, aunque fuera pequeña. ¿Pasaría alguien por allí y vería lo que estaba ocurriendo? Cara no podía contar con ello, como no podía contar con la ayuda de Mitch.

—Todo esto es culpa tuya. Eres un estúpida y una entrometida —siseó Della. Estaba tan cerca que cerró la puerta del coche de Cara de un empujón. Olía a perfume caro. ¿Se había puesto sus mejores galas para ir allí? Llevaba el pelo moreno recogido en un moño prieto, como de costumbre—. Intenté avisarte de que nos dejaras en paz. Esa camioneta que le pedí prestada...

—¿Te la prestó Jackson Felmington? —preguntó Cara. Eso podía explicar por qué el vendedor de coches se había enterado tan pronto de su «accidente».

—Claro. Lo sintió muchísimo cuando le dije que casi te había atropellado. Incluso me sugirió que lo intentará otra vez. Reparó la camioneta y la pintó enseguida. Pero tú seguiste metiendo las narices donde no te llamaban, haciendo preguntas y colaborando con ese maldito policía para resolver el asesinato de Nancy. Y luego comenzaste a insinuar en el periódico que todos los asesinatos estaban relacionados y que la Ranger Corporation estaba implicada. ¡Podías haberlo estropeado todo! Me preocupaba que te dieras cuenta de que te había engañado sobre la ubicación de las tierras de Escopeta Sally. Incluso tuve que mandarte esos caramelos envenenados y comerme uno para asegurarme de que no sospechabas de mí.

—¿Qué es lo que podía haber estropeado? —preguntó Cara suavemente, apartándose un poco de la mujer a la que, hasta hacía un momento, había

considerado su amiga. Se merecía conocer la verdad antes de morir, pues de repente estaba segura de que, si Roger no la mataba, la mataría Della.

Debería haberse dado cuenta antes. O, al menos, haber sospechado algo. La letra de las notas del libro de Nancy sobre Escopeta Sally le resultaba familiar. Cara había dado por sentado que era la letra de Nancy. Había recibido de ella tarjetas de cumpleaños, postales y cosas parecidas, pero hacía ya bastante tiempo.

Hacía poco, sin embargo, había visto muestras de la letra de Della en documentos sobre Escopeta Sally que le había facilitado. Y la letra de las notas del libro era sin duda la suya. Pero ¿qué significaban aquellas notas? ¿Qué pintaba Della en todo aquello?

—¿Trabajas para la Ranger Corporation? —preguntó Cara.

—Soy consultora. Soy experta en leyendas locales, sobre todo en Escopeta Sally —Della sonrió con satisfacción.

Cara recordó lo que decían las notas del libro de Nancy.

—¿Va a rodar la Ranger una película sobre Escopeta Sally?

Della se echó a reír.

—No. Aún no, por lo menos, aunque sería lo más natural. Puede que incluso me den un papel.

Era una buena actriz, pensó Cara. A ella, desde luego, la había engañado.

—Y, dime, Roger, ¿para qué necesita la Ranger una experta en leyendas locales? —Cara no esperaba llegar muy lejos, pero tenía que intentarlo.

Roger no se había movido, pero parecía haber encogido bajo el sol ardiente de Texas y el bochorno de media tarde. Della se le adelantó antes de que pudiera contestar.

—Piensan construir el mejor parque temático que Texas haya tenido nunca. Tal vez el mejor del mundo.

—Sobre las leyendas de Texas —aventuró Cara.

—Exacto. Y todo fue idea mía. Fui yo quien acudió a ellos hace unos años, y la idea les encantó. Un gran parque temático sobre leyendas del Oeste, situado en las mismas tierras que en otro tiempo pertenecieron a la más célebre leyenda local. Pero las tierras estaban en manos de mucha gente.

Había que arreglar las cosas antes de iniciar el proyecto, así que la Ranger me confió la labor de allanar el camino.

—¿Sobornando a Hurley Zeller para que les facilitara las cosas? —preguntó Cara—. Martin Steele, el sheriff de entonces, era un hombre honrado. No habría permitido que una gran empresa coaccionara a la gente para vender sus tierras si no consideraban justo el precio que les ofrecían. Pero Zeller aceptó gustoso el dinero y decidió echarle la culpa al sheriff Steele, creyendo que así llegaría antes a sheriff. Naturalmente, Ben Wilson todavía se interponía en su camino. Pero vosotros convencisteis a Zeller para que tuviera paciencia y al mismo tiempo os asegurasteis de que el Departamento del Sheriff no resolviera un par de asesinatos para que Zeller consiguiera cuanto antes su objetivo.

—Tú eres la periodista —dijo Della—. Pero esa historia se acerca bastante a la verdad —se acercó a Roger sin darle la espalda a Cara.

—Luego conseguisteis implicar al alcalde Daniels, dejando que invirtiera en lo que parecía un negocio seguro, ¿me equivoco?

—Hasta ahora, has dado en el clavo —dijo Della—. ¿Sabes qué? Creo que será mejor que yo te explique el resto. Toma notas mentalmente, si quieres. De todos modos, te las llevarás a la tumba —dejó escapar una breve risa.

Cara vio que Roger hacía una mueca temerosa. ¿Significaba eso que estaría dispuesto a ayudarla? Ni por asomo. Sólo podía contar consigo misma. Pero ¿qué podía hacer? Primero tenía que conseguir que Della siguiera hablando.

—Por lo menos déjame morir feliz —dijo.

—Por supuesto —contestó Della, encogiéndose de hombros—. El alcalde tuvo la brillante idea de contratar a Lambert & Church para que se ocupara de los asuntos legales. Creía que a Paul Lambert le encantaría todo el asunto. Y Donald Church era un imbécil que no pintaba nada. Fue una lástima que ese mocoso de Andrew McGovern se enterara de que la Ranger estaba intentando comprar parte de las tierras de su novia y, luego, de las inversiones del alcalde. Naturalmente, amenazó con hacerlo público, y el tonto de Daniels tuvo que matarlo.

—¿Recuerdas que yo estuve comprometida con Andrew? —dijo Cara

suavemente, sintiendo de nuevo una punzada de dolor.

—Sí, pero pensé que su muerte te alegraría, puesto que te dejó tirada.

—Dejamos nuestra relación de mutuo acuerdo, pero continúa —a Cara le pareció ver un destello metálico entre los árboles, detrás de Della. Miró de pasada hacia allí, pero no vio nada. ¿Sería Mitch? Tal vez. O tal vez fueran imaginaciones suyas.

—No hay mucho más que contar. Paul Lambert se encargó de negociar algunas de las compras de tierras de la Ranger, pero se pasó un poco de la raya con las tierras de los Rawlins. Matar a Jeb Rawlins y echarle la culpa a su sobrino Bart fue un error. De momento hemos tenido que olvidarnos de esas tierras, lo cual no me hace ninguna gracia... Pero tus buenas amigas, Kelly y Lindsey, no pueden esconderse eternamente. De hecho, cuando vuelvan para tu funeral, puede que sufran un desgraciado accidente. Y también Bart, el novio de Lindsey. De ese modo conseguiremos todas las tierras que necesitamos. Los parques temáticos mueven mucho dinero, ¿lo sabías?

«No cuentes todavía con mi funeral, zorra», pensó Cara.

—¿Y qué hay de Nancy? —preguntó, intentando ganar tiempo.

—Ahora iba a eso —dijo Della—. Yo le había enseñado a Paul Lambert uno de mis libros favoritos sobre Escopeta Sally, lleno de notas sobre el parque temático, y él me lo pidió para leerlo. No recuperé el libro después de la muerte de Paul, y necesitaba encontrarlo. Como Nancy trabajaba en el bufete de Paul, le hice algunas preguntas sutiles. Ella parecía saber lo del parque temático. Yo sabía que Paul le había inculcado el respeto por la confidencialidad. Ella misma me lo dijo cuando se negó a contestar a mis preguntas. Pero un día fue ella quien me hizo preguntas a mí, y entonces comprendí que había encontrado el libro. Esa noche fui a su casa con intención de obligarla a decirme dónde estaba. Cuando me dejó pasar, me dijo que ibas en camino para recoger el libro. Llevaba conmigo esa misma pistola señaló con la cabeza a Roger, que permanecía tras ella, y sólo entonces se dio cuenta Cara de que Roger se iba alejando poco a poco hacia los árboles. Della no parecía haberlo notado—. Se negó a darme el libro —continuó Della—. Ni siquiera notó que llevaba guantes. Y, el resto, ya lo conoces.

Sí, Cara lo conocía. Y quería empapelar a Della por ello. Della había

matado a Nancy por un viejo libro y una sospecha.

—Y, encima —concluyó Della—, no pude encontrar el maldito libro. Pero ahora que sé que lo tienes, todo arreglado. Supongo que lo tendrás en el coche, ¿no?

Cara no respondió. No tenía sentido decirle que sólo tenía una copia. No quería facilitarle las cosas a Della. Y aún había cosas que quería saber.

—¿Qué me dices de Stephanie Greglets? —preguntó—. ¿Qué pinta ella en todo esto?

—Nada..., pero el bueno de Hurley habla demasiado en la cama. Stephanie empezó a hacer demasiadas preguntas. Hurley tenía que convencerla de que no había nada sospechoso, pero se enteró de mi interés por Nancy Wilks e intentó llevársela a la cama también a ella. El muy cretino pensaba que podía controlarlo todo. Naturalmente, ahora que lo han descubierto, habrá que ocuparse también de él. Tal vez, después de todo, reclutemos a la agente Greglets, para que se encargue de él. Seguramente estará deseando vengarse.

Cara sospechaba que Stephanie Greglets, que había ayudado a Mitch en la investigación, tenía sus propios planes y no pensaba meterse en líos con Della y sus secuaces.

—¿Y Shem O'Hallihan? —preguntó—. ¿Él también está implicado?

Della se encogió de hombros.

—No mucho. Sencillamente, pensamos que era un contratista cuyos servicios y cuyo silencio podían comprarse, gracias a lo que escribiste sobre él. ¿No es irónico? —no aguardó a que Cara contestara—. Roger ya se ha puesto en contacto con él, y O'Hallihan se ha mostrado un tanto receloso. Pero conseguiremos que se ponga de nuestra parte.

¡Cielos, qué reportaje tan fascinante podía hacerse con todo aquello! A Escopeta Sally le habría encantado. Cara pensaba escribir un libro explicando cada detalle de aquella increíble historia. Pero para ello tenía que salir con vida de allí. Y lo haría. ¿Podría escapar de algún modo si Roger se largaba con la pistola? Tenía que intentarlo.

Menos mal que ese día llevaba pantalones y zapatillas de deporte, en lugar de botas. Sin previo aviso, se agachó y corrió tras su coche.

—¡Dispara, Roger! —gritó Della.

Cara no podía ver a Roger, pero no oyó ningún disparo. Sin embargo, mientras intentaba abrirse paso entre los árboles, sonó una detonación y una bala se incrustó en el suelo, a su lado, levantando una nube de polvo.

Cara alzó las manos y se levantó, girándose lentamente. Della le estaba apuntando con una pistola, con sus elegantes manos enfundadas en guantes blancos. La pistola parecía más grande, y más letal, que la de Roger.

—No intentes nada, zorra —escupió Della—. Sabes perfectamente que han aparecido demasiados cadáveres. El tuyo, simplemente, va a desaparecer.

—No creo —dijo Cara con bravuconería—. ¿Sabes qué habría dicho Escopeta Sally?

—No. La situación es parecida, desde luego, pero la historia no dice cuáles fueron sus últimas palabras —Della la miró con ferocidad—. Yo soy la experta. Si alguien lo sabe, soy yo.

—Fue después de que su hermana fuera asesinada por ese cerdo que quería hacerse con las tierras de su familia... con esta propiedad... —Cara agitó el brazo, señalando la zona que las rodeaba—. Ese tipo llegó al punto de tenderle una trampa para matarla, en algún lugar, probablemente no muy lejos de aquí. Pero fue Zachary quien cayó en la trampa. Ese cerdo le pegó un tiro, pero Sally acudió en su ayuda. Fue entonces cuando resultó herida. Puede que mortalmente, dado que su historia tiene dos finales. En uno de ellos, muere.

—Como vas a morir tú —bufó Della.

—Pero, en el otro, vive —continuó Cara—. ¿Y sabes cómo lo consiguió? Yo te lo diré —dijo antes de que Della pudiera contestar—. Zachary le dio la vuelta a la tortilla. Acudió en ayuda de Sally. ¿Y sabes qué dijo ella? «¿Por qué has tardado tanto, hombre?». —Cara miró más allá del hombro de Della y sonrió—. Igual que ahora. Se acabó, Della.

—A mí no vas a engañarme tan fácilmente, zorra. Bueno, ¿prefieres que sea rápido, en la cabeza, como con Nancy? ¿O prefieres que lo haga lentamente, poco a poco?

—Estoy segura de que podrás inventarte un diálogo mejor que ése para que lo ponga en mi artículo —dijo Cara, haciendo una mueca al ver que Della apuntaba hacia su cara.

—Suelta el arma, Santoro —dijo la voz más maravillosa que Cara había escuchado nunca. Había funcionado. Ella había conseguido mantener distraída a Della mientras Mitch se abría paso entre los árboles y se acercaba a la mujer que intentaba matarla.

Él apoyó el cañón de su Beretta contra la sien de Della y le rodeó el cuello con un brazo. Cara agachó la cabeza al sentir que la pistola de Della se disparaba. De pronto sintió un agujonazo de dolor. Pero le lanzó una sonrisa a Mitchell Steele, el ayudante del sheriff.

—¿Por qué has tardado tanto, hombre? —musitó, como Escopeta Sally.
Y entonces cayó al suelo.

Capítulo 17

—¿Cómo has podido hacerlo, Beau? —tumbada en una cama del hospital, Cara cambió de postura e intentó ignorar el dolor. Para no tirar de la vía intravenosa, agarraba *La Gaceta* de aquel día con la mano derecha.

En la primera página había un artículo sobre su enfrentamiento con Della Santero y Roger Rosales. La firma era de Beau.

Éste estaba sentado en una silla, frente a ella, inclinado hacia delante de modo que su tripa sobresalía. Parecía cansado.

—Este artículo debería ser mío —Cara se esforzaba por no alzar la voz. A fin de cuentas, aquello era un hospital.

Sabía que estaba siendo poco razonable. Las noticias no esperaban a que un periodista se encontrara mejor.

—Estabas inconsciente, anestesiada, después de la operación —le recordó Beau. Como si ella lo hubiera olvidado—. Si hubiera esperado, no habrías podido escribirlo hasta hoy. Y puede que ni siquiera eso —él la miró inquisitivamente por encima del borde de las gafas.

—Puede ser —dijo Cara de mala gana.

—La cadena de radio local difundió la noticia —dijo Beau, levantándose—. Ahora está recibiendo cobertura nacional. Al menos no la hemos fastidiado del todo, gracias a mi artículo. Pero nosotros tenemos todos los detalles. Tú eres parte de la historia.

Eso Cara no podía negarlo. Aunque, en aquel momento, le hubiera costado un gran esfuerzo negar cualquier cosa. No estaba en su mejor momento. La bala de Della se le había incrustado en el costado derecho. No le había dañado ningún órgano vital, pero le había producido unos dolores espantosos. Todavía le dolía, aunque le habían dado calmantes.

Estaba deseando salir de allí. Quería volver al trabajo. Tenía que volver al trabajo. Necesitaba olvidarse de... de todo aquello.

¿A quién intentaba engañar? Cada minuto que pasaba despierta, aunque estuviera aturdida, pensaba en Mitch. El hecho de que él no hubiera ido a verla le dolía más que la herida. Aunque, de todos modos, no la sorprendía. Mitch era un lobo solitario. Su alianza con ella ya no tenía sentido. Así que lo suyo había terminado. Si es que había empezado alguna vez.

—Pero el problema para conseguir todos los detalles del caso —dijo Beau mientras se paseaba por la habitación— es ese ayudante del sheriff, Mitchell Steele.

«Tú lo has dicho», pensó Cara.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Cité su nombre en el artículo, claro, pero sé que no sólo te salvó apareciendo en el momento más oportuno, sino que ha tenido un papel mucho más importante en todo este embrollo. Sin embargo, se niega a hablar de sí mismo como no sea extraoficialmente.

—Sé a qué te refieres —Cara sacudió la cabeza—. Se ha comportado así desde el principio.

—Dice que sólo hablará contigo —continuó Beau como si no la hubiera oído—. Vino a ver cómo estabas anoche, cuando yo estaba aquí, y...

—¿Estuvo aquí anoche? —Cara se incorporó tan rápido que sintió una punzada de dolor en el costado—. ¿Cuándo?

—Sobre medianoche. Yo vine a ver si estabas consciente para que me contaras lo que había pasado, y, como todavía estabas, dormida, me alegré de encontrar aquí a Steele. Al principio. Luego me salió con ese rollo de que sólo hablaría extraoficialmente. Hasta que tú pudieras entrevistarlo.

—¿Quiere que lo entreviste? —Cara sabía que debía de parecer un loro, pero estaba atónita.

—Eso me dijo.

Cara sonrió, mirando la sábana que cubría su regazo.

—¿Sabes, Beau? —alzó la cabeza y miró a su jefe a los ojos—, sé muchas cosas sobre este caso. Y, con lo que pueda sacarle a Steele..., creo que tengo en mis manos el mejor reportaje del siglo. Es probable que me entrevisten los principales medios del país. Todos esos asesinatos relacionados, incluido el del anterior sheriff, y los culpables descubiertos... Con un golpe como éste, querrán contratarme en cualquier parte. Y recuerdas la promesa que me hiciste, ¿verdad?

Él la miró fijamente y luego apartó la mirada.

—Está bien, Cara —dijo, resignado—. Si tu historia es tan buena como creo, te daré el puesto de editora jefe.

Apoyando los codos sobre su mesa, Mitch se frotó los ojos. No recordaba un día más ajetreado en toda su vida. Todo había ocurrido tan deprisa...

En ese momento estaba supervisando el caso contra Della Santoro a fin de asegurarse de que se reunían todas las pruebas necesarias para formular la acusación. Aquél era el caso más importante de su vida.

Pero eso no era todo. El ayudante del sheriff Hurley Zeller se hallaba bajo custodia policial, y, avergonzado por todo lo que había pasado delante de sus narices, el sheriff Ben Wilson había presentado su dimisión.

No tenía sentido hacer leña del árbol caído, de modo que Mitch había hecho las paces con él, más o menos, disculpándose por haber intentado acusarlo de sabotear la labor del Departamento e incluso de aceptar sobornos y matar a su padre. Ben había aceptado sus disculpas a regañadientes.

Mitch era ahora el sheriff en funciones. Y, gracias a la publicidad que había conseguido por tras el arresto de Della Santoro, más de un concejal le había dicho que su nombramiento como sheriff era cosa hecha.

Había pasado un día y medio desde aquel desenlace. Cara ya se encontraba mejor. Mitch había seguido su evolución en el hospital, aunque no había ido a verla después de aquella espantosa primera noche. Le había dejado caer a su jefe, Beau Jennings, que sólo se dejaría entrevistar por ella. Pero aún no había recibido noticias de Cara.

El teléfono sonó. Mitch lo levantó.

—Aquí Steele.

—Sheriff, soy la agente Greglets. Han llamado del laboratorio de Fort Worth... —la ayudante del sheriff Stephanie Greglets le contó que las huellas encontradas en el libro eran las de Nancy y las de Della Santoro.

—Gracias, Stephanie —Mitch colgó.

Stephanie se había disculpado humildemente por no haber informado a Mitch sobre la investigación clandestina que había llevado a cabo para intentar desvelar los tejemanejes de Hurley Zeller. Tampoco se lo había dicho al sheriff Wilson, pues era demasiado ambiciosa para trabajar en equipo. Al acostarse con Hurley había cometido un desliz, pero gracias a ello se había enterado de suficientes cosas como para no confiar en nadie.

Dado que él también había estado investigando subrepticamente la muerte de su padre, había tenido que perdonarla. Ahora, Stephanie se comportaba según las reglas y Mitch estaba seguro de que podía contar con su lealtad.

La siguiente llamada que recibió era de Jerry Jennings, del Dallas News. Sonriendo, Mitch se negó a hacer declaraciones.

—Una periodista local, Cara Hamilton, tiene la exclusiva de esta historia —dijo, y colgó.

Cada vez que sonaba el teléfono, lo descolgaba esperando que fuera Cara. Maldición, era como un colegial. También podía llamarla él. La llamaría, de hecho, más tarde. Pero no para despedirse, Mustang Valley era demasiado pequeño para eso. Seguramente se encontrarían por ahí de vez en cuando y...

El teléfono sonó de nuevo.

—Aquí Steele.

—¿Mitchell?

Oh, Dios. No era la voz de Cara, pero sí una que no esperaba volver a oír.

—¿Mamá?

Sunshine Steele se había enterado por la televisión de que su difunto esposo, Martin Steele, había sido culpado falsamente y asesinado.

—Es cierto, mamá —dijo Mitch.

Oyó un suspiro.

—Lo sabía —y luego ella preguntó—. ¿Estás bien?

—Sí, ¿y tú?

—Sí, pero me gustaría ir a verte, hacerte una visita. Si te parece bien.

—Claro. ¿Cuándo piensas venir? —su corazón se llenó de emoción.

Hablaron un rato más. Ella le dio un número de teléfono donde podía localizarla y prometieron hablar pronto.

Cuando colgó, Mitch se sentía como si la sonrisa fuera a partirle la cara por la mitad. Todavía estaba sonriendo cuando el teléfono sonó otra vez.

—Aquí Steele.

—Aquí Hamilton.

La sonrisa de Mitch se heló.

—Hola, Cara —dijo suavemente—. ¿Qué tal te encuentras?

—Como si me hubieran pegado un tiro. Pero sobreviviré. ¿Cómo es que sólo fuiste a verme al hospital cuando estaba anestesiada?

—¿Ya no estás en el hospital?

—No. La herida no era para tanto, y ya me han remendado. Beau dice que me has prometido una entrevista —continuó ella—. Oficial. ¿Estás listo para cumplir tu promesa?

—Claro —él se forzó a hablar con desenfado—. Esta vez, creo que tengo más información que tú, así que no podrás acusarme de robarte datos.

—Eso ya lo veremos.

Para sorpresa de Mitch, Cara insistió en que se vieran media hora después en el mismo lugar donde a ella le habían disparado, a las afueras de la ciudad, en la carretera que llevaba al Cuatro Ases y al Barra JR, los ranchos de la familia Rawlins.

Mitch tenía muchas cosas que hacer, pero nada era más importante que ver a Cara otra vez. Sólo para asegurarse de que estaba bien.

Y tal vez para ver si había alguna esperanza de que la idea absurda que empezaba a tomar forma en su cabeza se hiciera realidad.

Él era un solitario. Nunca había tenido intención de mantener una relación íntima con otro ser humano. Pero Cara Hamilton había roto esa barrera, al menos durante un tiempo. Sin embargo, ella le había dejado bien claro que sólo eran socios mientras durara el caso, y ahora había acabado. Para ella, el hecho de que hubieran hecho el amor carecía de importancia.

Pero ¿y si él la quería...? En fin, qué se le iba a hacer. Mitch tendría que volver a levantar aquella maldita barrera otra vez.

—Hola, sheriff —dijo Cara cuando Mitch salió del vehículo blanco del Departamento del Sheriff que había aparcado tras su coche, en la cuneta polvorienta de la estrecha carretera. Mientras Mitch se acercaba a ella, Cara admiró su hermoso rostro y el modo en que la suave brisa agitaba su pelo

negro.

Qué guapo era.

—Cálmate —musitó para sí misma.

Pero no podía calmarse. Se arrojó en brazos de Mitch y bajó la cabeza para darle un gran beso en los labios. Él no la soltó fácilmente. En realidad, el beso se prolongó hasta que Cara se encontró sin aliento. Pero luego Mitch la soltó por completo y retrocedió. Cara comprendió que no la deseaba. Pero ¿cuándo había tirado ella la toalla?

—Eso era para darte las gracias por salvarme la vida —le dijo alegremente.

—De nada.

—Vamos a dar un paseo por la carretera mientras te entrevisto, ¿vale? —aún no tenía por qué decirle lo que estaba tramando. Y, si su plan fallaba, tendría que aguantarse.

Él parecía esperarse las preguntas que le hizo. Ella iba tomando notas en un cuaderno mientras caminaban al tiempo que grababa la conversación. Así, por lo menos, tendría grabada su voz cuando le apeteciera escucharla.

«¡Concéntrate», se ordenó,

—Entonces, cuando te llamé para decirte que iba a ir a las tierras que mencionaba el libro sobre Escopeta Sally, ¿qué hiciste? —preguntó.

Mitch lo había dejado todo y había salido tras ella una vez. Hablaba con calma, pero a Cara le pareció percibir un leve deje de emoción cuando él le habló de la llamada telefónica frustrada que ella había hecho. Había sabido por el identificador de llamadas que era ella, pero sólo había oído sonidos amortiguados y, luego, silencio.

—Creía que te habían matado —¿le temblaba la voz? Cara tendría que escuchar más tarde aquella parte de la cinta.

Mitch le contó que había dejado atrás el desvío que daba a la carretera de dos carriles, que había aparcado un poco más allá y luego había subido a pie, con el arma en alto. Así era como la había encontrado. Della Santoro estaba apuntando a Cara con un arma. Y Roger Rosales intentaba escapar.

Mitch le dijo que Roger había confesado todo lo que sabía a cambio de inmunidad. Mitch había apoyado su petición, porque Roger había huido en

vez de disparar a Cara. Y, aunque estaba implicado en la conspiración desde el principio, no había matado a nadie.

Ella le hizo un par de preguntas más. Para entonces, habían recorrido un buen trecho de carretera y se hallaban en la cima de una colina. La vista desde allí era fantástica.

—Aquí es donde vivió Escopeta Sally —le dijo Cara a Mitch—. He leído cuidadosamente ese libro —continuó— y estoy convencida de ello. Naturalmente, no soy una experta, como Della, pero ese libro contiene todas las leyendas sobre Escopeta Sally con las que he crecido —alzó la mirada hacia Mitch, que permanecía de pie a su lado—. Admiro muchísimo a esa mujer.

—Ya me lo parecía —dijo él, y giró la cabeza como si contemplara el paisaje—. ¿Crees que ésta es la zona donde se escondió con...? ¿Cómo se llamaba? ¿Zachary?

—¿Su amante, el policía? Sí, claro —Mitch posó la mirada en ella, y a Cara le pareció ver un destello de deseo en sus ojos. Ella sonrió y lo agarró de la mano—. ¿Sabes qué hizo Sally por aquí, según la leyenda?

—No —dijo Mitch sin apartar la mano. Eso era una buena señal.

—Hay distintas versiones, claro, pero la que más me gusta es la que cuenta que Sally sobrevivió a la emboscada del tipo que intentaba quedarse con las tierras de su familia. Entonces ya había conseguido salvar a Zachary, que, a su vez, la había salvado a ella —Mitch asintió con la cabeza—. Bueno, pues Zachary era un tipo solitario y parecía inclinado a dejar que Sally volviera a su intrépida vida de periodista mientras él hacía lo posible por salvar al condado de Mustang de los malos. Pero ella, por su parte, se había enamorado locamente de él. Y no era precisamente tímida. Así que lo tomó de la mano y dijo: «Está bien, Zachary, así están las cosas. Tú y yo vamos a casarnos y a vivir aquí juntos, para siempre. ¿Trato hecho?». Y Zachary dijo que sí —concluyó.

—¿En serio? —Mitch sonrió, divertido—. ¿Y se casaron y vivieron aquí para siempre?

—Eso creo yo —tomó la otra mano de Mitch y la apretó con fuerza. Lo que estaba a punto de hacer podía ser lo más estúpido, y lo más maravilloso, que había hecho nunca—. Ya sabes que me gusta imitar a Sally siempre que

puedo —Mitch asintió con la cabeza y Cara tomó aliento. Él parecía de pronto muy serio. ¿Sospechaba lo que iba a pasar? ¿Iba a rechazarla delicadamente? Era hora de averiguarlo—. Bueno —dijo Cara, deseando que su voz sonara más firme—. Ahí va. Está bien, Mitch, esto es lo que ahí. Tú y yo vamos a casarnos y a vivir aquí juntos, para siempre. ¿Trato hecho?

Cara miró fijamente a Mitch, cuyos ojos se suavizaron, pese a que sus pupilas doradas relucían al sol.

—¿Y si vivimos en la ciudad, ya que esta zona van a convertirla en un monumento en recuerdo de tu Sally?

Cara se echó a reír.

—¿Eso es un sí?

—Eso es un sí —Mitch se inclinó y le dio su mejor y más prometedor beso.

Un rato después, todavía de la mano de Mitch, Cara contempló el paisaje en el que en otro tiempo había vivido Escopeta Sally. «Gracias», dijo para sus adentros. «Por todo».

Cuatro personas habían muerto, y eso ya no tenía remedio. Pero, aun así, al igual que Sally, Cara tenía la impresión de que había ayudado a hacer cumplir la ley del Oeste en sus propios términos.

Mientras Mitch y ella caminaban hacia sus coches, Cara creyó oír algo. ¿La brisa agitando las hojas de los juníperos? Cuando miró hacia la espesura, sus ojos se agrandaron.

¿Alucinaciones? Tal vez.

Pero allí había una mujer vestida de ante, con un periódico bajo un brazo, que paseaba de la mano de un hombre alto que llevaba un sombrero y una estrella en la solapa. La pareja sonrió a Cara, saludó con la mano y desapareció entre los árboles.

Fin.

Sobre la autora

Abogada en ejercicio, Linda divide su apretada agenda entre mañanas dedicadas a redactar informes, contratos y otros documentos legales, y tardes consagradas a crear memorables historias de misterio y suspense romántico. Pertrechada con una diplomatura en periodismo orientado hacia la publicidad por la Universidad del Estado de Pennsylvania, inició su versátil carrera como escritora dirigiendo un pequeño periódico, trabajó luego en publicidad y relaciones públicas y se licenció posteriormente en Derecho por la Escuela Universitaria de Leyes de Duquesne, Pittsburg.

Linda Reside cerca de los estudios Universal, en Hollywood, con su marido, sus dos hijos y dos cockers spaniel.